Col. 522.
Top. 201.551

SUR

REVISTA BIMESTRAL

POR LA RECONSTRUCCION NACIONAL

Colaboraciones de VICTORIA OCAMPO ★ JORGE LUIS BORGES ★ FRANCISCO ROMERO ★ VICENTE FATONE ★ JUAN MANTOVANI ★ SEBASTIÁN SOLER ★ CARMEN GÁNDARA ★ MANUEL RÍO ★ MANUEL MERCADER, S. J. ★ HÉCTOR POZZI ★ SILVINA OCAMPO ★ ALBERTO GIRRI ★ EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA ★ CARLOS MASTRONARDI ★ GUILLERMO DE TORRE ★ BERNARDO CANAL-FEIJÓO ★ ALDO PRIOR ★ JORGE A. PAITA ★ FRYDA SCHULTZ DE MANTOVANI ★ ERNESTO SÁBATO ★ VÍCTOR MASSUH ★ NORBERTO RODRÍGUEZ BUSTAMANTE ★ CARLOS PERALTA ★ TULIO HALPERIN DONGHI ★ HUGO W. COWES ★ HÉCTOR OSCAR CIARLO

237

NOVIEMBRE Y DICIEMBRE DE 1955

BUENOS AIRES

CORREO ARGENTINO SUC. 59 (B) TARIFA REDUCIDA CONCESION 3291

SUR

DIRIGIDA POR

VICTORIA OCAMPO

•

Redacción y Administración
SAN MARTÍN 689
BUENOS AIRES
T. E. 31 - 3220 y 32 - 2879

Jefe de Redacción
JOSE BIANCO

COMITÉ DE COLABORACIÓN

ERNEST ANSERMET
RICARDO BAEZA
ADOLFO BIOY CASARES
ALBERTO LUIS BIXIO
JORGE LUIS BORGES
CARLOS ALBERTO ERRO
WALDO FRANK
ALFREDO GONZÁLEZ GARAÑO
EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA
RAIMUNDO LIDA
EDUARDO MALLEA
EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA
H. A. MURENA
SILVINA OCAMPO
MARÍA ROSA OLIVER
ALFONSO REYES
FRANCISCO ROMERO
ERNESTO SÁBATO
JULES SUPERVIELLE
GUILLERMO DE TORRE

CONDICIONES DE VENTA Y SUSCRIPCIÓN

Número suelto . . . . . $ 12.—

SUSCRIPCIÓN ANUAL

Argentina y países limítrofes:
Anual . . . . . $ 65.—
Número suelto: $ 12.—

Otros países:
Anual . . . . . 6 dólares
Número suelto: U$S 1.—

H0008037

BIBLIOTECA NACIONAL
FECHA - 7 OCT 1998
COLECC Nº 522
Top. 201.551

ALBERTO SALAS

RELACION PARCIAL DE BUENOS AIRES

ALBERTO SALAS mira con ojos lúcidos a Buenos Aires y la muestra en los elementos esenciales que su presencia necesaria había tornado invisibles para nosotros.

El Plata, tan manso, tan parejo, de tanta modestia fluvial que hasta se llegó a olvidar que vivíamos en sus orillas y que sus lomos acuáticos traían y llevaban los barcos que hicieron poco a poco la grandeza de nuestra ciudad. Y los porteños, en pago a sus favores, lo empujamos hacia la lejanía, lo relegamos de nuestra vida cotidiana. ALBERTO SALAS destaca esa ingratitud. Después, el tema de los vientos: la sudestada cargada de agua, el pampero riguroso, las ardientes ráfagas del norte. Y después las calles con sus "desniveles nostálgicos que recuerdan a la ciudad llena de soberbia el retazo de pampa ondulada que fuera antes". Divisiones profundas de Buenos Aires: el centro, "la zona áurea", las grandes avenidas, las cuadras revueltas de idiomas guturales —imagen del mundo en su más puro cosmopolitismo— y los barrios humildes y recogidos en café y enamoramiento, con sus innumerables casas de una planta, "el habitat del mate dulce y amargo, absolutamente desterrado, ignorado en el centro por ocioso, demorado, por cordial y lento". RELACIÓN PARCIAL DE BUENOS AIRES termina con la cosmogonía de la ciudad, cosmogonía dura, llena de olvidos, en que la máxima permanencia la da el tipo y nunca el individuo.
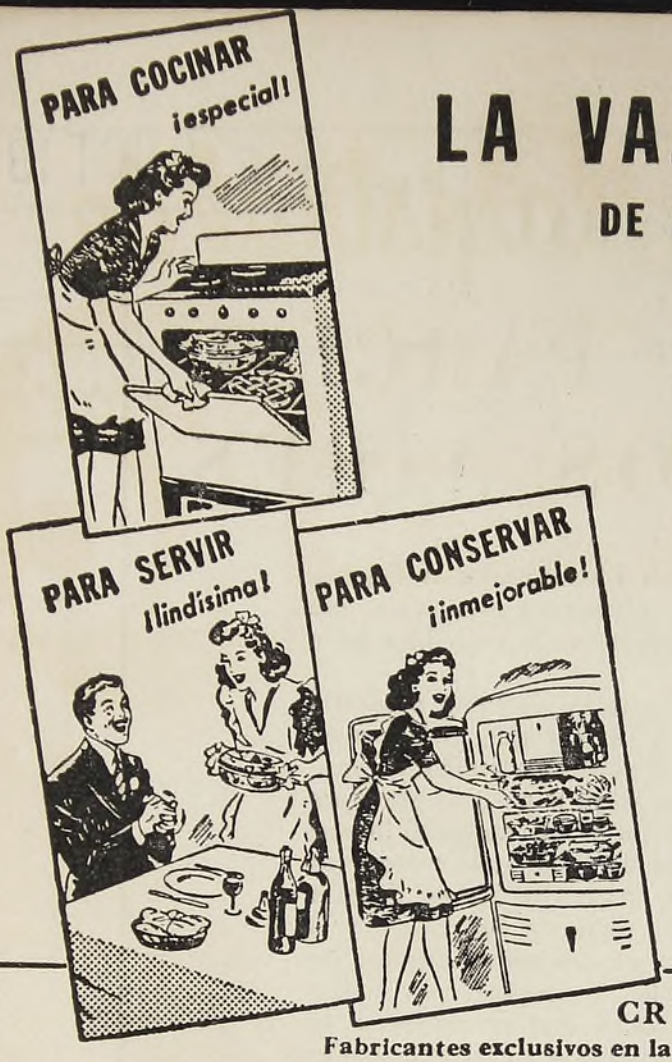
Mucho se aprenderá sobre Buenos Aires leyendo esta obra de tanta información y nobleza literaria. Y aprender no es únicamente conocer: es, ante todo y sobre todo, querer.

$ 12.—

EDITORIAL SUR S. R. L.
SAN MARTÍN 689 T. E. 31-3220
BUENOS AIRES

BIBLIOTECA NACIONAL
COMPRA
Proveedor: ALBERTO TORRE
Precio $ 12.000
Fecha - 7 OCT 1998

S1CJ.15.1.1 11



LA VAJILLA MULTIPLE

DE VIDRIO PERMANENTE

Resiste, inalterable, el máximo de calor en el horno, el máximo de frío en la heladera.

INDUSTRIA ARGENTINA "PYREX" C.R.

PYREX

MARCA REGISTRADA

CRISTALERIAS RIGOLLEAU S. A.

Fabricantes exclusivos en la República Argentina de vidrio Marca "Pyrex"



Un esfuerzo Magistral de



MAQUINA DE LAVAR

K.C.

Sus nuevos modelos de Lujo! 1956

INDUSTRIA ARGENTINA

UNICOS CON TRIPLE CONTROL AUTOMATICO

CUANDO SE FABRIQUE UN LAVARROPAS MEJOR, LLEVARA LA MARCA K.C.

Fabricado y prestigiado por
KENIG, CAZZANIGA Y CIA. S.R.L.
Cap $ 6.000 000.- m/n.

FLORIDA Y VIAMONTE
Diagonal Norte 940
Ayacucho 455 - Cabildo 1298

y en las mejores casas del ramo de todo el país

HAY UN MODELO DESDE

$240 POR MES

SIN ANTICIPOS!



El hombre...

...el más complejo de los seres, que siente, que piensa... Comparémoslo con un guijarro, con una gota de agua, con la más lejana de las estrellas. ¿Qué tienen de común? Los elementos químicos, los cuerpos simples que componen desde el más pequeño trozo de materia hasta la infinita red del universo.. Y el hombre lo sabe. Descubrió los elementos de la materia y aprendió a combinarlos para su felicidad. Creó la química, que es hoy día un factor preponderante del bienestar humano.

Y en nuestro país DUPERIAL contribuye con las más recientes conquistas de la química moderna, a elevar las condiciones de vida y a mejorar la calidad en todos los órdenes de la producción nacional.

INDUSTRIAS QUIMICAS ARGENTINAS "DUPERIAL"

DUPERIAL

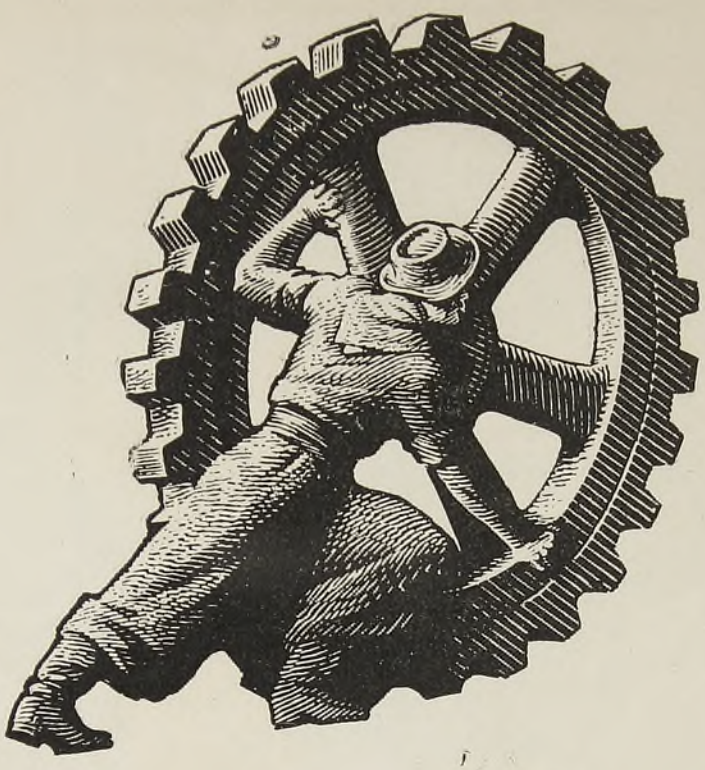
EN MARCHA CON EL PROGRESO INDUSTRIAL DE LA NACION



La Marsellesa de Rude.

SERVICIOS OFICIALES DE TURISMO FRANCES

SANTA FE 1218 BUENOS AIRES T. E. 44 - 9152



SIAM

CREMAS HELADAS

"LAPONIA"

Riquísimas!

• •

Es un producto SAINT

F4

NO !

YO NO VIAJO

HASTA QUE TENGA MI PLAZA RESERVADA

EN AIR FRANCE



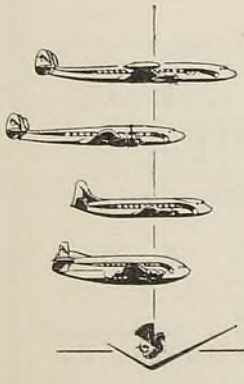
y tengo mis razones:

AIR FRANCE posee la flota más moderna.

AIR FRANCE tiene la red aérea más extensa del mundo, con 212 escalas de 76 paises diferentes.

AIR FRANCE es la única Compañía qué efectúa el trayecto Rio-Dakar sin escala.

AIR FRANCE ofrece a sus pasajeros sillones-cama durante todo el año sin recargo alguno.



¿Ha viajado Ud. ya en Super G ?

AIR FRANCE

"Air France es la única compañía que le ofrece un servicio de lujo en vuelo directo a Paris"

INFORMES: **CANGALLO 549** * T. E. 30-1525

Y EN SU AGENCIA DE VIAJES PREFERIDA

B



LIBERTAD 1021 T. E. 44 - 8362

SUSCRIPCIONES A REVISTAS DE TODO EL MUNDO

DESCUENTOS

ENTREGA SIN RECARGO A DOMICILIO

ULTIMOS EXITOS

EDITORIAL SUDAMERICANA

Roger Peyrefitte: LAS LLAVES DE SAN PEDRO.
El autor nos brinda una descripción del Vaticano en un libro sorprendente que hubiera hecho una excelente pieza de Molière.
Colección Horizonte, 448 págs. .. .. $ 40.—

John Galsworthy: LA CUCHARA DE PLATA.
La pasión, el odio, la envidia, toda la gama de los sentimientos humanos entra en juego en esta novela de Galsworthy.
Colección Horizonte, 390 págs. .. .. $ 36.—

Christopher Fry: UN FÉNIX DEMASIADO FRECUENTE.
El rápido ascenso de Christopher Fry en la constelación teatral se explica por la actualidad de sus temas, el atractivo de su estilo y su pirotecnia verbal que ilumina el teatro inglés.
Colección Teatro, 104 págs. .. .. $ 20.—

Lin Yutang: LA OPORTUNIDAD DE EURÍDICE.
El incomparable escritor chino imagina en este libro a sus personajes en una paradisíaca isla del Pacífico, en el año 2000, dialogando con gracia y mordacidad sobre todas las cosas humanas.
Ediciones Hermes, 452 págs. .. .. $ 40.—

EDITORIAL SUDAMERICANA S. A.

ALSINA 500 BUENOS AIRES

NOVEDADES

EL PROCURADOR, novela por *Eugenio Vaquer* .. .. $ 20.—

La terrible historia de un hombre que abrumado por el peso de una antigua culpa, aceptó ocupar el puesto de un condenado a muerte. Vaquer se revela con esta obra como uno de los novelistas de mayor jerarquía de la actual literatura italiana. Tradujo Roberto Guibourg.

LA FILOSOFÍA Y EL CONCEPTO DE LA FILOSOFÍA, ensayo por *Miguel Federico Sciacca* .. .. $ 28.—

Uno de los libros más esclarecedores acerca de la problemática filosófía contemporánea. El lector tendrá, con esta obra, una de las más lúcidas contribuciones actuales para superar, en filosofía, lo que Heidegger llama "la crisis de los fundamentos". Tradujo David Lagmanovich.

LEOPOLDO LUGONES, ensayo, por *Jorge Luis Borges* .. $ 18.—

Con avizora mirada y profundo sentido crítico Jorge Luis Borges nos entrega "su" Lugones. Toda la agudeza y finura borgianas se vuelcan en estas páginas que evocan la gran figura del poeta del "Lunario sentimental".

PETION Y BOLÍVAR y EL ADIÓS A LA MARSELLESA, teatro, por *Jean F. Brierre* .. .. $ 30.—

El autor de estas dos conmovedoras obras de teatro es el más grande poeta y dramaturgo haitiano. La pasión por la libertad alienta en estas páginas de belleza raciniana que deben contarse entre las más logradas creaciones del género en América.

OTROS TÍTULOS

NOVELAS

DESPOJOS, por *Julien Green* .. .. $ 28.—
EL CIEGO, por *Walter Jens* .. .. $ 18.—
CUENTOS DEL GATO INDISCRETO, por *Marcel Aymé* $ 24.—
EL ORO DE NÁPOLES, por *Giuseppe Marotta* .. .. .. $ 28.—
BUSCANDO A QUIEN DEVORAR, por *Luc Estang* .. .. $ 30.—
LA IMPOSTURA, por *Georges Bernanos* .. .. $ 22.—
EL TERCER CIELO, por *Jean Rounault* .. .. $ 22.—
EL CURANDERO, por *Pierre Véry* .. .. $ 12.—
EL VISIONARIO, por *Julien Green* .. .. $ 22.—

ENSAYOS

EL TEATRO Y EL ESPECTADOR, por *Pierre Aimé Touchard* .. .. $ 20.—
RIMBAUD, por *Daniel Rops* .. .. $ 22.—
QUÉ ES LA LITERATURA, por *Charles Du Bos* .. .. .. $ 24.—
LA PIEDRA DEL ESCÁNDALO, por *François Mauriac* .. $ 18.—

FILOSOFÍA

LAS METAMORFOSIS DE LA CIUDAD DE DIOS, por *Etienne Gilson* .. .. $ 40.—
INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA, por *Héctor C. Mandrioni*, Enc. .. .. $ 40.—

EDITORIAL TROQUEL, S. A.

VIDT 2826 BUENOS AIRES T. E. 78.-7572

libros de hoy

Books of To-day — Libri d'Oggi — Livros de Hoje — Livres d'Aujourdhui — Bücher von Heute.

Publicación de información literaria y bibliográfica

EN EL NÚMERO 37-38 (CUARTO ANIVERSARIO)

Libros argentinos y revistas francesas — Panorama de la literatura boliviana — Las Primeras Jornadas Nacionales de Literatura Germana en Mendoza — La Feria del Libro Iberoamericano — Héctor Pedro Blomberg — Voces poéticas de aquí y de más allá — Cumple 125 años la Librería del Colegio — Romano Guardini — Mirador literario — Filosofía y literatura — El libro y la historia — El libro y las artes — El pensamiento y la sociedad — El libro y la medicina — Autores y editores en la Argentina — Panorama internacional.

Suscripción por 12 cuadernos: m$n 50,—; número suelto: m$n 5,—

Dirección postal: Casilla Correo 699 – Buenos Aires

CICLON

REVISTA LITERARIA

SUMARIO

José Bianco: EL COLEGIO; *Virgilio Piñera:* LOS SIERVOS; *Julien Torma:* EUFORISMOS; *Antón Arrufat:* ANTÍGONA; *Arturo Parilla:* EL PACTO; *Julio E. Payró:* LA PINTURA MODERNA Y EL MEDIO EN QUE SE DESARROLLA; *Luis Marré:* POEMAS; *Roger Peyrefitte:* LAS LLAVES DE SAN PEDRO; *Nivaria Tejera:* POEMAS.

REVALUACIONES: *Luis Alberto Sánches:* MACEDONIO FERNÁNDEZ.

BARÓMETRO: NOTAS.

PRÓXIMAS COLABORACIONES de *Renato Poggioli, Henri Michaux, H. A. Murena, J. R. Wilcock. J. A. Portuondo, Niso Malaret, Elva de Loizaga, Maurice Nadeau, Lionel Troilling, Julio Cortázar, María Zambranao, Paul Claudel y otros.*

REDACCIÓN: calle 23 Nº 1516 Vedado, LA HABANA (CUBA)

EDITOR: JOSÉ RODRÍGUEZ FEO

Suscripción anual: 3 dólares

La verdadera calidad tiene etiqueta de

Harrods

Florida 877 - (R 5.)

ediciones "doble p"

el sello de los grandes escritores argentinos

¡novedades aclamadas por la crítica!

el pentágono, novela en forma de cuentos, un alarde de técnica e interioridad, por *antonio di benedetto* a ..... $ 20.-

cayó sobre su rostro, una novela reveladora, por *david viñas*. $ 24.-

la última montonera, cuentos bárbaros, toda una época sangrienta, por *félix luna* ..... $ 14.-

tierra arisca, vigorosa novela de *diego r. oxley* ..... $ 24.-

don segundo sombra, reminiscencia infantil de ricardo guiraldes extraordinario ensayo crítico de *aristóbulo echegaray* ..... $ 16.-

otros éxitos de nuestro sello:

a. pagés larraya - **santos vega el payador,** leyenda trágica 1° premio municipal/54 ..... $ 14.-

w. g. wéyland - **belgrano r.** deliciosos cuentos ..... $ 6.-

c. prelooker - **la noche y dos sombras,** novela ..... $ 16.-

pasto seco, novela ..... $ 18.-

burbujas en el barro, relatos subjetivos !-una joya bibliográfica! $ 40.-

●

de venta en todas las buenas librerías

●

¡próximas novedades!

los amigos lejanos, una novela extraña y reveladora, por *julio ardiles gray*.

el tango, mito y esencia el primer verdadero ensayo sobre nuestra música popular, por *tulio carella*.

●

señor librero: pida estos títulos a su distribuidor habitual.

●

invitamos a los escritores argentinos a remitirnos originales.

●

ediciones "doble p"

reconquista 1011 • 32 - 8210

PSICOLOGÍA EXPERIMENTAL

por Emilio Mira y López

LA PSICOLOGÍA EXPERIMENTAL ACTUALIZADA CON SUS ÚLTIMOS ADELANTOS

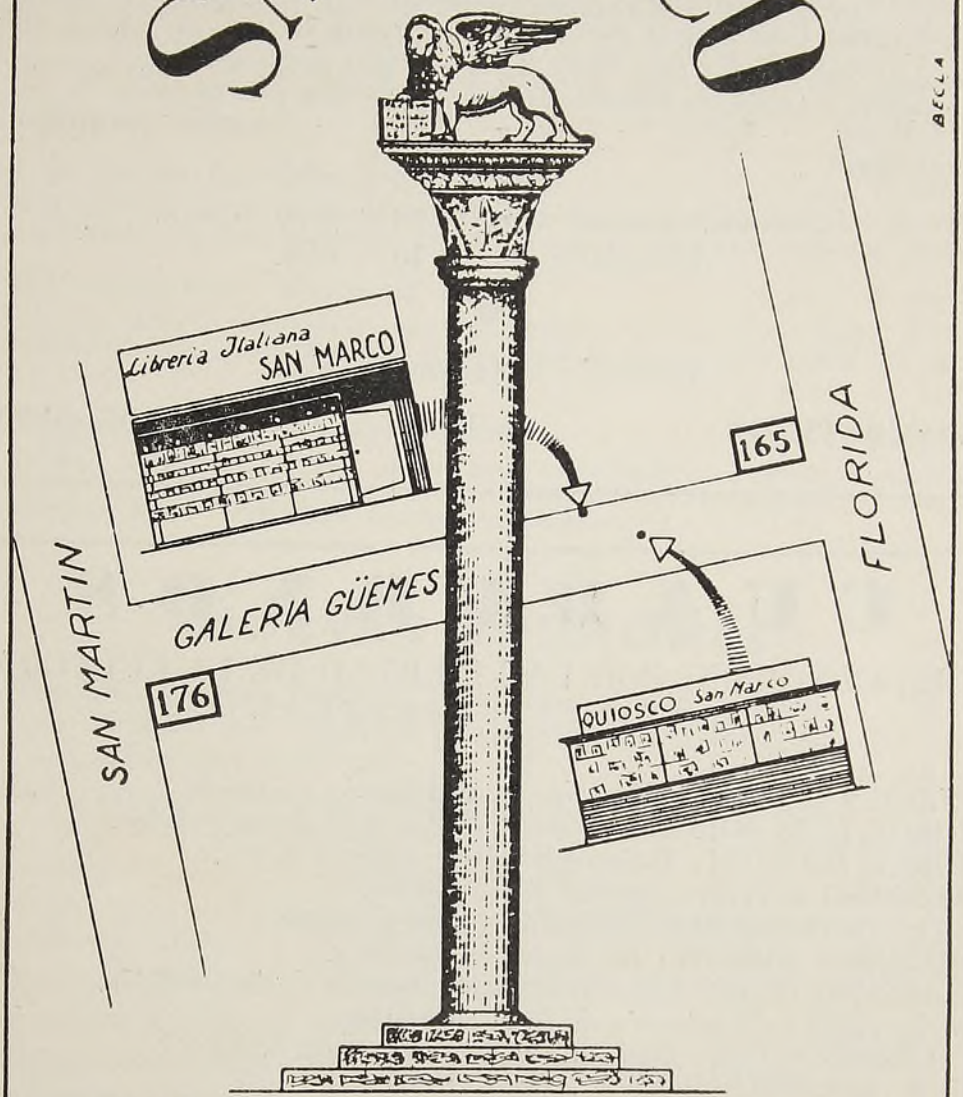
La verdadera psicología experimental. Correlaciones neurohormonales y hormonéuricas. "Función psíquica" y "ciclo de trabajo". Necesidad y motivación. Las funciones noéticas. Los estados tímicos. Procesos mnémicos e imaginativos. La elaboración conceptual. Los procesos discursivos. El lenguaje. La faz conativa. La actividad global de la conciencia. Los " niveles de conciencia". Las "dimensiones de la personalidad".

Volumen encuadernado en tela, sobrecubierta en colores, 332 páginas, ilustrado $ 84.—



EDITORIAL
KAPELUSZ
MORENO 372
BUENOS AIRES

SAN MARCO



Libreria Italiana

FLORIDA 165 (GALERIA GÜEMES) T. E. 30 - 5101 y 30 - 1868

BUENOS AIRES

LIBERALIS

Nº 31/32 — ENERO - JUNIO DE 1955

EDITORIAL: *Revisionismo: una palabra ambigua.*
C. A. ERRO: *Respuestas a la historia reaccionaria.*
B. GONZÁLEZ ARRILI: *Revisores y revisionistas.*
J. PRIETO: *La verdad histórica y el revisionismo.*
TRISTÁN: *Diez caricaturas antirrevisionistas.*
E. SICARD: *Una magna manifestación científica.*
N. THOMAS: *El Welfare State y los partidos políticos.*
D. VIÑAS VANTZ: *A. Prieto: Borges y la nueva generación.*
Meridiano — Teatro — Cine — Libros — Gacetilla plástica — Cronología.

Suscripción anual (4 números): $ 30.— m/n.
Ejemplar suelto: $ 10.— m/n.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

VIAMONTE 1481 — 3er. Piso — BUENOS AIRES

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA
REVISTA BIMESTRAL
Nº 15

ALDOUS HUXLEY: *Jerusalén o la Historia resumida.*
JORGE LUIS BORGES: *Historia de los ecos de un nombre.*
JORGE MAÑACH: *Universalidad de Alfonso Reyes.*
ALFONSO REYES: *Páginas de recuerdos.*
SALVADOR DE MADARIAGA: *Cosas y gentes.*
RICHARD WRIGHT: *De Sevilla a Bandung.*
MARIANO PICÓN SALAS: *Pequeño tratado de la tradición.*
R. E. LAPP: *El misterio de la superbomba.*
I. LAZAREVITCH: *Literatura y militarismo en la URSS.*
F. R. ALLEMANN: *En la Alemania del Este.*
Otros textos de:
GERMÁN ARCINIEGAS, FRANCISCO AYALA, HERNANDO TELLEZ, LUIS ABAD CARRETERO, CARLOS SABAT ERCASTY, SALVADOR BUENO, DANIEL D. VIDART ROBERT J. ALEXANDER, VICENTE BARBIERI, etc.

Suscripción anual: 45 pesos
Solicite un ejemplar gratuito a:
CUADERNOS
23, rue de la Pépinière, Paris 8, Francia

NOVEDADES

ARMAND SALACROU: *Teatro: La tierra es redonda. La desconocida de Arras. Un hombre como los demás* .. .. $ 37.—

Tres de las obras de mayor éxito de este famoso autor francés, cuyos temas afrontan problemas vivos de gran intensidad.

JORGE LUIS BORGES Y ADOLFO BIOY CASARES: *Los orilleros* y *El paraíso de los creyentes* .. .. $ 22.—

Aun privados de su imagen en la pantalla, estos dos relatos, centrados en el tema de la busca, tienen poderoso interés literario e inolvidable relieve.

J. B. TREND: *La civilización de España* .. .. $ 30.—

Una síntesis interpretativa de España en la que se unen una ejemplar objetividad, la más rigurosa documentación y la mayor agudeza crítica.

JUAN MANTOVANI: *Educación y vida* .. .. $ 20.—

Planteo filosófico-educativo de la relación **educación** y **vida**, y desarrollo de los principios que deben prevalecer en esta época de crisis de la cultura.

VARIOS: *La Sociedad Anónima actual* .. .. $ 25.—

Primer volumen de una serie que comprenderá manuales jurídicos, contables, impositivos, etc., con información de actualidad y ensayos teóricos sobre problemas de interés permanente.

NUEVAS EDICIONES

JEAN-PAUL SARTRE: *Teatro I: Las moscas. A Puerta cerrada. Muertos sin repultura. La mujerzuela respetuosa. Las manos sucias* (4ª ed.) .. .. $ 40.—

ROGER MARTIN DU GARD: *El cuaderno gris. El correccional* (Tomo I de *Los Thibault;* 3ª ed.) .. .. $ 35.—

ALBERTO MORAVIA: *El amor conyugal* (2ª ed.) .. .. $ 30.—

AMADO ALONSO Y PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA: *Gramática castellana,* Tomos I y II (12ª ed.) c/u. .. .. $ 25.—

LEOPOLDO HURTADO: *Lino Spilimbergo* (2ª ed.) .. .. $ 30.—

JESUALDO: *Literatura infantil* (2ª ed.) .. .. $ 30.—

RICARDO GÜIRALDES: *Don Segundo Sombra* (Bca. Contemporánea, núm. 49; 14ª ed.) .. .. $ 10.—

EDITORIAL LOSADA S. A.

ALSINA 1131 BUENOS AIRES

URUGUAY CHILE PERÚ COLOMBIA

COLECCIÓN ESQUEMAS

1. Francisco Romero, **Qué es la filosofía.** (Segunda edición) $ 8.—
2. Jorge Luis Borges, **El "Martín Fierro".** (Con la colaboración de Margarita Guerrero.) (Segunda edición) $ 8.—
3. Julio E. Payró, **El impresionismo en la pintura.** (Segunda edición) .. $ 10.—
4. Vicente Fatone, **Introducción al existencialismo.** (Segunda edición) ..... $ 8.—
5. Marcos Victoria, **Qué es el psicoanálisis.** (Segunda edición) ..... $ 8.—
6. Carmelo M. Bonet, **Escuelas literarias.** (Segunda edición) ..... $ 8.—
9. Jorge Romero Brest, **Qué es el arte abstracto.** (Segunda edición) ..... $ 10.—
8. José Luis Romero, **La cultura occidental** ... $ 8.—
9. Julián Marías, **Idea de la metafísica** ..... $ 8.—
10. Alfredo L. Palacios, **Masas y élites en Iberoamérica** $ 10.—
11. Ismael Quiles, **Qué es el catolicismo.** (Segunda edición) $ 12.—
12. Luis Juan Guerrero, **Qué es la belleza** $ 10.—
13. B. Foster Stockwell, **Qué es el protestantismo** . $ 10.—
14. Á. Melián Lafinur, **El romanticismo literario** $ 10.—
15. Francisco Romero, **Ubicación del hombre** .. $ 10.—
16. J. M. Monner Sans, **Introducción al teatro del siglo XX** ..... $ 10.—
17. Vicente Fatone, **El hombre y Dios** ..... $ 10.—
18. Guillermo de Torre, **Qué es el superrealismo** .. $ 10.—
19. José Babini, **Qué es la ciencia** ..... $ 12.—
20. Marcos Victoria, **Introducción a la psicología** $ 12.—
21. Julio E. Payró, **Qué es el "fauvismo"** ..... $ 12.—
22. Bernardo A. Houssay, **La investigación científica** $ 12.—
23. Osvaldo Loudet, **Qué es la locura** ..... $ 12.—

EDITORIAL COLUMBA
Sarmiento 1889, 5º piso

Novedades del mes

EDITORIAL LA MANDRÁGORA

EL GRAN KOLJOZ
por *Mateo Eric* . . . $ 22.—
Una gran novela croata sobre la vida y la muerte en las granjas colectivas de Tito.

J. L. BORGES
por *J. L. Ríos-Patrón* . $ 18.—
(*Col. "Clásicos Argentinos del Siglo XX"*)

G. BERNANOS
por *L. Chaigne* . . . . $ 16.—
(*Col. "Clásicos del Siglo XX"*)

●

DISTRIBUCIONES EXCLUSIVAS

HISTORIA DE LA RUSIA CONTEMPORÁNEA
por *A. Falcionelli* . . $ 120.—
Primer tomo de una obra maestra 624 páginas en texto - 18 grabados - 10 mapas bajo sobre separado.

TORRE DE BABEL
por *G. Garro Auderut* $ 28.— (ap.)
Joven escritor que nos muestra, en esta hora de encrucijada, un camino duro más radiante de plenitud.

Distribuidor exclusivo
J. G. KIRCHHEIMER
Corrientes 127

Tous les Livres de Langue Française
Parus en France et a L'Etranger
Depuis 1934

BIBLIO

LE SEUL CATALOGUE DICTIONNAIRE
BIBLIOGRAPHIQUE FRANÇAIS

Mensuel — Chaque fascicule contient une partie littéraire consacrée à un auteur français moderne, et une partie bibliographique donnant la liste des ouvrages parus le mois précédent.

Abonnement annuel (10 nos.) 18 dollars

Annuel — Refonte en une seule liste alphabétique de la partie bibliographique des numéros mensuels, revue, corrigée et augmentée d'un supplément.

Volumes disponibles 1944 à 1954
Broché . . 6.450 frs le vol.
Relié . . . 7.140 frs le vol.

BIBLIO 9, rue Stanislas, *PARIS* (6e)

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

CONSTITUCION Y REVOLUCION

JUAN B. ALBERDI

DE

BERNARDO CANAL FEIJÓO

590 páginas .. .. $ 55.—

Próxima llegada de la colección completa de

BREVIARIOS

Se reciben pedidos

INDEPENDENCIA 802 T. E. 23 - 9603

BUENOS AIRES

Cuadernos Americanos

LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO

Publicación bimestral en la que colabora lo más distinguido de la intelectualidad hispanoamericana.

PRECIOS:	Por ejemplar	Por suscripción (6 números)
México	$ 10.—	$ 50.—
Otros países de América	Dls. 1.25	Dls. 6.50
Europa y otros Continentes	„ 1.50	„ 8.00

Ejemplares atrasados, precio convencional.

Servimos suscripciones directamente dentro y fuera del país.

Los pedidos pueden dirigirse a la Av. República de Guatemala 42-2 o al Apartado Postal Nº 965, México 1, D. F. Rep. Mexicana.



MOZARTEUM ARGENTINO

BUENOS AIRES

El Mozarteum Argentino es una obra enteramente idealista. Si usted ama los buenos ideales, si cree que la vida artística e intelectual de nuestro país se vigoriza con la presencia de entidades destinadas a mantener el recuerdo y difundir la obra de algunos grandes espíritus que ha producido la humanidad, si estima que una de las tareas importantes de esta hora del mundo es volver firmemente los ojos a las dignas causas que a todos nos hacen mejores, si usted ama la música porque ella le ayuda a vivir, entonces le pedimos su colaboración. El Mozarteum Argentino se siente con derecho a solicitarla porque está destinado a festejar la memoria y la obra de Wolfgang Amadeus Mozart, es decir, que está colocado bajo el resguardo de uno de los músicos más puros y admirables que ha visto nacer la historia.

La colaboración que le pedimos es clara. No se necesita retórica para ocultar con alusiones lo que es natural y sencillo. El Mozarteum Argentino le pide que se haga socio, esto es, que sea un mozartiano más. Necesitamos socios porque no hay modo de llevar adelante una institución de este tipo si no se cuenta con un mínimo de recursos. Necesitamos socios también porque no hay manera de que una institución como la nuestra viva sin la presencia de las personas que la componen. No sólo nos es indispensable su apoyo económico sino tanto como él, el apoyo moral y la participación activa en los actos organizados por la entidad. Necesitamos que usted sea a la vez un contribuyente y un miembro del público. No hay manera de crear una verdadera corriente artística prescindiendo de las personas. La sociedad musical más rica económicamente es innecesaria si sus socios no acuden a escuchar música. Lo primero es un medio, lo segundo el auténtico fin. Para eso le pedimos su colaboración.

SOCIO ACTIVO: $ 10.— mensuales

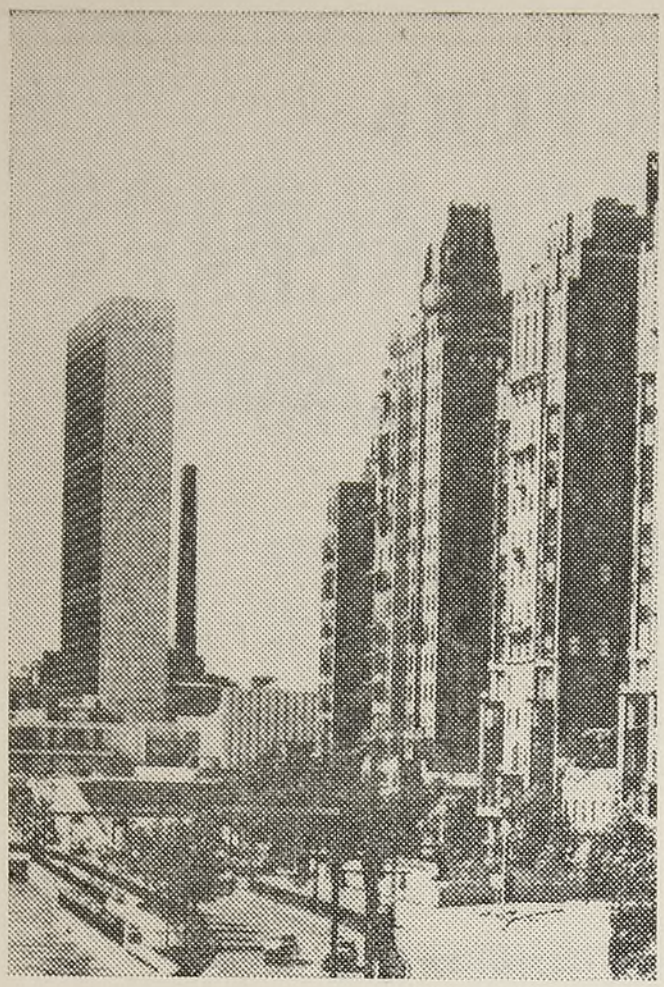
SOCIO PROTECTOR: $ 30.— mensuales

ECUADOR 1250, 5º "C" - T. E. 78-3530

LUNES, MIÉRCOLES Y VIERNES, DE 14 A 16 HORAS.

La libertad de expresión no sólo es compatible con un orden social estable: es su condición esencial. Siempre lo he dicho: aunque mi padre, o mi hermano, o mi hijo fuese primer ministro de un Estado absolutista, huiría de ese Estado al día siguiente. Soy escritor. No puedo vivir sino en un país libre.

VOLTAIRE

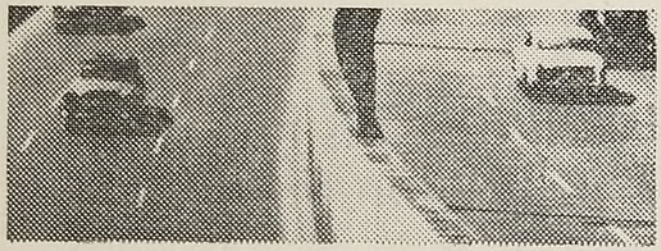


● En cualquier momento... sin problema de fecha, tiempo ni asiento... ¡toda América lo espera! si usted vuela por Pan American y Panagra.

Vd. traza el itinerario...

● ¡Con todas las combinaciones que usted desee! Santiago de Chile, Río de Janeiro, Lima, Guayaquil, Caracas, Panamá, las Islas del Caribe, México, Miami, Nueva York, Los Angeles, ¡un "mundo" de escalas a su gusto!.. y puede permanecer en cada lugar todo el tiempo que quiera, dentro de la validez de su boleto.

Y MAÑANA ¡EN ESTADOS UNIDOS!...



● ...y además con un solo boleto y sin recargo, Ud. puede volar a Estados Unidos por el Atlántico vía Pan American y volver por el Pacífico vía Panagra, o vice versa, visitando así casi todos los países de América en un "viaje redondo".

Ninguna otra línea aérea puede ofrecerle un servicio con tantas ventajas juntas, como el Sistema Pan American!

PANAGRA — **PAN AMERICAN**

Pan American-Grace Airways — *Pan American World Airways*

Cía. de Aviación Pan American Argentina, S. A. C. F. e I. - Av. Pte. Roque S. Peña 788
T. E. 30-8541 - Buenos Aires

LECTURA
DE
POEMAS FRANCESES
POR
VICTORIA OCAMPO

BAUDELAIRE *Recueillement*
La Beauté
L'Invitation au Voyage

★

MALLARMÉ *Apparition*
Brise Marine

★

VERLAINE *Green*
Clair de Lune
Spleen

★

MUSSET *La Mort du Pélican*
BAUDELAIRE *Moesta et Errabunda*

ALBUM DE TRES DISCOS
CON EL TEXTO DE LOS POEMAS

$ 70.—

SUR
SAN MARTÍN 689 T. E. 31-3220
BUENOS AIRES

POEMAS ARGENTINOS

LEIDOS POR SUS AUTORES

JORGE LUIS BORGES
FRANCISCO LUIS BERNARDEZ
EDUARDO GONZALEZ LANUZA
RICARDO MOLINARI
SILVINA OCAMPO
VICENTE BARBIERI
ALBERTO GIRRI
H. A. MURENA

traducidos y leídos en francés

POR

VICTORIA OCAMPO

ALBUM DE OCHO DISCOS

CON EL TEXTO DE LOS POEMAS

$ 250.—

SUR

SAN MARTÍN 689 T. E. 31-3220

BUENOS AIRES

HERMANN KASACK

FALSIFICACIONES

Herman Kasack es uno de los novelistas más representativos de la actual generación literaria alemana. Se hizo mundialmente conocido en 1946, al publicar su primera novela *La ciudad allende al río. Falsificaciones*, su última novela, fué publicada en Alemania en 1953, y es su primera obra traducida al español. Kasack plantea en ella cuestiones estéticas de gran interés y, situándose en la línea clásica de la gran tradición novelística germana, se nos muestra como un narrador ágil, preciso y tenso.

Traducción de *Alberto Luis Bixio.*

$ 20.—

EDITORIAL SUR S. R. L.

SAN MARTÍN 689 T. E. 31-3220

BUENOS AIRES

E. M. FORSTER

DONDE LOS ÁNGELES NO SE AVENTURAN

"Los necios se precipitan donde los ángeles no se aventuran". E. M. Forster ha dicho que la maldición que pesa sobre el hombre no es el "conocimiento del bien y del mal, sino el conocimiento del bien-y-mal". A pesar de su obra reducida, la crítica considera a E. M. Forster como el más grande novelista inglés viviente. *Donde los ángeles no se aventuran* es una de las cinco novelas que ha publicado hasta hoy y que le han dado derecho a ese título.

Traducción de *Carlos Peralta.*

$ 20.—

EDITORIAL SUR S. R. L.

SAN MARTÍN 689 T. E. 31-3220

BUENOS AIRES

J. F. ANGELLOZ

RILKE

J. F. Angelloz, el notable y erudito crítico francés especializado en literatura germánica y sobre todo en la de *Rainer María Rilke*, de quien ha traducido y comentado las *Elegías de Duino* y los *Sonetos a Orfeo*, nos da el libro de exégesis más completo que se conoce hasta el presente sobre el poeta de Praga, analizando minuciosa y fervorosamente las sutiles relaciones entre su vida y su obra.

Traducción de Alfredo Terzaga .... $ 28.—

EDITORIAL SUR S. R. L.

SAN MARTÍN 689 T. E. 31-3220

BUENOS AIRES

ALEXANDRE ARNOUX

LA CIFRA

Con el matemático de LA CIFRA, que no concibe el azar, se encuentra *necesariamente* el joven protagonista de la famosa y singular novela de ALEXANDRE ARNOUX. Este joven desempeña las tareas de secretario de un intelectual en trance de escribir una obra inmensa, una Suma que devora sus días y sus noches. En el despacho donde trabaja hay una caja de hierro, infinitamente más tangible que el hipotético monumento literario que prepara su amo. El matemático que niega el azar le ha explicado que cada hombre está caracterizado por una tonalidad, un color aritmético, un número; que su destino y sus actos están contenidos y preformados en él. ¿Logrará el joven secretario discernir las relaciones ocultas que llevaron a su patrón a establecer la cifra, descubrir esos cuatro números árabes que le permitirán humillarlos y vencer, de paso, al monstruo sombrío, soñoliento, al batiente mecánico que vigila su tesoro?

Traducción de José Bianco ..... $ 22.—

EDITORIAL SUR S. R. L.

SAN MARTÍN 689 T. E. 31-3220

BUENOS AIRES

H. A. MURENA

LA FATALIDAD DE LOS CUERPOS

"¿Quién no se reconocerá de algún modo en esta historia? —pregunta en esta novela el autor de "El pecado original de América", también editado por Sur y que ha tenido tanta repercusión en las letras hispanoamericanas.

$ 30.—

EDITORIAL SUR S. R. L.
SAN MARTÍN 689 T. E. 31-3220
BUENOS AIRES

SUR

NÚMERO 237 NOVIEMBRE-DICIEMBRE de 1955

POR LA RECONSTRUCCIÓN NACIONAL

"Del lado de nuestros enemigos, sabemos (y lo sabe el mundo entero) que toda su política con respecto al espíritu se ha encarnizado, desde hace diez años, en reprimir el desarrollo de la inteligencia, en depreciar el valor de la investigación pura, en tomar medidas, con frecuencia atroces, contra los que se consagraban a ello, en favorecer, hasta en las cátedras o en los laboratorios, a los adoradores del ídolo en detrimento de los creadores independientes de riqueza espiritual, y en imponer, tanto a las artes como a las ciencias, los fines utilitarios que persigue un poder fundado en las declamaciones y el terror. Las universidades, que en otra época fueron la más grande y justa gloria del país, han sido privadas de sus mejores maestros y sometidas a la vigilancia de un partido que es una policía . . .; por último, la doctrina del Estado se ha pronunciado allí tan precisamente y tan brutalmente contra la integridad y la dignidad del pensamiento que nadie puede ocuparse sino en servirla."

PAUL VALÉRY: *Miradas al mundo actual*

LA HORA DE LA VERDAD

SOBRE LA PACIFICACIÓN

A SUR le bastaría repetir, hoy, lo que ya declaró en agosto de 1937, hace exactamente 18 años, contestando a lo que de nuestra revista opinaba, censurándola, cierta publicación católica: nos acusaba de izquierdismo.

Repetiremos, pues, abreviando:

"Queremos cosas concretas.

Queremos continuar en la tradición profunda de nuestro país, que es una tradición democrática.

Queremos un país mejor, una cultura más auténtica, una sociedad menos contaminada y más justa, una verdad menos confinada.

Todas las persecuciones sectarias —sean de raza, sean políticas, sean persecuciones disimuladas bajo formas codificadas y legales— nos parecen igualmente odiosas.

Lo que nosotros perseguimos es una lucha contra la persecución misma.

Estamos contra todas las dictaduras, contra todas las opresiones, contra todas las formas de ignominia ejercida sobre la oscura grey humana que ha sido llamada la santa plebe de Dios".

En septiembre de 1939, con motivo de la guerra mundial, nos pareció oportuno recordar aquellas palabras y las volvimos a publicar. Están en el número de la revista que corresponde a esa fecha. Agregábamos, entre otras cosas:

"Nosotros no somos neutrales. No lo éramos en agosto de 1937. Defendíamos lo que ya corría peligro y levantábamos nuestra voz contra una política que paraliza la inteligencia y a la vez destruye los principios de la moral evangélica. Esa política, cuando no aniquila la enseñanza de Cristo, traiciona su espíritu reemplazándolo por el de la Inquisición.

Para nosotros, un acto degradante es siempre degradante, aunque favorezca el interés nacional.

Nosotros tenemos necesidad de creer que nuestro país se conduce como una persona decente. Otra idea de la patria no nos cabe en el corazón ni en la cabeza".

Declarábamos, en 1937, que queríamos una cultura más auténtica. Durante 25 años hemos trabajado, dentro de nuestras posibilidades, para ayudar a su desenvolvimiento. Sin caer en un detestable fariseísmo, podemos invocar hoy ese hecho. Desde un principio fué el fin que perseguíamos al fundar una revista literaria que diera a conocer a sus lectores, junto con los autores más importantes de la literatura mundial, a los prosistas y poetas argentinos aún desconocidos.

Nuestro derecho a exponer nuestro punto de vista, hoy, se basa en ese ayer: 25 años de labor.

En el mismo número de SUR que acabamos de mencionar, se cita esta frase de Maritain: "Mientras las sociedades modernas segreguen la miseria

como un producto normal de su funcionamiento, no puede haber en ellas reposo para el cristiano". También se podría decir, y decimos: "Mientras los Estados segreguen la no libertad de expresión como un producto normal de su funcionamiento, no puede haber en ellos un lugar digno para el artista y el intelectual".

Consecuente con su línea de conducta, SUR afirma, una vez más, que considera indispensable la libertad de expresión por ser ella fundamento de toda libertad y garantía de la dignidad humana.

A LA invitación a pacificar el país que hizo el gobierno en el mes de junio próximo pasado, SUR contestó con estas dos páginas que debieron aparecer en el Nº 236 (septiembre-octubre). Pero como la revista es bimensual, la comedia de la pacificación, al ejemplo de tantas otras, terminó, y el siniestramente famoso discurso del 31 de agosto fué pronunciado cuando SUR estaba todavía en la imprenta. Las páginas se suprimieron, pues mal podía hablarse de pacificación en la atmósfera creada por las nuevas declaraciones del presidente depuesto. Los discursos verídicos y moderados de los dirigentes políticos fueron calificados por él de superficiales e insolentes. En adelante estaba agotada la reserva de inmensa paciencia y extraordinaria tolerancia con que nos había colmado generosamente... Conocíamos bastante bien la extensión de esa paciencia, de esa tolerancia. En lo que me concierne personalmente —y hubiera podido pasarlo peor— en 1953 estuve presa 27 días sin que me explicaran claramente a qué respondía ese castigo. En dos ocasiones habían allanado mi casa (y una vez la revista); registraron mis armarios, mis cajones; leyeron mis papeles, mis cartas (ninguno concernía al gobierno, ni tenía relación directa con la política).

Desde mi encuentro con Gandhi, es decir, desde mi lectura del libro que le dedicó Romain Rolland (1924), sentí un inmenso fervor por ese hombre que considero el más grande de nuestro siglo. Había influído en mi vida y gracias a sus enseñanzas pude sobrellevar mejor ciertas pruebas de lo que las hubiera soportado dando rienda suelta a mis impulsos indisciplinados. Sabía pues que lo único que perseguían, que castigaban, que querían destruir en mí era la libertad de pensamiento. Y esta comprobación me parecía tanto más grave para el país. En efecto, durante mi estadía en el Buen Pastor había descubierto, entre otras cosas, que la cárcel material es menos penosa, hasta menos peligrosa moralmente para los inocentes que la

otra cárcel: la que había conocido en las casas, en las calles de Buenos Aires, en el aire mismo que respiraba. Esa otra cárcel invisible nace del miedo a la cárcel, y bien lo saben los dictadores.

¿Qué es un preso? Un preso es un hombre que no tiene derecho de vivir sin que cada uno de sus gestos, de sus actos, sea controlado, interpretado. No puede pronunciar una palabra sin exponerse a ser oído por un tercero que hará de esa palabra el uso que le dé la gana. Cada línea que escribe es leída, no sólo por la persona a quien va dirigida, sino por indiferentes, quizá hostiles; de ellos dependerá que esa línea llegue o no a su destinatario. El preso es espiado, aun cuando duerme. Recuerdo una de los interminables noches del Buen Pastor. Estábamos once mujeres en la misma sala. Como no podía dormir —sufría de un insomnio exacerbado por el concierto de ronquidos— me preguntaba qué hora sería (nos habían quitado los relojes al entrar). Una de mis compañeras, al verme sentada en la cama y tapándome los oídos, tuvo la bondad de venir a preguntarme si me sentía mal. ¿Te acuerdas, querida Nélida Pardo? Tu camisón blanco, de tela burda, lencería del Buen Pastor, concentró por un momento los débiles rayos de luz que entraban desde fuera. No bien te aproximaste a mi cama, la cabeza de una celadora que montaba guardia en el patio surgió contra el vidrio de la puerta enrejada. Sólo me quedó tiempo para decirte entre dientes: "No es nada. Son ronquidos. Andate". Fingiste entonces ir a beber una taza de agua —desde luego, no había vasos— para justificar ese inusitado paseo nocturno. Luego volviste a acostarte como una niña desobediente que se siente culpable. ¡Y qué culpa! Un gesto de humanidad cuya dulzura no olvidaré nunca y que todavía me llena los ojos de lágrimas.

El hecho de ser un animal enjaulado, casi constantemente mirado por uno o varios pares de ojos, es por sí solo un suplicio.

Pero durante estos últimos años de dictadura, no era necesario alojarse en el Buen Pastor o en la Penitenciaría para tener esa sensación de vigilancia continua. Se la sentía, lo repito, en las casas de familia, en la calle, en cualquier lugar y con caracteres quizá más siniestros por ser solapados. Desde luego, la celadora no vigilaba nuestro sueño; no estaba allí para impedir que un alma caritativa tuviera, imaginando nuestra congoja, el gesto espontáneo de las madres que se inclinan sobre la cama de un niño; de un niño que no duerme y que en la oscuridad tiene miedo, como decía el poeta, "du vent, des loups, de la tempête". No. Fuera de las cárceles no

había celadora, pero nuestro sueño estaba infestado de pesadillas premonitorias, porque nuestra vida misma era un mal sueño. Un mal sueño en que no podíamos echar una carta al correo, por inocente que fuese, sin temer que fuera leída. Ni decir una palabra por teléfono sin sospechar que la escucharan y que quizá la registraran. En que nosotros, los escritores, no teníamos el derecho de decir nuestro pensamiento íntimo, ni en los diarios, ni en las revistas, ni en los libros, ni en las conferencias —que por otra parte se nos impedía pronunciar— pues todo era censura y zonas prohibidas. Y en que la policía —ella sí tenía todos los derechos— podía disponer de nuestros papeles y leer, si le daba la gana, cartas escritas veinte años antes del complot de las bombas de 1953 en la Plaza de Mayo; complot de que nos sospechaban partícipes por el sólo hecho de ser "contreras". Puede decirse sin exagerar que vivíamos en un estado de perpetua violación. Todo era violado, la correspondencia, la ley, la libertad de pensamiento, la persona humana. La violación de la persona humana era la tortura, como me decía en términos muy exactos Carmen Gándara.

En la cárcel, uno tenía por lo menos la satisfacción de sentir que al fin tocaba fondo, vivía *en la realidad*. La cosa se había materializado. Esa fué mi primera reacción: "Ya estoy fuera de la zona de falsa libertad; ya estoy al menos en *una verdad*. Te agradezco, Señor, que me hayas concedido esta gracia. Estos temidos cerrojos, estas paredes elocuentes, esta vigilancia desenmascarada, esta privación de todo lo que quiero —y que ya padecía moralmente cuando aparentaba estar en libertad—, la padezco por fin materialmente. Te agradezco este poder vivir en la verdad, Dios desconocido, el único capaz de colmarme concediéndome inexorablemente mis votos más ardientes. Siempre he querido la verdad por encima de todo, como si ella fuera la forma palpable de la libertad: pues bien, aquí la toco".

Sí. Moralmente, bajo la dictadura uno se sentía más libre en la cárcel que en la calle. Y se sentía uno más libre porque allí se vivía más cerca de la verdad. Una verdad que para mí tenía la forma sólida del manojo de llaves colgado de la cintura de la hermana Mercedes, que abría nuestra jaula para traernos a las siete de la mañana, como desayuno, una gran pava de mate cocido; también le ponía alpiste a la otra jaula: la del canario que colgaba de una cadena en el patio.

La verdad. Ésta es la palabra en que me detengo, ésta es la pa-

labra a que quería llegar, ésta es la palabra con que quiero terminar mi llamado a mis amigos escritores.

La autobiografía de Gandhi lleva como título *La historia de mis experiencias con la verdad*. Sus experiencias llegaban al dominio político partiendo del dominio espiritual. Y a este punto de partida atribuyó Gandhi la influencia de que dispuso en los destinos de su patria. No me hubiera costado trabajo encontrar en los escritos de Gandhi, que no diferían de sus actos, pues vivía como pensaba y pensaba como vivía, el apoyo siempre buscado por mí en los espíritus esclarecidos para demostrar al lector que al afirmar algo estoy en buena compañía. Pero aunque para mí el solo nombre del Mahatma es la suprema garantía y no encuentro otro más valedero, estimo que es quizá más convincente, en esta hora, recurrir a una figura menos insigne y a la vez de parentesco más cercano con nosotros (si es cierto que la vecindad geográfica y racial guarda relación con lo espiritual, cosa que por mi parte niego rotundamente). Deseo simplemente evitar que se me repita como en otras ocasiones: "Eso puede pasar, pero en la India".

Tengo ante mis ojos una carta publicada en 1933 para una correspondencia suscitada por la Sociedad de las Naciones entre los representantes calificados de la alta actividad intelectual; la escribió Miguel Ozorio de Almeida. Nuestro casi compatriota brasileño insistía en la necesidad imperiosa, para manejar con acierto los asuntos del mundo, de una gran buena voluntad y "sobre todo de un respeto absoluto de la verdad. En el estado actual de las cosas, no es seguramente el amor y el respeto de la verdad lo que podríamos presentar como características esenciales de los asuntos sociales, o políticos, o internacionales. El hecho de que casi siempre ignoramos dónde está la verdad podría justificar este estado de espíritu. Pero he aquí justamente lo que debería distinguir el orden intelectual de los otros órdenes". En efecto, el intelectual que vive la verdadera vida del espíritu no puede, bajo ningún pretexto, aunque sea aparentemente útil o piadoso, permitirse el menor desvío del camino trazado por lo que él considera la verdad. A un sabio en su laboratorio no se le ocurre, mientras hace investigaciones, falsear datos. El intelectual debe o debería saber que su responsabilidad es exactamente la misma, aunque en otro plano.

Ozorio de Almeida piensa que "el amor a la verdad y el esfuerzo persistente por hacerla conocer" es el gran elemento *nuevo* —subraya—, "la gran contribución que el orden intelectual podría apor-

tar a la reorganización de los grandes asuntos generales". Ese respeto por la verdad es una cuestión de educación. Se forma con lentitud en los pueblos. "Y es demasiado a menudo olvidado por los dirigentes. Éste es el respeto que los intelectuales defienden celosamente, y en el fondo la libertad de pensamiento no es más que el derecho de respetar y amar la verdad".

Últimamente Martínez Estrada me decía que habíamos sido *casi* todos cobardes (se refería, creo, a nosotros, los escritores), pues hubiéramos debido hacernos matar gritando la verdad. Es cierto; desde el punto de vista de héroes o de santos de la grandeza de un Gandhi, pocos de entre nosotros han llegado al límite de extremo coraje que se necesita, en tiempos de dictadura ("Tiempos difíciles", como se titula el admirable film de Luigi Zampa), para ponerse sin restricciones al servicio de la verdad. Benditos sean los que más se han acercado a esa meta salvadora. En lo que a mí concierne, cuántas veces he sentido con vergüenza que pecaba, no por acción sino por omisión, pues ya no se trataba de hablar, sino de gritar. Cada vez que cantaba el gallo yo tenía la sensación de haber renegado de algo por pura omisión. Y pensaba: "Con tal de que la verdad que no estoy sirviendo sacrificándole mi vida misma me perdone como Cristo perdonó a su discípulo, el que fué jefe de su Iglesia". Pues ésa me parecía, ésa me parece la misión de los que trabajan, en el orden espiritual, para el entendimiento de una nación y del mundo en general.

Nada sólido y nada grande puede construirse sin hacer voto de verdad. A tal punto que un filósofo de Ginebra, según Ozorio de Almeida, había invitado a los filósofos a una acción conjunta contra la mentira. Nuestro amigo brasileño se adhería enteramente a ese proyecto. No sé si llegó a cumplirse. Pero lo que propongo hoy a los intelectuales argentinos es hacer un frente común contra las mentiras, cualquiera sea su procedencia.

El mal que ha hecho la mentira sistematizada de la dictadura —sin la cual ninguna dictadura puede marchar— y el mal de las mentiras que la precedieron, la prepararon y la hicieron viable, es de sobra patente. Cuánto tacto, cuánta paciencia y cuánto tiempo se necesitará para deshacerlas, para desenmadejarlas; para extirparlas de los corazones ingenuos donde han anclado, convirtiéndose en creencias. Pues no debemos confundir a los que creen en las mentiras por candor con los que las adoptan como medio para satisfacer apetitos o hacer fortuna rápidamente.

La tarea de conducir al mayor número posible de hombres "al reconocimiento, no sólo en palabras, sino también en actos, de la importancia fundamental de eso que prima sobre todo y que sin embargo es constantemente olvidado: la verdad" es una tarea que nos incumbe. Es la tarea de los intelectuales, de los educadores. Los intereses de clase, de partido, de naciones no deben jamás obstaculizar el cumplimiento de tan sagrada misión.

Pero tengamos presente que ese afán de *la verdad ante todo* debe ir siempre acompañado de una inmensa buena voluntad hacia el prójimo, custodiado, diría, por las tres virtudes teologales. Fe en la eficacia de la energía espiritual; esperanza en lo que esa actitud espiritual puede tener de contagioso; caridad que fluye de estas palabras tan repetidas y tan poco practicadas por nosotros, los cristianos: "Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores". El perdón de las deudas no es la blanda aceptación del mal cometido por el prójimo. Es sencillamente condenar ese mal, pero conceder al pecador, al que está sinceramente arrepentido, aquello que pedimos para nosotros mismos cuando caemos en la tentación: la oportunidad de enmendarnos.

En esas mismas cartas cambiadas por indicación de la Sociedad de las Naciones, Valéry advertía: "*Considero la necesidad política de explotar todo lo que hay en el hombre de más bajo en el orden psíquico como el mayor peligro de la hora actual*".

Lo que acabamos de vivir ha demostrado la magnitud del peligro. Hagamos votos para no olvidarlo: aprovechemos una lección tan cruel y que hubiera podido serlo aún más si el impulso de algunos hombres que se jugaron la vida no hubiera intervenido de manera milagrosa. No imaginemos que esos hombres puedan, por medio de nuevos milagros, resolver nuestros problemas, infinitamente complejos, en un lapso de tiempo tan corto como el de la interminable semana de la revolución. Pero ayudémoslos con toda nuestra buena voluntad, con toda nuestra preocupación de verdad y de probidad intelectual. Ésta debe ser la forma y la prueba de nuestro inmenso agradecimiento.

VICTORIA OCAMPO

L'ILLUSION COMIQUE

DURANTE años de oprobio y de bobería, los métodos de la propaganda comercial y de la *litérature pour concierges* fueron aplicados al gobierno de la república. Hubo así dos historias: una, de índole criminal, hecha de cárceles, torturas, prostituciones, robos, muertes e incendios; otra, de carácter escénico, hecha de necedades y fábulas para consumo de patanes. Abordar el examen de la segunda, quizá no menos detestable que la primera, es el fin de esta página.

La dictadura abominó (simuló abominar) del capitalismo, pero copió sus métodos, como en Rusia, y dictó nombres y consignas al pueblo, con la tenacidad que usan las empresas para imponer navajas, cigarrillos o máquinas de lavar. Esta tenacidad, nadie lo ignora, fué contraproducente; el exceso de efigies del dictador hizo que muchos detestaran al dictador. De un mundo de individuos hemos pasado a un mundo de símbolos aún más apasionado que aquél; ya la discordia no es entre partidarios y opositores del dictador, sino entre partidarios y opositores de una efigie o un nombre . . . Más curioso fué el manejo político de los procedimientos del drama o del melodrama. El día 17 de octubre de 1945 se simuló que un coronel había sido arrestado y secuestrado y que el pueblo de Buenos Aires lo rescataba; nadie se detuvo a explicar quiénes lo habían secuestrado ni cómo se sabía su paradero. Tampoco hubo sanciones legales para los supuestos culpables ni se revelaron o conjeturaron sus nombres. En un decurso de diez años las representaciones arreciaron abundantemente; con el tiempo fué creciendo el desdén por los prosaicos escrúpulos del realismo. En la mañana del 31 de agosto, el coronel, ya dictador, simuló renunciar a la presidencia, pero no elevó la renuncia al Congreso sino a funcionarios sindicales, para que todo fuera satisfactoriamente vulgar. Nadie, ni siquiera el personal de las unidades básicas, ignoraba que el objeto de esa maniobra era obligar al pueblo a rogarle que retirara su renuncia. Para que no cupiera la menor duda, bandas de partidarios apoyados por la policía empapelaron la ciudad con retratos del dictador y de su mujer. Hoscamente se fueron amontonando en la Plaza de Mayo donde las radios del estado los exhortaban a no irse y tocaban piezas de música para aliviar el tedio. Antes que anocheciera, el dictador salió a un

balcón de la Casa Rosada. Previsiblemente lo aclamaron; se olvidó de renunciar a su renuncia o tal vez no lo hizo porque todos sabían que lo haría y hubiera sido una pesadez insistir. Ordenó, en cambio, a los oyentes una indiscriminada matanza de opositores y nuevamente lo aclamaron. Nada, sin embargo, ocurrió esa noche; todos (salvo, tal vez, el orador) sabían o sentían que se trataba de una ficción escénica. Lo mismo, en grado menor, ocurrió con la quema de la bandera. Se dijo que era obra de los católicos; se fotografió y exhibió la bandera afrentada, pero como el asta sola hubiera resultado poco vistosa optaron por un agujero modesto en el centro del símbolo. Inútil multiplicar los ejemplos; básteme denunciar la ambigüedad de las ficciones del abolido régimen, que no podían ser creídas y eran creídas.

Se dirá que la rudeza del auditorio basta para explicar la contradicción; entiendo que su justificación es más honda. Ya Coleridge habló de la *willing suspension of disbelief* (voluntaria suspensión de la incredulidad) que constituye la fe poética; ya Samuel Johnson observó en defensa de Shakespeare que los espectadores de una tragedia no creen que están en Alejandría durante el primer acto y en Roma durante el segundo pero condescienden al agrado de una ficción. Parejamente, las mentiras de la dictadura no eran creídas o descreídas; pertenecían a un plano intermedio y su propósito era encubrir o justificar sórdidas o atroces realidades.

Pertenecían al orden de lo patético y de lo burdamente sentimental; felizmente para la lucidez y la seguridad de los argentinos, el régimen actual ha comprendido que la función de gobernar no es patética.

JORGE LUIS BORGES

ANOTACIÓN SOBRE LA UNIVERSIDAD

Sin tiempo ahora, por la estrechez del plazo concedido, para examinar con algún detenimiento los problemas de la Universidad argentina, deberé limitarme a consideraciones muy parciales y someras, apenas indicaciones sueltas de un tema de ilimitada extensión y de suma gravedad.

Lo primero que importa destacar es que lo principal en la Universidad (como en cuanto atañe a la vida espiritual) son los hombres, la calidad científica y moral de los hombres llamados a la función docente en ella. Y de intento digo: a la función docente, porque la función de gobierno en la Universidad es accesoria y lo es más en la medida en que la función docente se aproxima a lo que debe ser. Entre nosotros se ha desarrollado una morbosa superstición formalista y leguleya que concede una significación desmedida a los estatutos y reglamentaciones. En este punto debemos aprender de Inglaterra y de los Estados Unidos. Las reglamentaciones más sabias y completas son inoperantes si los hombres carecen de las condiciones requeridas; el reglamentarismo extremo crea una mentalidad abstracta y maquinal y trae consigo la suposición de que las disposiciones y prescripciones son lo más importante y lo demás interesa poco. Aquí, "lo demás" son los hombres destinados a ocupar cátedras y regir institutos. Una sociedad civilizada necesita sin duda de un sólido aparato institucional; pero no caigamos en el error de descuidar la sustancia que ha de llenar los cuadros estatutarios, animarlos, otorgarles actividad y sentido. Lo esencial en la Universidad son los hombres que han de enseñar en ella, y es obligación elegirlos, solicitarlos, buscarlos donde estén para traerlos a la función que por su capacidad, autoridad y eficacia les corresponde. De otro modo no tendremos Universidad sino una burocracia mala y costosa. Desde hace tiempo —desde más lejos que los comienzos del ominoso régimen derrocado— la Argentina es uno de los países en donde menos han contado los valores personales, donde más vocaciones y aptitudes se han desperdiciado. Nunca olvidaré una frase que oí hace años a Pedro Henríquez Ureña, cuyos términos no puedo reproducir textualmente, pero que sonaba más o menos así: "La Argentina es un formidable amontonamiento de materiales para construir una gran nación." Y Don Pedro era hombre tan sincero como buen observador.

El universitario, por su papel en la sociedad, no puede ser un hombre desprovisto de una implantación general en la realidad, de una concepción total del mundo, de la vida, de los problemas actuales de su país y de la humanidad. A esta noción del conjunto, aprendida, decantada y asimilada, la podemos llamar provisionalmente humanismo. El médico, el abogado, el ingeniero, el especialista en cualquier apartado de la cultura y de la técnica, ejercen su acción y su influencia en territorios que de ordinario rebasan notablemente el

de su preparación profesional. Bien está —y aun con muchas reservas— que se desempeñen ante todo como profesionales en sus ocupaciones específicas, pero resultaría deplorable que al afrontar cuestiones de mayor radio, contemplen, respectivamente, la realidad entera como una enfermedad, un pleito, una maquinaria o un problema de filosofía o de literatura. La Universidad debe proporcionarles los fundamentos de una visión armónica y completa de las cosas. Cuando era presidente de la Universidad de La Plata, Alfredo L. Palacios concibió y puso en marcha un plan de educación universitaria integral que atendía a esta patente necesidad. Registré su proyecto en uno de mis libros, y al consignar su supresión dije lo siguiente: "El pasajero olvido que cayó sobre la trascendental iniciativa no significa, probablemente, sino que era incompatible con muchas cosas que desde entonces ocurrieron en nuestras Universidades. Y de seguro que cuando terminen todas esas cosas, ella volverá." Ahora es la ocasión de que vuelva [1].

Nuestras Universidades padecen de inconexión interna, de fragmentarismo y dispersión. El vínculo unificante de sus facultades e institutos no pasa de ser, en la mayoría de los casos, el administrativo. Urge establecer en ellas una unidad superior, un espíritu común, una solidaridad de tareas y fines. Cada Universidad debe ser un gran cuerpo con un alma y hasta con una vida de relación —eso que comúnmente se denomina "vida social"— entre todos sus componentes. El estudiante suele desentenderse de su Universidad cuando rinde su último examen, porque no halló en ella sino una oficina donde se escuchaban lecciones y se daban exámenes, sin consistencia propia, sin calor humano, sin otro atractivo que el de otorgar un título. La vinculación filial del egresado con su Universidad, de regla en otras partes, no existe entre nosotros. La Universidad debe integrarse, articularse en el complejo de la existencia nacional, y para ello debe integrarse y articularse ella misma.

Sobre esa integración y articulación de la Universidad en sí y con la sociedad habría mucho que decir y no es asunto para discutirlo en estas indicaciones sucintas. La unificación interna se puede lograr en parte con los cursos de formación integral o humanística de que se trató antes; también mediante las llamadas ciudades universitarias, pero ha de evitarse el peligro de convertir por este medio las Universidades en reductos cerrados y autosuficientes o el de trasla-

1 Ver "Un experimento universitario", en mi libro *Ideas y figuras* (Losada, 1949).

darlas a lugares apartados, con perjuicio notorio para el estudiante, que muchas veces se ayuda con una ocupación o empleo. En las ciudades menores, bastaría con aproximar espacialmente las distintas secciones. En La Plata el problema casi no existe, porque la ciudad es en cierto modo una Ciudad Universitaria, y bastarían pocos retoques para perfeccionar el cuadro. Debe huirse de los planteos homogéneos y resolver particularmente en cada caso, atendiendo primeramente a lo capital, la conexión espiritual, la vinculación humana, porque puede haber aislamiento con una pared por medio, y estrecha correlación y comunicación a muchos metros de distancia.

La comunicación e intercambio entre la Universidad y la comunidad, la sociedad circundante, es deseable y aun necesaria para que la Universidad no se anquilose, para que la vida común del país, sobre todo la más próxima, opere sobre ella como incitación y como control, y también reciba de ella la mayor suma posible de inspiraciones y bienes. Entre las formas de acción de la Universidad sobre la sociedad se halla la llamada extensión universitaria, que debe ser planeada juiciosamente para que no duplique la función de otros organismos privados o estatales creados para la educación popular, y también para que no signifique para el universitario una salida por la tangente, un escape por la línea del menor esfuerzo. La extensión universitaria es una tarea todo lo importante que se quiera, pero marginal, y no debe en ninguna manera significar desmedro para la ocupación universitaria céntrica: cumplida ésta a fondo y con el máximo rigor, todo esfuerzo expansivo y en provecho de la cultura popular que se le adjunte será justificado y loable, y deberá ser fomentado. Hay otros tipos de auxilio universitario a la comunidad cercana, que se practican en otras partes y podrán ser adoptados y adaptados a nuestras exigencias y características. Y la sociedad, los individuos y las agrupaciones, deben a su vez ayudar a las Universidades por vía directa y sin delegar, como de costumbre, en el Estado, proporcionándoles subsidios para fines concretos (edificios, instrumental, etc.); dotando becas o creando cátedras especiales. Tres o cuatro libros entre los más famosos de la filosofía reciente, de autores tales como Royce, Alexander y Whitehead, son el resultado de cursos dictados en la cátedra fundada por Lord Gifford en Escocia.

La homogeneidad, la predilección por lo simétrico y uniforme, ha sido una calamidad en nuestro régimen universitario; las Universidades querían ser todas la repetición de un modelo único en la

composición y en el volumen. Mérito y gloria de Joaquín V. González fué romper este esquema en su memorable creación de la Universidad de La Plata. Las Universidades no sólo deben ser diferentes porque la vida de la cultura es espontaneidad y diversificación, sino además porque nuestro federalismo debe estar también representado en este plano e impone una correlación de las casas de altos estudios con las regiones donde asientan; además, la cultura y la técnica contemporáneas son muy vastas, y si aspiramos a que todas sus ramas se hallen representadas en el país, habrá que transigir con que ciertas especialidades se enseñen en determinadas Universidades y no en otras, porque sólo así contarán con investigadores y enseñantes dignos de tales títulos. Hay actualmente cátedras de materias de alta especialización servidas por personas que no pasan de modestos aficionados. No sólo deben ser distintas las Universidades en estatutos, cátedras y programas, sino también en la magnitud; una Universidad pequeña en su volumen puede ser muy respetable en su nivel, y diluirse y rebajarse si se la lleva a una amplitud artificial y para la cual no cuenta con los elementos adecuados.

Dos verdaderas plagas de la Universidad argentina son el "apuntismo" y el "examinismo". Se estudia con mucha frecuencia por apuntes, y se estudia para dar exámenes. El apunte evita acudir a los libros, confrontar doctrinas y opiniones, reelaborar personalmente lo aprendido, "estudiar" en sentido propio; con la parca sustancia del apunte se va al examen, entendido, por desgracia, en términos tales que posee mayores probabilidades de éxito en él quien repite de memoria el apunte que quien ha estudiado concienzudamente la materia. Todos sabemos de qué se trata y que lo censurado aquí no es la indispensable anotación tomada mientras se atiende a una lección o se lee una obra, ni tampoco la prueba lícita e indispensable para comprobar el aprovechamiento del alumno.

Tema considerable es el de la finalidad o función general de la Universidad. En mi opinión, debe ser ampliada encarando la posibilidad de atraer a sus aulas y laboratorios a muchas personas que en la actualidad no los frecuentan. Abundantes órdenes de las actividades sociales, y no sólo el repertorio de las profesiones llamadas universitarias, pueden enriquecerse y elevarse si quienes las practican han recibido educación y formación en las Universidades.

Esto, como se advertirá, no es sino una especie de libre conversación sobre la cuestión universitaria, el comienzo de una conver-

sación que puede interesar a muchos. Por mi parte, espero y deseo seguir conversando sobre el asunto.

FRANCISCO ROMERO

UNIVERSITAS

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ y Alejandro Korn se propusieron enseñarnos la misma vieja lección que a través de los siglos se han venido empeñando en enseñar los grandes maestros de la humanidad: que la misión del espíritu es la de liberarse liberando; que la libertad es libertad en la acción creadora, y que la acción creadora no puede cumplirse sino en el amor. Fueron, los dos, enemigos de la irracionalidad, del miedo y del odio. En una página que urge volver a difundir, Joaquín V. González comenzaba diciendo: "A mí no me ha derrotado nadie . . ." Y esas palabras que podrían parecer una expresión de soberbia, concluían exaltando la misión del amor en las luchas entre hombres. Alejandro Korn, a quien tampoco nadie derrotó nunca, declaró en una de sus páginas, desgraciadamente desfigurada por una sutilísima errata, que la más alta sabiduría del hombre se había expresado en la antigua sentencia según la cual el principio creador del universo es el amor.

Esos dos hombres denunciaron la irracionalidad, el miedo y el odio, como enemigos del espíritu. Ceder a cualquiera de esas tres tentaciones es incurrir en el pecado que según una dura teología no habría de merecer perdón: el pecado contra el espíritu. Y cualquiera de ellas nos hace pecar contra el espíritu, porque éste no es sino la mente enamorada de que hablaba el poeta: mente enamorada que mueve el sol y las estrellas. La irracionalidad, el miedo y el odio esterilizan el espíritu, porque le impiden crear. Cediendo a esas tentaciones, hemos venido sumiéndonos, durante años, en aquel caos primitivo del que con tanto esfuerzo habíamos hecho surgir nuestra pequeña estrella danzante que de pronto volvió a hundirse en las tinieblas.

En estos momentos debemos preguntarnos cómo los universitarios nos disponemos a ser fieles a esa enseñanza. Una universidad es una marcha conjunta en la vida de la cultura: universidad: uni-

versitas. ¿Y cómo se logra esa marcha conjunta? . . . Los conocimientos que una universidad imparte no tienen sino valor instrumental, y constituyen algo así como un ejercicio ascético para aprender a combatir las tentaciones de la irracionalidad, del miedo y del odio. El profesor que demuestra un teorema, el que reconstruye la anatomía de un animal extinguido, el que desentraña el sentido de un hecho histórico, cumplen, todos, la misma función: mostrar que nada se da aislado; que la realidad es una realidad solidaria en el espacio y en el tiempo. La universidad no enseña sino eso: que hay un universo, y que ese universo no es un sistema ya dado de una vez para siempre, sino una realidad viva que cobra incesantemente un nuevo sentido. En ese universo, toda irracionalidad se integra en una racionalidad superior, así como la irracionalidad del número pi, que comienza por desconcertarnos, se resuelve, según el ejemplo invocado por Galileo, en la más alta racionalidad que hace que el círculo máximo esté contenido exactamente cuatro veces en la superficie esférica.

La universidad enseña, también, que en ese universo se cumple una como creación continua, y que esa creación asciende de la humilde realidad de la piedra a la tremenda realidad de la historia. Enseña que el hombre es el ser al que no le basta que haya un mundo: necesita crear constantemente otros, que son los mundos de la verdad, de la belleza y del bien. *Siento que he sido creado creador* es la fórmula con que el filósofo puede traducir la dignidad del espíritu. Pero crear nuevos mundos significa creer en la racionalidad, en la acción y en el amor, y resistir a la tentación de la irracionalidad, que aísla, del miedo, que inhibe y del odio, que destruye. Irracionalidad, miedo, odio, son, pues, las tres formas de traición a la universitas.

Precisamente porque sabe que la realidad es un universo, una marcha conjunta, la universidad enseña que nada tiene en sí mismo un sentido eterno, que nada es, irremediablemente, lo que ha sido: por la obra creadora del espíritu encarnado en el hombre, el más horrendo de los pasados puede transfigurarse, integrándose en una nueva realidad que lo despoja de su sentido que parecía eterno, y lo convierte de recuerdo en esperanza. ¿Cómo no ha de cumplirse, en la realidad humana, la misma transfiguración que se cumple en las relaciones abstractas del mundo matemático? La realidad humana se define por su condición dialogante: y el diálogo es precisamente lo contrario de la irracionalidad, del miedo y del odio. Una universidad,

que se esfuerza por demostrar que esto es un universo, no puede sino empeñarse en esa transfiguración. Para la universidad, un pasado que fuese simplemente pasado, condenado eternamente a ser lo que fué, sería una superstición. Y somos nosotros, los que integramos la universidad, quienes debemos, resistiendo a las tentaciones de la irracionalidad, del miedo y del odio, ofrecer a la nación el paradigma urgente, mostrándole que el pasado no es irredimible.

Constituímos un mundo de personas, no de cosas. Las personas admiten la posibilidad de liberación que las cosas ignoran. Y la liberación de cada uno de nosotros no puede cumplirse sino a través de la liberación de los demás. No hay liberación en la soberbia del aislamiento cínico. De nada vale salvarse si los demás se pierden. El *dum ego salvus sim pereat mundus* es el lema del aristocratismo cínico, que puede cobrar formas sutiles con apariencias de heroísmo y hasta de santidad. Ese aristocratismo es otra forma de irracionalidad, de miedo, y de odio. De irracionalidad, precisamente porque irracional es, tanto en el orden abstracto de los números como en el orden concreto de las personas, lo que se da o pretende darse fuera de toda relación; de miedo, porque es renuncia al esfuerzo de la comunicación; y de odio, porque se complace en el aniquilamiento. Ese aristocratismo incurre en el pecado del monólogo, que es la negación de la vida del espíritu, porque convierte a los demás seres en entes.

El fuego siempre vivo, aunque a veces apagado, de que hablaba el viejo filósofo sólo volverá a encenderse si combatimos todas las formas de irracionalidad, de miedo y de odio, y si cumplimos esta nuestra ley, que es la de liberarnos liberando, la de construir nuestro mundo en la racionalidad, el esfuerzo y el amor.

VICENTE FATONE

LA FORMACIÓN DEL HOMBRE LIBRE[1]

Ante la crisis espiritual de nuestra época, la escuela, en todos sus grados y ramas, tiene deberes ineludibles, y a los educadores les alcanzan nuevas responsabilidades. Es difícil que el educador pueda hoy tener firmeza espiritual en sus problemas y actividades si no se forma una idea clara de las tendencias fundamentales dominantes. La eficacia educativa se apoya sobre valores y elementos estables, y depende de las respuestas que se den a interrogaciones como las siguientes: ¿dónde estamos? ¿a dónde vamos? No puede haber una pedagogía certera sin una filosofía de la vida que, al servirle de apoyo, le devuelva la fe en el hombre. Educar sin renovar continuamente esa fe es malgastar esfuerzos y tiempo. Es preciso tender hacia una educación que desemboque en una conciencia de los deberes impuestos por la vida, lo que es más importante que una exclusiva provisión de conocimientos.

En el estado actual de nuestra civilización la simple adquisición de informaciones o el mero desarrollo de las especializaciones no pueden ser el eje de la formación humana, porque no proporcionan la amplia base de comprensión y cultura que el hombre necesita para vivir como ser humano responsable. Al hombre hay que formarlo, ante todo, en el respeto del hombre, en el recuerdo de sí mismo. Se ha dicho que ese respeto, acaso, es la base fundamental de toda civilización. La educación debe ser para cada uno el problema de la liberación de sí mismo: liberación del determinismo de la naturaleza, liberación de las coerciones sociales y liberación de nuestros prejuicios, de nuestras pasiones, de nuestro amor propio.

El hombre se encuentra hoy circundado por grandes acontecimientos y por fuerzas implacables. En lugar de valores, generalmente lo dominan nuevas potencias: el duro mundo de la técnica, la economía con sus grandes formas, la realidad política con sus cambios contradictorios, los dramáticos problemas sociales imperantes, la civilización material. Estos hechos traen cada vez más nuevas expresiones y exigencias, entre ellas una subversión de principios en el plano de las relaciones humanas. La vida gregaria, la democracia de masa junto con el progreso mecánico, si por un lado asegura la li-

1 Palabras leídas el 29 de octubre ppdo. en la Facultad de Humanidades de La Plata.

beración del hombre, por el otro produce y afianza su regimentación. La vieja concepción individualista de la vida, que tanto influyó sobre la educación tradicional, se halla caduca. Nadie cree ya que sea posible educar aisladamente al individuo, ni formar sólo con ideas el carácter y la personalidad. Un sentido realista-sociológico de la educación apela hoy a las situaciones concretas. La formación de la personalidad se ha tornado un ideal de difícil realización, pero nunca más necesario en una época, como la presente, tan propensa a la despersonalización o a la impersonalidad. La formación de personalidades es el sentido fundamental que la educación debe tener para realizar el retorno del hombre a su vigencia plena en la sociedad y en la cultura. Pero el viejo ideal de la personalidad autónoma, a veces inclinada al aislamiento por obra de un individualismo demasiado abstracto, tiende a ser superado por el ideal de la *personalidad integrada,* para usar la denominación que ha dado Karl Mannheim. Esta personalidad procura traducirse en una conducta democrática, social, dispuesta a cooperar y a buscar adecuadas relaciones con los cambios y la crítica.

Formar el hombre libre por medio de la educación no consiste en prepararlo para vivir dentro de una "torre de marfil" en el exclusivo goce de las ideas puras, sino para que participe en las circunstancias y se ligue a valores que le permitan adherir o separarse de las mismas. Para alcanzar este objetivo la educación debe tender al desarrollo del saber, pero mucho más de las aptitudes y poderes que permitan al hombre enfrentarse con los problemas esenciales de nuestro tiempo y que lo haga con serenidad científica, apartado de las luchas sectarias, sin reservas y sin temor. En primer término, debe hacer que el hombre sea capaz de colaborar, de respetar la personalidad ajena, sin querer utilizarla como instrumento. Debe acostumbrarlo a un uso mínimo o a la negación de la violencia, y a apelar, en cambio, a la reflexión y al libre juicio, como también a ser capaz del desacuerdo. Esta educación lleva al hombre a ser libre en cuanto él se siente capaz de tener agudeza para comprender las condiciones objetivas que determinan las aspiraciones y motivos de los individuos. Por este camino educativo se prepara al hombre para la independencia. Los juicios dictados y las consignas ideológicas no constituyen norma formativa. Podrían "adoctrinar", pero esto no es esencialmente educar, sino todo lo contrario: opresión externa, gra-

vitación de autoridad dogmática, atmósfera de asfixia moral. Es lo opuesto al sentido clásico de la educación, entendida como un *despertar* de sí mismo. El maestro que se propone preparar a sus alumnos para que lleguen a ser hombres libres, no podrá dedicarse a adoctrinarlos en sus personales opiniones o en las de una tendencia determinada. Si así procede formará adeptos, los convertirá en sus dependientes. La educación verdadera encamina al joven hacia el pensar independiente. Pero la independencia hay que demostrarla en el seno de la comunidad y de las situaciones humanas que en ella se viven, sobre todo en un período de rápidas e intensas transformaciones, como es el actual. La educación debe proponerse llegar a la seguridad del *yo* en una sociedad en continuo cambio. Implica la socialización e individualización simultáneas del hombre. Pero éstas son etapas, y no el fin supremo de la educación, que se confunde con la eticidad y tiende a la formación de la conciencia moral. De aquí proviene el que la educación sea una lucha sin descanso contra la frecuente despersonalización a que conducen ciertas circunstancias contemporáneas. Debe ejercitar el doble espíritu de independencia y de comunidad, para crear en el hombre el ideal que Piaget definió en esta fórmula: "la autonomía en la cooperación", es decir, personalidad no en estado de aislamiento, sino de solidaridad. Acaso las palabras de Paul Langevin, cuando presidía la Comisión Ministerial de Reformas Educativas de Francia, en 1944, sean oportunas aquí: "Que cada niño formado en nuestra escuela de mañana pueda salir convencido de que al doble deber de personalidad y solidaridad se oponen los dos pecados mortales de conformismo y egoísmo".

Ante los fuertes obstáculos que ofrece la época contemporánea, hay que fundar una pedagogía que enseñe desde temprano al hombre el respeto de sí y el respeto de los demás, para lo cual debe desarrollar una actividad crítica, una de las formas de la libertad, típica del hombre que desea conocer la verdad o examinar sus propias creaciones, opuesta al mero conformismo, tan generalizado.

La afirmación del ideal de personalidad plena e integrada equivale a la muerte del individualismo anárquico y al rechazo de la masificación. Toda civilización verdadera supone una conciliación interior entre el orden y la libertad, y desde el punto de vista de la formación humana representa una convergencia entre las vocaciones interiores y las exigencias de la sociedad. Así, la especialización, que

es una legítima demanda social, supone que el hombre que a ella se entrega también debe interesarse por cuestiones humanas. Necesita, de modo ineludible, amplia cultura. La cultura es, ante todo, ejercicio que conduce a la humanización y florecimiento continuo del espíritu. El hombre es plenamente tal si evita toda parcelación, en la que cae fácilmente cuando, como ocurre con frecuencia, toma el exclusivo camino de la especialización sin cultura. La educación debe crear en el hombre, junto a las destrezas del oficio o profesión, núcleos de atracción que lo vinculen a todo lo que no es él mismo, y lo eleven por encima del propio egoísmo colocándolo en la cordial comprensión del punto de vista de los demás, entendiendo sus necesidades y sus motivos, tomándolos en cuenta y agudizándolos.

Después de las amargas experiencias de subestimación o negación del hombre registradas durante este siglo en Occidente, la educación debe acentuar el sentido que conduce a preparar personas para usar de su libertad, su original ingenio, su propio juicio o iniciativa, sus poderes creadores. Libre es el que comprende sus responsabilidades, y para ello hay que acostumbrar al hombre joven a no pensar por delegación ni actuar por mandato, ni a carecer de ambiciones que no sean las de un vivir tranquilo y satisfecho. La educación forma hombres libres cuando despierta en ellos personas capaces de vivir ligadas y obligadas por valores y principios, comprometidas por el espíritu. El sociólogo y filósofo Hans Frever ha definido la formación para una edad crítica como "la soberanía espiritual de aquel que con plena conciencia de la situación histórica está en el movimiento de su época".

En un acto público como éste, de afirmación de la Universidad autónoma y libre, cabe aludir a la actitud actual de esa institución. A la universidad le corresponde determinar los alcances y límites de la comprensión, o mejor dicho, de la penetración de nuestra época en el espíritu juvenil. Junto a la investigación y la enseñanza de la verdad, uno de los deberes fundamentales de la educación universitaria es el examen de las circunstancias en que vivimos. ¿Cómo realiza hoy ese examen, y cómo puede efectuarlo frente a las ideologías en pugna y en un mundo desgarrado por tensiones profundas? Se

han señalado tres actitudes [1]: el *aislamiento,* en virtud del cual la universidad se desentiende de la realidad circundante, se encastilla en un mundo aparte, casi sideral, y desde esa altura considera sólo cuestiones eternas; pero esto es un vano empeño en el mundo actual, donde las situaciones son cada vez más urgentes e imperiosas; todo lo invaden y arrebatan. La *militancia,* en virtud de la cual la universidad sale del enclaustramiento que caracterizaba la anterior posición, y no sólo observa desde las aulas los fenómenos contemporáneos, sino que se deja penetrar por sus luchas. La universidad toma partido, papel activo en la beligerancia, se vuelve militante. Esta actitud es típica de la universidad sometida a los regímenes totalitarios, uno de cuyos testimonios lo dió la fórmula de Baldur von Schirach, jefe de la juventud hitlerista, al decir: "Toda la juventud nos pertenece". Es decir, la juventud es una posesión del Estado. Aquí desaparece el espíritu científico, objetivo y crítico y recrudece el dogmatismo con sus ciegas formas de imposición. Por último, la *participación,* en virtud de la cual la universidad, participa en cuanto tal, mira la situación presente sólo para hacer análisis objetivo de los hechos y examen sereno de los principios, con libertad de estimación y juicio, ajena a todo sometimiento, sin embanderarse en alguna tendencia o parcialidad. Esta dirección conduce a la realización del ideal de la personalidad integrada, abierta y ligada al cambio social de nuestro tiempo y comprometida, no por meras contingencias y amos contradictorios, sino por grandes valores, deberes y principios que enaltecen la vida del hombre que los adopta y convierte en norma de su acción.

Como antiguo alumno de esta Universidad de Joaquín V. González, Alejandro Korn y otros maestros de paralela talla, y también como profesor de esta Facultad de Humanidades hasta que la arbitrariedad me separó, expreso mi voto ferviente para que, bajo el aliento de esta hora de liberación nacional, vuelva a conducir a la juventud por los senderos de la ciencia, la objetividad y la independencia, a fin de preparar los hombres libres que reclama el futuro de la Nación, después de haber padecido diez años de aniquilamiento y subversión. El progreso del país se hace con leyes y decretos que concurren a promover iniciativas y a afianzar instituciones, pero mucho más con el perfeccionamiento del hombre,

[1] José Medina Echevarría: *La vida académica y la sociedad.* Editorial del Departamento de Instrucción Pública, San Juan, Puerto Rico, 1953.

sobre todo si en ese proceso lo ampara la sombra tutelar de una alta casa de estudios como ésta, que retorna ahora a ser fiel a su lema originario: "Pro Scientia et Patria".

JUAN MANTOVANI

LA LEY Y NUESTRA IMPACIENCIA

HAY, por cierto, muchos motivos que conspiran para impedirnos una comprensión tranquila de los fenómenos jurídicos y políticos que nos toca vivir. Todo lo que ocurre en ese campo nos concierne de un modo muy personal; tenemos que vivirlo sin que lo podamos evitar; se apodera de nosotros sin preocuparse de nuestro asentimiento o, siquiera, de nuestra comprensión. Las normas interfieren nuestra vida con insistencia porfiada, y, como preceptos generalizantes y niveladores, llegan a entablar lucha con nuestros más individuales impulsos, porque tienen con éstos, ya en principio, una cierta incompatibilidad.

Es explicable, por eso, que nuestras reacciones ante el derecho asuman con frecuencia la forma generalizante, indiscriminada y arrolladora propia de las respuestas dictadas por el fastidio, el temor, la contrariedad o la insatisfacción. Si la ley trae algún cambio en virtud del cual, dentro de nuestro mundo, un bien es sustituído por otro, añoramos el bien perdido y no vemos en la adquisición nueva una justa compensación. Interpretamos toda preocupación personal generalizándola, de manera que cuando perdemos algo, "todo está perdido"; de la pluralidad inmensa de intereses y bienes jurídicos solamente vemos aquellos que nos conciernen y éstos, además, sin perspectiva temporal, sino con la premura de nuestras circunstancias personales.

No es extraño que nuestra reacción sea excesiva. El grado de ecuanimidad necesario para apreciar con justicia la ley es difícilmente alcanzable, porque uno de los caracteres típicos de la ley, su perfecta objetividad impersonal, lleva cierto grado de necesaria indiferencia hacia los merecimientos siempre muy especiales de nuestro caso particular. En nuestra relación con la ley damos por

sobrentendido y obvio el apoyo que de ella recibimos, y que nos debe; pero sentimos vivamente el choque inevitable.

Nuestra vida es un estado de tensión constante entre nuestra individualidad y nuestra comunidad. Somos al mismo tiempo individuo y grupo, y lo somos de tan íntima e ineludible manera que lo social nos persigue hasta la torre de marfil y, a su vez, el individuo irreductible nos hace sentir su reproche cuando nos entregamos al mundo sin reservas, como si en ese abandono incurriéramos en una infidelidad.

Dentro de ese estado tensional, el derecho es la fuerza social que incide en lo más vivo del conflicto, precisamente allí donde nuestro contacto con el mundo comienza a ser conflicto. Es el derecho el encargado por el mundo social de decirnos los "no" más enérgicos, los "no" invulnerables y dispuestos a doblegar coactivamente nuestras determinaciones.

Si el hombre ha lanzado siempre desde el fondo de su intimidad personal su queja contra el mundo, no es extraño que esa queja sea particularmente amarga contra el derecho, que es lo más mundano del mundo. Su generalidad, su abstracción, su impersonalidad son enemigos natos de nuestro narcisismo; su coactividad entra en pugna inmediata con nuestra voluntad y con nuestro albedrío.

Es bien explicable que se cometan injusticias al juzgarlo.

Hay otro motivo de incomprensión, que es la impaciencia. El derecho es una creación cultural inserta en el cauce maestro de la historia, del acontecer histórico. Sus movimientos obedecen a los amplios ritmos seculares de la experiencia acumulada. Es excepcional que sus cambios concentren o condensen dentro de límites temporales estrechos. En una palabra, hay una diferencia radical de tiempo entre el derecho y la vida personal, y los hombres tienden a aplicar a aquél las impacientes exigencias que resultan de la finitud de nuestras vidas. Hay en esto una inadecuación insalvable; solamente la fe puede saltar por encima de la limitación temporal. En vez de esto, la impaciencia por ver objetivados nuestros ideales de justicia dentro del escaso marco de tiempo de nuestra vida personal, nos hace acumular sobre el derecho nuevas censuras que sólo derivan de no sentir que el tiempo histórico dentro del cual aquél se mueve es inconmensurable con el tiempo biopsíquico en que nos hallamos inmersos.

Hay, finalmente, una causa más profunda y personal que nos

inspira reproches: descargamos en el derecho nuestras propias culpas. Y este es un punto que requiere detenida consideración.

Ya hemos visto la relación constante que guardan entre sí el derecho y la libertad; en el más íntimo sentido intercambian sus savias.

El hecho, sin embargo, de que la libertad política se haya venido conquistando en el curso de siglos paralelamente con otras formas de dignidad humana, ha creado una especie de deformación de la idea de libertad.

El liberalismo, desde el siglo XVIII, se ha especializado en exaltar el valor, la belleza, la nobleza de la libertad. Se le han cantado loas, se le ha pintado con los más sonrosados y placenteros colores, identificándola casi con un paraíso de bienestar.

No somos nosotros, por cierto, quienes hayamos de disminuir un adarme al valor de la libertad; al contrario, más de una vez lo hemos exaltado. Debemos, sin embargo, señalar una disidencia nuestra con el modo liberal corriente de sentir el problema, y consiste en que aquél subraya lo que llamaríamos el aspecto hedonístico de la libertad, y con ello la falsea. Porque no es verdad que ser libre constituya necesariamente una forma de bienestar, en el sentido acaso superficial pero corriente de esta palabra. La libertad no conlleva necesariamente placer, y hasta puede ocurrir precisamente lo contrario.

Desde luego que aquel punto de vista propio de la Ilustración, tiene una explicación en la realidad histórica precedente: en los siglos XVII y XVIII, las conquistas del liberalismo y las conquistas humanitarias constituían una misma causa: la supresión de los tormentos, de la persecución política y religiosa, de la esclavitud, etc. Sin duda que ciertas formas de opresión política comportaban, además de indignidad, muchos sufrimientos, y los siguen comportando.

Pero ahora, transcurridos dos siglos, estamos en situación de ver otras formas de opresión política más fundadas sobre una base de placeres corruptores que de sufrimientos intimidantes. Hoy tenemos tiranías sin autos de fe, frente a las cuales suena a hueco predicar el hedonismo liberal. Ser libre acaso sea un placer, pero sólo un placer para dioses no para el hombre corriente. Al contrario, ser libre hoy suele constituir una fuente interminable de infortunios. Mejor dicho, una fuente de privaciones, porque salvo algunas excepciones, las dictaduras modernas se fundan más en el beneficio del sometimiento que en el castigo del opositor. Castigos hay, e injusticias; pero es del todo improbable que a los enemigos del go-

bierno se los queme vivos en la plaza pública, según ocurría hace nada más que dos siglos, como función legal y normal de la administración pública. Es este carácter oficial lo que agrava una ejecución política como acto incivil, con relación a cualquier tumultuaria explosión de violencia a la cual siguen expuestas, por cierto, las sociedades modernas.

Queremos señalar bien esas diferencias, para no dramatizar demasiado y no echar la totalidad de la culpa de las presentes dificultades al dictador moderno, que, según decimos, más se funda en el otorgamiento de beneficios que en la inflicción de dolor.

La doctrina liberal sigue siendo, especialmente en Sudamérica, tan necesaria hoy como antes; pero debe despojarse, por cierto, de hedonismo. Más bien es necesario subrayar lo que de sacrificio y de heroico tiene esa vocación, aunque más no sea para acallar a ese coro de predicadores de la libertad que en el fondo sólo la desean en la medida en que pueda traerles beneficios superiores a los que actualmente reciben de las dictaduras. Pero prescindiendo de esa clase de oportunistas que han alcanzado un grado considerable de bienestar sobre la base de administrar un sometimiento que pretenden fingido, pensemos solamente en los hombres de buena fe.

La libertad del hombre no es una concesión, sino una condición de él. Es una condición irrecusable, tan irrecusable como su color, su estatura o la limitación de su vida. Todo lo que hacemos es elección, y elección libre, incluso la resolución de transferir a otro el poder decisorio, es decir, incluso nuestra esclavización y nuestro sometimiento. A esa condición, sin embargo, no la amamos tanto como las odas y los himnos dicen. Nos agradaría que nuestras decisiones trajeran siempre dignidad y bienestar al mismo tiempo; pero cuando esto no ocurre —y en nuestra vida política el desencuentro es la regla— optamos demasiadas veces a favor del bienestar.

Si grandes sectores sociales que se quejan de opresión política y de decadencia del derecho examinan atentamente su situación y sobre todo su conducta, y lo hacen de buena fe y a fondo, verán cómo, en gran medida, sus severos juicios son la proyección de culpas propias, autojustificación mediante la agravación de la culpa ajena.

Ya hemos visto que la decadencia del derecho no es sino una forma de nombrar la desvalorización de la persona humana. Este es el hecho básico, y lo es tan manifiestamente, que el autoexamen a que nos referíamos mostrará que en la realidad de nuestra vida

hemos preferido cien veces el placer, la comodidad, el dinero, a la dignidad de una autoafirmación virtuosa en nuestras decisiones, y que lo hemos preferido, por cierto, libremente. Y, además, nos mostrará que estamos en esta línea de conducta muy acompañados, a pesar de que tanto nosotros como nuestros acompañantes seguimos cantando, y hasta con emoción: libertad, libertad [1].

SEBASTIÁN SOLER

¿LIBERTAD?

Días atrás, en una tarde a la vez lluviosa y clara —una tarde que los argentinos no olvidaremos fácilmente— se volcaron en las calles enarbolando banderas, cintas y pañuelos con los colores nacionales miles de hombres y mujeres jóvenes con los brazos en alto y los rostros encendidos de alegría. Lo que así celebraban estaba lejos aún de ser un hecho consumado; celebraban una esperanza, el anuncio de que un régimen tiránico tocaba a su fin. El 19 de septiembre, según acababa de decirlo Radio del Estado, el gobierno pedía una tregua: ante la victoria de Córdoba, el bloqueo de Buenos Aires por la flota de mar, las acciones de Río Santiago, Puerto Belgrano, Bahía Blanca y las provincias de Cuyo, el gobierno se desmoronaba, reconocía en principio su derrota. Mas los jóvenes porteños no proferían ningún grito hostil al omnímodo gobernante vencido cuya renuncia se anticipaba. Esa tarde —como tampoco el día de la victoria final— la multitud no pronunció ningún nombre. En la calle alborozada, ni vivas ni mueras; para el pasado inmediato sólo hubo olvido, silencio. Ésa, precisamente, era la novedad; ése, el signo del amanecer. La revolución triunfante proclamaba, gritaba una sola palabra, como si toda el ansia y el dolor de los días anteriores hubieran hallado esa salida, esa única forma vibrante de expresión, esa sola voz: libertad.

Como en las estampas escolares que recuerdan el primer día argentino llovía sobre la ciudad y se abrían aquí y allá los paraguas. Entre los gritos, las risas y las banderas mojadas los jóvenes

[1] Del libro en preparación: *Fe en el derecho.*

no pensaban que Buenos Aires se hallaba todavía entre las manos crispadas del gobierno agonizante. Cualquier violencia, cualquier venganza, cualquier horror era posible; acaso más posible que nunca. Mas ellos estaban de fiesta, saludaban, en la tarde fresca como una hoja recién nacida, la inminencia del hecho prodigioso, nuevo: libertad.

Y he aquí que alguien se puso a pensar, a imaginar, a interrogarse, de espaldas al tumulto juvenil ¿qué querrían decir? ¿Con qué realidad comunicaban? ¿Cuál sería la noción o el recuerdo o el ensueño que los jóvenes fogosos intentaban expresar? ¿Libertad? Sigamos el rumbo de esa reflexión.

La verdad es que pocas palabras dicen menos. Pocas son más ligeras de sustancia, pocas más transparentes, más vacías, más leves de sentido. Libertad ¿de qué y para qué y en qué? ¿Dónde hallar los contornos de la palabra blanca? ¿Dónde, su esencia? Sin embargo, el grito estaba en el aire, lo clamaban unos muchachos cuya presencia en las calles custodiadas todavía por la policía del régimen daba testimonio de una voluntad, de un heroísmo, de una fe. Pero esa voluntad y esa fe ¿dónde desembocaban? La libertad no es una cosa en sí; no es sino un medio o una atmósfera o un clima. Y repentinamente surgió ante la mirada abstraída de quien así pensaba el signo afirmativo: la libertad es mucho más que un medio, es mucho más que la ausencia de trabas: *la libertad es un llamado*, un llamado a cada uno o, mejor aún, *un llamado a la conciencia de cada uno. La libertad es una invitación al orden.*

En ese momento resonó el eco del tiroteo con que la policía ponía brutalmente fin al entusiasmo de los jóvenes. Otra vez, la opresión mortal caía sobre la ciudad. Eso que así imponían no era, desde luego, orden; era lo contrario. El orden a que la libertad nos llama es un orden que crece de dentro hacia afuera; un orden apoyado en la conciencia de cada hombre, de cada mujer. Pero si aquello a que aspiramos es el orden ¿por qué no clamábamos por él? ¿Por qué no era esa la palabra que brotaba espontáneamente de la boca de todos? La respuesta sería, concretamente, ésta: porque aquello a que íntimamente, hondamente, aspiramos es, no un orden dado de una vez por todas, sino un orden *renaciente*. Un orden fijo deja muy pronto de ser orden. El impulsivo grito de los jóvenes estaba bien pues al acercarnos a la esencia escondida en la palabra hallamos que

la libertad es nada menos que esto: *el presente*. Es la posibilidad que tiene el hombre en cada instante de recomienzo, de salvación.

Este misterio del tiempo, que ocupa un lugar tan central en la atención de los hombres más lúcidos de nuestro siglo, ha sido iluminado de modo fulgurante por Péguy en sus comentarios sobre Bergson y Descartes. La libertad del hombre, según ese punto de vista, sería "la más grande de las invenciones de Dios" y el presente, sobre el cual la libertad —y la Gracia— se articulan, de otra naturaleza que el tiempo pretérito; el presente sería el punto sensible por el que la eternidad toca y mueve lo temporal. Vivimos, a Dios gracias, con naturalidad pero la verdad es que cuando llenos de esa memoria olvidada que somos, entramos en el instante nuevo y lo afrontamos, responsables y concientes y previendo sus ulteriores consecuencias, lo que hacemos no es tiempo sino eternidad. *Cuique diei malitia sua*, dice el Evangelio. Cada día trae su afán o su pena o su mal y sólo en cada momento, pobres de todo salvo de la continuidad de nuestra conciencia, podemos obrar con responsabilidad, ser libres. Que no es libre cualquiera. Responsabilidad y libertad son palabras inseparables. "La libertad no se tiene —decía Julián Marías—, se hace". Y podría agregarse que la fe tampoco se tiene como se tiene un objeto, en el bolsillo; la fe se vive.

Todas las tiranías anulan el presente, lo escamotean, hacen de él, anticipadamente, pasado. Por eso las tiranías no hacen, propiamente hablando, historia; lo que hacen es fijar el tiempo dentro de las líneas inmóviles de un esquema determinado; lo que hacen es detener la historia, escapar de ella, eludirla. La historia es una aventura tremenda porque se hace a través del instante virgen, del presente, vale decir, de la libertad del hombre. La razón profunda que traba y sofoca, durante las tiranías, las creaciones del espíritu no es solamente el temor que, desde luego, marchita y paraliza todo impulso del alma; la razón primordial es que no se puede crear sino en trance de comunidad y de esperanza, sino estando, de alguna manera, *dentro* de la historia. Si bien el secreto y delicado mecanismo (¡tan poco mecánico!) de la historia es asunto de pocos, incumbe a unos pocos, también es verdad que las grandes transformaciones sociales y políticas son, en su sentido último y en su temperatura humana, empresa común, tarea común y la inteligencia y el corazón de cada uno necesitan, para hallar el propio centro, participar en el ritmo general y hondo de la vida. Por eso es que, tantas veces, quienes huyen al extranjero para escapar de una tiranía sólo encuentran en el exilio

otra tiranía: el eco maniáticamente repetido del propio pasado; y por ello es también que en los días iguales de la cárcel hasta el pasado muere porque el pasado vive en nosotros a través del presente, vive del libre y perenne recomienzo desde el cual lo miramos, lo continuamos, lo hacemos.

El gran pecado de los despotismos es ése y la causa de su seguro fracaso: la cobardía ante el imprevisible presente, ante ese incesante e implacable enjuiciamiento que realiza de sí mismo el tiempo histórico. Ah, hacer historia no es pequeña cosa, ni fácil ni somera. Es aceptar en grado supremo el supremo riesgo: vivir. Hacer historia es —extendiendo la frase del gran Ortega— faena poética, es decir, inventar otra vez, cada mañana, los caminos de Dios.

CARMEN GÁNDARA

LA CONSOLIDACIÓN DE LA LIBERTAD

I

La empresa de liberación social lanzada en 1810 hubo de aparecer a los ojos de los observadores contemporáneos como una superación inesperada e inclusive sorprendente. El absolutismo colonialista se ostentaba con tanta solidez que los signos de levantamiento inquietaban sólo a los espíritus extraordinariamente previsores. A partir del 25 de mayo, la heroicidad, la pureza y la amplitud del esfuerzo liberador, la persistencia con que se lo llevó a cabo, la multiplicidad y en buena parte el acierto de los intentos para su estabilización y progreso, demostraron que esa empresa constituía la evolución de un pueblo que había descubierto su vocación y procuraba su cumplimiento. Desde entonces la Argentina, en su mejor posibilidad, se inscribió en la historia entre los pueblos de justicia y libertad.

El impulso creador no prevaleció largo tiempo. En 1828 la generación de Mayo prácticamente había desaparecido y el absolutis-

mo, que corroyera solapadamente la obra iniciada, logró de nuevo el predominio social; mas —hecho notable— no se logró restaurarlo ya en la Argentina en forma más o menos regular, tal como ocurría en la misma época en otros pueblos europeos y americanos. El absolutismo se realizó entre nosotros únicamente en la forma brutal de la tiranía más sangrienta de América, por el "gaucho malo" que fué Rosas.

La causa de la liberación se reanudó en la Argentina en 1853, también ante los ojos de los más como una superación inesperada. La tiranía había extenuado a nuestro pueblo en tanto grado que según todos los síntomas nada le restaba sino la miseria y la barbarie. Pero a través del desastre los hombres de este pueblo fortificaron los dinamismos creadores; el espíritu y las direcciones de Mayo resurgieron, merced sobre todo a la obra creadora de Echeverría y sus amigos; los Proscriptos sostuvieron su heroico empeño y la Argentina, en virtud de la ley democrática de la Constitución, se instituyó de nuevo como pueblo de justicia y libertad.

Por cierto, tampoco en ese segundo período las tendencias de absolutismo cesaron de causar estragos; sobre todo, transcurridas las tres grandes presidencias iniciales de Mitre, Sarmiento y Avellaneda, paulatinamente recuperaron su gravitación. Llama la atención la variedad y el disimulo de las formas en que el espíritu de absolutismo buscó éxito. Los astutos pretextos se contrapusieron a menudo entre sí. No descendamos a particularizaciones. Lo cierto es que al cabo de algunas décadas la Argentina estaba de nuevo debilitada para resistir los intentos de avasallamiento. En 1930 la quiebra del principio de la Ley abrió el tiempo en el cual el absolutismo ha informado francamente los ánimos y determinado en mucha parte los acontecimientos externos. Como natural desenlace, en 1943, bajo el incentivo del nacionalismo, el nazismo, por medio de sus agentes, ejecutó la acción de guerra que entregó la República al despotismo.

Mas, así como después de 1828, tampoco en la época ominosa que comenzó en 1943 el absolutismo logró instituirse de modo más o menos duradero, conforme sucedía, por ejemplo, en España, Portugal y otros países americanos. Desde el fondo la resistencia crecía y se encrespaba como una ola, y el absolutismo se verificó sólo como un totalitarismo precario, repugnante y ridículo — de ese ridículo, como decía Unamuno, que hiela la risa en los labios.

El absolutismo en Occidente, como régimen social, desde tiempos antiguos tiende a constituir síndromes, esto es, conjuntos de

signos y síntomas que forman estructuras más o menos estables. Los elementos constitutivos de un régimen absolutista comportan de por sí una virtualidad antihumana, puesto que, por sus condiciones, contrarían reclamos inherentes al hombre. A pesar de ello, hay pueblos que soportan, al menos en parte, ciertos síndromes absolutistas, e inclusive logran por algún tiempo determinadas condiciones externas de justicia y libertad personales. Otros pueblos, en cambio, no comprenden ni de hecho pueden perseguir esos ideales sino únicamente por las vías directas de la democracia; en ellos las formas absolutistas no producen efectos atenuados, o mejor, oblicuos; su implantación resulta sólo en instrumentos monstruosos de opresión. Es ésta una nota clara de los pueblos de justicia y libertad.

Fuera de otras circunstancias, las pruebas *ab absurdo* de 1828-1853 y 1943-1955 bastan para clasificar a la Argentina entre estos últimos. A su respecto, la disyuntiva es particularmente terminante: o bien se ordena a realizar su vocación propia de justicia y libertad, o bien le resulta imposible realizar condiciones que permitan, no ya el bienestar humano, sino hasta una subsistencia que merezca calificarse como humana.

En 1955, la Argentina ha logrado una tercera superación, también para muchos inesperada. Los desalentados, los fatalistas, los negociantes aventurados no carecían de indicios que los confirmaran en sus predicciones sobre la perduración del régimen. Pero el tirano y la tiranía se avientan hoy como polvo, y otra vez la República se coloca en el camino de sus ideales connaturales. Imposible mencionar el hecho sin rendir nuestro homenaje más íntimo a todos aquellos que a través de tantos años han sacrificado a la nobilísima causa "la vida, los haberes y la fama".

Ahora se nos propone premiosamente el problema de la actitud a adoptar a fin de que el auge de los ideales se afirme y no sea seguido, como en los pasos anteriores, por una recidiva en la regresión y la Barbarie. Es verdad que en la conciencia de Occidente el absolutismo puede considerarse ya objetivamente juzgado y en la mayor parte de los países con los cuales convivimos prevalecen las tendecias elevadas. Sin embargo, a nadie se oculta que las direcciones despóticas son también muy vigorosas en todos los órdenes humanos y se promueven con técnica consumada, cuyo prototipo ha sido fijado coincidentemente por el fascismo, el nacionalsocialismo y el comunismo. Por otro lado, tampoco pueden olvidarse las inclinaciones concurrentes que se manifiestan en el seno de nuestro pueblo.

Si el verdadero modo de ser de las personas se revela por la conducta, fuerza es reconocer que en estos años de aquilatamiento la práctica ha denotado, en todos los sectores, deficiencias y desvíos que van desde la ingenuidad confiada hasta la especulación codiciosa, y desde la tolerancia cómplice hasta la cooperación criminal. Todo esto obliga a reflexiones muy serias. Es menester comprender muy bien que estamos abocados en estos días a afirmarnos definitivamente como pueblo de justicia y libertad; y la alternativa no es otra que recaídas cuyas formas accidentales poco importan, pero de las cuales apenas podría vislumbrarse la salida.

Las fuerzas humanas que han producido la liberación —se dirá tal vez— serán aptas para asegurarla. Por cierto hay buenos fundamentos para confiar en ellos, en cuanto se mantengan orientadas en el sentido que las ha hecho valederas; pero se trata de cómo ha de procederse para procurar de veras el resultado necesario, esto es, cómo entre nosotros ha de actuarse para la consolidación de la libertad.

II

Las formas sociales de vida se organizan en los pueblos y las agrupaciones mediante procesos complicados, cuyos orígenes se aclaran de ordinario sólo parcial y tardíamente. La trascendencia real de las acciones conformes a tales "constantes sociales" se mantiene a menudo oculta a sus propios sujetos. Por formas o constantes sociales entendemos aquí obviamente, en primer término, las leyes escritas y las instituciones sancionadas; pero también, en general, todos aquellos modos de reaccionar humanos que se forman por la estructura dinámica de la convivencia y acondicionan la actuación de los sujetos, los cuales, consciente e inconscientemente, los incorporan a sí en gran medida como hábitos propios. Incluímos, pues, en el concepto, las costumbres, los prejuicios, los pliegues de aprobación y reprobación, las adhesiones y repulsiones previas, las fobias y las filias que caracterizan las sectas, los grupos, los partidos, las tendencias colectivas.

Las formas sociales, en la medida en que realmente responden a las conveniencias del sujeto en el momento en que éste ha de actuarse, son factores inestimables para la consecución de las altas posibilidades humanas. Su sistema general constituye básicamente la civilización. Una inveterada tendencia histórica induce a menos-

preciar las formas sociales, reduciéndolas a convenciones artificiosas, siempre opresivas. Tal concepción, que ha sido desarrollada en sentidos diversos, se muestra inadecuada a la realidad. De un lado, los esclarecimientos de la sociología y en general las ciencias del hombre y, de otro lado, la experiencia del totalitarismo, que sostuvo la bancarrota de las formas sociales —la "revolución del nihilismo"—, acreditan la connaturalidad humana de la civilización. Conforme lo percibieron los griegos, sólo en el *status* de civilización puede el hombre lograr el desarrollo integral y armonioso de sus posibilidades adecuadas e inclusive desarrollar las más altas aún que están abiertas a su espíritu. Por paradojal ocurrencia, en el pensamiento moderno Rousseau restableció esa verdad. La destrucción de las formas sociales produce la barbarie inhumana de la civilización degenerada.

Las formas sociales de vida, por su propia índole, son frecuentemente deficientes respecto a las situaciones particulares. Además, son siempre susceptibles de realizaciones de sentido vario e inclusive opuestas a su orientación originaria y, sobre todo, son invariablemente perfectibles, en su substancia o en su modo. Requieren, por tanto, una discriminación incesante, en miras de descubrir las posibilidades de su mejor práctica, de su renovación, de su perfeccionamiento o su sustitución.

Tal examen se vuelve urgente en las épocas de crisis, máxime si como ocurre en la actualidad, está comprometida, no sólo la totalidad de las formas sociales, sino inclusive tales formas en sí mismas.

Nada más traicionero que la adhesión oscura o crepuscular a las formas de vida vigentes, y la adaptación a ellas cual si fueran suertes de aparatos mecánicos de reacción. Así tomadas, las constantes enervan los movimientos de la mente y la voluntad, forman falsos límites a la vida y enclavan el espíritu en objetivaciones ocasionales, privándolo de su movilidad intrínseca, en la cual radican sus aptitudes de progreso.

Pero tampoco nada más difícil, nada que exija más el esfuerzo libre y creador del hombre que el discernimiento y la ponderación de las formas existentes y la prosecución de la tarea de su creación. En ese afán se acreditan inconfundiblemente la buena voluntad, la preocupación por el bien común, el desinterés.

No atenerse a los "hechos sociales", a lo socialmente hecho, sino decidirse al hacer social; no instalarse en las realizaciones anteriores del espíritu, sino tener la audacia de realizar el espíritu, ora revivificando las formas que conservan su valor, ora inventando otras

nuevas más convenientes a los derechos y la libertad de las personas: he ahí la obra que ha de cumplir el espíritu y en la cual, a la par, probará su libertad y asegurará ésta juntamente en sí mismo y en los demás. La historia se obra, en las contingencias y coyunturas que nos son dadas, por la operación de la libertad.

III

La crítica progresista de las formas sociales supone como pauta primera la determinación concreta del objeto a lograr.

A ese efecto, la vocación argentina de justicia y libertad proporciona evidentemente la norma suprema. Sin embargo, es indispensable procurar caracterizaciones más netas, si se aspira, como es menester, a no remitir nuestro problema vital a enunciaciones sólo trascendentes.

En la dilucidación actual de las direcciones del espíritu, disipados múltiples equívocos que oscurecieron los debates, la idea y el sentido que el anhelo de justicia y libertad implica, en el modo que define nuestro ser popular en su mejor significado, no es difícil de percibir. Consiste en el humanismo, saneado y vitalizado en sus fuentes más hondas y sus ideales más altos por el Cristianismo, y como proyección social necesaria, en una realidad democrática de análoga inspiración, concretada en el régimen de la ley democrática y en la promoción de la persona humana en todos los órdenes sociales, esto es, cívico-político-cultural-espiritual y económico. No hablamos, excusado es decirlo, de denominaciones verbales y menos aún de apropiaciones meramente decorativas, retóricas o partidistas. Nos referimos a realizaciones genuinas, en espíritu y en verdad, no exentas, por cierto, de las imperfecciones anejas a lo humano, pero, en su esencia y en su modo de ejecución, auténticas.

La aseveración anterior resultará quizás más clara si se tienen presentes otros conceptos que han sido sugeridos como característicos de nuestra idiosincrasia nacional, ora por autores eminentes, ora por movimientos diversos que han conmovido a la opinión. Tales conceptos, distintos del humanismo cristiano, de ordinario se correlacionan con aspectos de nuestro país que no sería posible negar sin desfiguración de su realidad; empero, de acuerdo a ésta, tampoco puede aceptarse la función que se pretende asignarles. Permítaseme al respecto una breve digresión. No han de desconocerse, por ejem-

plo, las derivaciones de orden autóctono que comporta nuestro pueblo; sin embargo, ¿cómo aceptar que el ser nacional de la Argentina consista en el espíritu indígena, según lo insinuó Joaquín V. González entre las bellas páginas de la Tradición Nacional? Por otra parte, acerca de la posición contraria, ¿quién podría desconocer los legados preciosos que hemos recibido de las civilizaciones europeas y sus prosecuciones americanas, y que hemos de continuar recibiendo de ellas como condición vital de nuestra cultura? Empero, tampoco es fundado aceptar que nuestra civilización haya de implicar meros "trasplantes", según el término usado, entre otros, por Paul Groussac. Conforme al símil caro al mismo González y a Ricardo Rojas, las culturas han de imaginarse, no a modo de ramas cortadas y momentáneamente asentadas en algún lugar, sino como árboles, firmemente arraigados, con su vida propia, su propia floración y sus frutos. Más aún, conforme a una verdadera concepción histórica, ha de pensarse que los árboles de la cultura, en la medida en que tienen vegetación real, constituyen cada uno una especie distinta, con sus caracteres y productos peculiares. Y semejante formación nuestra tampoco puede pensarse como resultado de una mezcla de elementos autóctonos, europeos y tal vez asiáticos, sin otro sostén que un romanticismo imprecisamente humanista, tal como parece resultar de *Eurindia*, a pesar del visible intento de una concepción orgánica por parte de su autor. En el país hay mezclas de elementos dispares, los cuales implican factores que necesariamente han de computarse y, en la mayor parte de los casos, implican valores humanos de alto precio; empero, la cultura de un pueblo es genuina, sólida y próspera, sólo en cuanto deriva de los verdaderos principios y sentido de lo humano, apropiados de un modo peculiar, y desarrollados en formas de vida creadas o recreadas por el pueblo mismo. De tales principios ha de nutrirse como de su savia; merced a ellos ha de asimilar los elementos y factores distintos y ha de revivir y brotar de nuevo cuando su follaje pareciera marchitarse o degenerar. Y si proseguimos esta somera consideración, tampoco habremos de desconocer nuestros elementos procedentes de la cultura española, que tiene sus prototipos, v. gr., en el Cid Campeador, en Cervantes, en San Juan de la Cruz, en Vitoria, Suárez, Hernán Cortés, y tantos otros; los alientos de esa cultura han de vivir en nosotros. Empero, es simplemente opuesto a nuestro esencial sentido histórico pretender que la fisonomía propia de la Argentina haya de lograrse por su identificación con el "hispanismo", entendido todavía éste en

su peor sentido de absolutismo y rutina. Asimismo aparecen aberrantes y opuestos a la realidad los esfuerzos para reducir la "argentinidad", sea al marxismo, sea al totalitarismo en cualquiera de sus formas, sea a la modalidad que se concretó en la *Action Française*. Los intentos de semejante índole no han tenido otro resultado que contribuir a la destrucción de nuestras incipientes formaciones y abrir paso al despotismo y la barbarie.

Según resulta de lecciones de nuestra historia, los principios y sentido de nuestro ser nacional, en su mejor significado, consisten, pues, en el humanismo cristiano, en una fecunda realización peculiar que ha merecido ser calificada alguna vez como "humanismo generoso".

Esa "idea" patria, abundantemente ilustrada por los mejores mentores de nuestro pueblo, buscada y ensayada una y otra vez en nuestra historia, fuente del entusiasmo de la Liberación reciente, proporciona, a nuestro juicio, el criterio para la urgente discriminación de nuestras formas sociales en función de la justicia y la libertad, para la pronta y definitiva vigencia en el país del principio de la ley democrática.

Las consideraciones anteriores trazan, quizás, ciertos rubros para las graves tareas que se nos imponen hoy. Según se observaba no ha mucho, "los redentores que necesita ahora la cultura son los que crean formas, no los que las rompen". Esa creación de formas —que incluye el proceso viviente de recepción, pero rechaza la pasividad, la rutina y el prejuicio— acondicionará en gran medida el futuro de la causa de la libertad entre nosotros y con ella el porvenir de nuestro pueblo.

MANUEL RÍO

CATOLICISMO, INTRANSIGENCIA Y LIBERTAD

La Iglesia Argentina emerge de la tristeza y el dolor de la persecución más dura en su historia al abrigo y la paz de una patria que reconquistó dignidad y libertad. Si un hecho así en ningún momento hubiera pasado inadvertido, la circunstancia

en que se produjo hace que las miradas de todos se vuelvan particularmente hacia ella. La Iglesia no ha sido uno más entre los oprimidos del régimen depuesto: como tantos otros ha sufrido la humillación, la arbitrariedad, la calumnia, el vejamen en todas sus formas. Pero, además, a ella le cupo, en la preparación y gestión de los hechos que llevaron a la caída del régimen, una participación que no se puede ocultar. Nadie olvidará las voces que desde los púlpitos o en las declaraciones episcopales delimitaban zonas infrangibles de derecho que ningún poder puede violentar; nadie olvidará, nacidas de esta intransigencia, aquellas manifestaciones, como la del 8 de diciembre, el Jueves Santo, el 11 de junio —para recordar solamente las más importantes de la Capital. La fe de los católicos hacía posible, contra la oposición de un régimen que acallaba todas las voces, concentrar multitudes. Y esa sola presencia, en sus mismos silencios imponentes, era un grito de rebeldía, un desafío a la tiranía. Redimía la Iglesia errores del pasado y la persecución decantaba la escoria que hubiese podido comprometer, en complicidades humanas e intereses de un momento, las puras esencias de su misión espiritual. Y la autenticidad de vida cristiana, a la que despertaba la conciencia de los católicos, afinaba, por contragolpe, la conciencia ciudadana, haciéndola sensible a esa zona de derechos intangibles, los derechos de la persona humana, cuya conculcación por un gobierno constituye la tiranía y cuya defensa es la única que legitima la desobediencia y la rebeldía frente a los poderes constituídos. La Iglesia, en la fidelidad a sí misma, se hizo —queriéndolo o no— factor importante para crear el clima del cual renacería la libertad.

Interesa hoy, en ciertos sectores, magnificar la parte del catolicismo en la revolución pasada: presentan así a las autoridades de la Iglesia como las únicas responsables porque exhortaron —dicen— a empuñar las armas y pagaron con dinero a los autores materiales. Lo que no es cierto. Pero no se puede ocultar lo que más arriba señalamos ni callar el papel principalísimo que desempeñaron los católicos entre los elementos, sobre todo civiles, agrupados para derrocar al régimen. Los que lo hicieron nacían a su decisión inspirados, no en los ideales de partidos políticos o concepciones humanitarias, sino en los ideales que bebieron en su inspiración católica.

No interesa a los fines de estas líneas limitar con exactitud la parte de la Iglesia en la revolución pasada. Si he evocado someramente lo que acepta por lo común el hombre desapasionado, no lo hago por afán de fidelidad histórica. Mucho menos me preocupa

la reivindicación apologética, con intención de acaparar para la Iglesia un acontecimiento glorioso y trascendente en el porvenir argentino. He querido, únicamente, fijar el *background* indispensable para situar la posición de la Iglesia en el momento actual.

Porque lo que deja como saldo la posición que ha ocupado la Iglesia son dos hechos fundamentales para ella. Por una parte, en sectores que se vinculan al régimen desaparecido se mira a la Iglesia con verdadero resentimiento y hasta con odio. Por otra parte, en amplios sectores del país, víctimas, como la Iglesia, de la persecución, si bien se reconoce y se aprecia la actitud de la Iglesia en la lucha, se desconfía y se teme su influjo en el hoy y en el mañana nacional: se habla ya de la intransigencia, de la intolerancia, del dogmatismo de la Iglesia. Justificarse ante unos u otros no será tarea de un día, puesto que, en camino como éste, en cada recodo se ocultan prejuicios mutuos y no se recorre sin tropiezos ligeramente, ni se hace seguro sin paso lento. Para que ello suceda creo necesario que la Iglesia se concentre en sí misma y emprenda el diálogo con el mundo argentino desde el seno de su más pura autenticidad sobrenatural a la que no puede renunciar; por su parte, los diversos sectores nacionales a quienes interesa este diálogo deben esforzarse por comprender —aunque no las compartan— estas esencias irrenunciables de la Iglesia.

En este sentido, el primer escollo que habrá de sortear es el de reducir la Iglesia a sus aspectos humanos, exteriores, que son reales, pero que no nos entregan la esencia íntima de la Iglesia tal como la piensa y la vive, desde el interior, el católico. Sin duda, se aplican a la Iglesia los esquemas de la sociología ordinaria. En la Iglesia hay gobierno con poderes constituídos: se distinguen en ella los gobernantes (el Papa, los Obispos) y los gobernados; hay un cuerpo moral y jurídico, resultado de esta unión y cooperación de los fieles dentro de un todo orgánico. En este sentido, los fieles "hacen" la Iglesia. Materialmente todo esto es exacto, pero desde el interior todo ello es, por lo menos, inadecuado, pues si en la sociedad humana los miembros forman la sociedad y no puede concebirse una antecedencia de la sociedad a sus miembros, en la sociedad que es la Iglesia, cuya esencia profunda es el misterio de Dios, la sociedad preexiste a sus miembros. En Cristo la Iglesia existe antes que existan sus miembros y en Cristo la Iglesia nos engendra a la vida de Dios; porque la Iglesia es el "pleroma" —según palabra de san Pa-

blo— de Cristo, es decir, esa zona previlegiada en que se refleja la acción vital de Cristo, revelación del misterio de Dios.

Ahora bien, el Cristo que plenifica a la Iglesia y al llenarla la hace matriz generadora de vida para los miembros que asume, se presenta al católico como el hecho de una irrupción de Dios en la historia. Lo esencial del cristianismo y de la Iglesia no está en hacernos conocer la existencia de Dios. También la filosofía y otras religiones la han conocido. Lo esencial es mostrarnos un Dios que obra en el tiempo, que penetra en la historia de los hombres y cuyas intervenciones constituyen actos decisivos. Dios no forma parte del mundo; no es tampoco la suma de las cosas que constituyen el mundo: Dios es el Trascendente, *el-que-está-más-allá, el-totalmente-otro.* Y lo propio de la fe cristiana es creer precisamente que este Dios trascendente, en el gesto magnífico de un amor libre y misericordioso, sin que su trascendencia disminuya, ha querido constituirse en *Dios-para-nosotros,* nuestro valor supremo, el sentido último de nuestra existencia. En Cristo —cuya presencia en el espacio y el tiempo se localiza en la Iglesia— Dios se revela, se manifiesta, interpela personalmente al hombre personal, ofreciéndole realizarse en una comunión de amor. Dentro de esta perspectiva cristiana la existencia humana en su raíz más profunda, en lo que la constituye como persona, como totalidad cerrada sobre sí que nadie puede violar, está *justificada,* halla sentido radical e ineluctable, sentido que no viene de nosotros, sino que Dios nos confiere: a saber que Dios nos ama. Adherir libremente a Dios y a su amor por el hombre es asumir personalmente este sentido último de la existencia. Esta opción magnífica, este diálogo de "yo-a-ti" funda el "nosotros" a que Dios nos llama, comunión personal e indefectible con un Dios personal y eterno.

Para el cristiano, pues, la existencia como totalidad, como interesando al "yo", a la persona, tiene significación última. Existir no es una pasión inútil. Porque la existencia es abertura al Trascendente, más aún, diálogo, comunión con Dios. El hombre no será auténticamente "el hombre" sino como un "yo" que contesta "sí" a un "Tú" divino que lo evoca. Nuestro verdadero yo no es solitario. El hombre es el ser que existe frente al "Otro" y con él dialoga en la amistad. Negarse al diálogo, responder "no" al llamado que Dios dirige en Cristo y en la Iglesia, será, en consecuencia, cerrarse al sentido de la existencia. Cuando el hombre dice "no", cae por debajo de su ser auténtico y en la medida de su negativa se

constituye en la línea del "no-ser", de lo inauténtico, *se despersonaliza*. Por otra parte, nadie —ni el mismo Dios— puede violentar al hombre para que otorgue su "sí": un "sí" arrancado sería un "sí" violado, una profanación: sencillamente, un "no-sí".

Estas consideraciones nos llevan a comprender la posición de la Iglesia —paradójica— frente al mundo. El católico tiene que ser intransigente —esa intransigencia que tanto molesta al pensamiento moderno. Pero esa intransigencia no nace, como comúnmente se cree, de concebir al hombre y al mundo como un instrumento entre las manos invisibles de un Dios arbitrario y despótico. Su intransigencia se funda en un humanismo, es decir, en una manera original, intensamente espiritual y *personalista*, no solamente de concebir la existencia humana sino de asumirla, ejercerla y promoverla. El cristiano quiere ser fiel al hombre y, para él, el hombre no puede ser auténticamente tal fuera del "sí" en que acepta a Dios. Pero, por otra parte, esa intransigencia no funda, ni puede fundar jamás, una actitud de violencia, de imposición, una tiranía: porque el ser auténtico del hombre es decir "sí" a Dios, y ningún "sí" es auténtico si no nace de la libertad.

Una última consideración nos va a permitir precisar las condiciones de un diálogo entre la Iglesia y el mundo argentino. Si para el católico la existencia humana, según una de sus intenciones fundamentales y originarias, es *abertura al Trascendente*, como "ser-para-Dios", no olvida el católico que hay en el hombre otra intención igualmente fundamental y originaria como "ser-en-el-mundo". El hombre está proyectado en la existencia como el ser que para realizarse tiene que hacer al mundo más próximo y familiar al hombre. Junto a la dimensión de lo profano, con que el hombre se realiza como ser en el mundo, existe la dimensión en la cual el hombre se realiza como ser para Dios. Si de la primera nace la civilización y las diversas formas de la cultura, la segunda constituye la esfera de lo religioso, de lo sagrado. Estas dos dimensiones que no se confunden, no se destruyen mutuamente, pero no se colocan la una en la prolongación de la otra. No nos interesa en el momento actual estudiar la situación del hombre encarnado en el mundo, creando alrededor de sí un mundo humano. Quiero únicamente notar que si la existencia humana es —como lo es para el católico— abertura al Trascendente, y si esta abertura afecta a nuestro "yo" en su esfera de existencia más profunda, más central, síguese de ahí que la esfera de lo religioso asume la totalidad de la existencia pro-

fana, confiriéndole un sentido nuevo, *una dimensión nueva* y, por consiguiente, sin disminuir ni negar el contenido específico de las esferas profanas preexistentes, constituye una manera original y personal de vivirlas. No se puede, por lo tanto, disociar lo profano *en sus aspectos personales* de lo religioso sin que se introduzca, en el seno de la existencia, una ruptura suicida. Esta omisión equivaldría a la pretensión de dividir la existencia, que si se realiza en dos dimensiones —lo que es verdad— es originalmente una.

No ha sido mi intención demostrar en este artículo la verdad de estas posiciones católicas. Hay quienes niegan que el hombre es una abertura al Trascendente o quienes piensan que esta abertura no puede dar pie al diálogo; sin negar la existencia del Trascendente hay quienes creen que su trascendencia lo coloca a tal distancia del hombre *proyectado en el mundo* que el hombre no tiene posibilidades de comunión. En un mundo civilizado como el nuestro importa que estas diversas formas de encarar el significado de la existencia puedan dialogar entre sí: nadie negará la utilidad de de que este diálogo se establezca. Pero lo que importa *por sobre todo* es que, cuando nos encontramos frente a posiciones irreductibles, cuando comprobamos la irreconciliabilidad en la forma de concebir la existencia, la única manera de seguir coexistiendo en un mundo civilizado es la de respetarnos mutuamente y permitir que junto a mi modo de pensar coexista plenamente el modo de pensar del prójimo. Esto es lo que, creo, olvida muchas veces el pensamiento laicista. Evidentemente, para el laicista la existencia y las esferas en que ella se realiza no tienen el sentido que los católicos le atribuímos. Los católicos creemos que nuestras razones son válidas; el laicista cree que lo son las suyas: podemos seguir el diálogo. Pero lo que creemos sería ilegítimo es que el laicista nos negara la posibilidad concreta de afirmar nuestras ideas y organizar la vida y la cultura *para nosotros* conforme a nuestras ideas. No le exigimos se someta a nuestra visión, pero pedimos que no quiera someternos a la suya. Sólo así marcha la democracia.

MANUEL MERCADER, S. J.

SOBRE LAS DEFENSAS DEL ESPÍRITU

Al período que acaba de concluir en nuestro república se lo califica, ahora, de tiranía. La palabra, recogida por la ingenuidad mural —*lapidaria*— de la tiza, por la aún sospechosa tinta de imprenta, no suena, hoy, demasiado a hueco o a falso. Ayer era imposible para muchos siquiera pensarla. Parecería que la libertad no sólo *permite hablar* de tiranía; acaso gracias a la libertad *podemos concebir* el régimen tiránico como tal.

Quizá no sea inútil detenerse un instante en el examen de esta dificultad expresiva, porque ella ejemplifica, de modo aceptable, los obstáculos que encontraba la elaboración de defensas contra el avasallamiento del espíritu. La simple conservación de la propia personalidad moral e intelectual bajo un régimen totalitario de gobierno es una tarea ardua, penosa, imprescindible. Supone vigilia constante, voluntad de resistir, y la conciencia clara en cada uno de que lo que realmente está en juego es su intransferible libertad. Es una lucha que, como todas las que afectan el fondo del ser individual, no puede ser resuelta vicariamente, con la simple adhesión a principios propuestos por otros: es una lucha en la que cada cual es a la vez guerrero y campo de batalla. Y si el combate, como el conocimiento, necesita un objeto distinto del sujeto-guerrero, no siempre es tarea fácil discernirlo en el ambiente crepuscular a que son proclives estos sistemas.

Si fuera necesario probar la justeza de aquel nombre —tiranía—, bastaría aducir un hecho sencillo: que quien la empleara públicamente se hacía, ipso facto, pasible de toda clase de castigos. Pero subsiste otro hecho paralelo y de opuesto o diverso sentido: "tiranía" era una palabra —como otras, por supuesto, a las que simboliza y resume— que se pensaba poco y se decía menos, aun a puertas cerradas. Varias razones podrían justificar esta actitud. Por ejemplo, lo relativamente moderado de algunos aspectos de la dictadura, sobre todo cuando se la compara con sistemas de parecido cuño, coetáneos o inmediatos predecesores suyos; o bien —argumento favorito de la propaganda oficial—, la ratificación de sus procedimientos por el asenso, viciado o no, que prestaba una mayoría. Sin embargo, ni la creencia de que lo malo hubiera podido ser peor —¡y cuánto nos irritaba el "esto no es nada" de quienes sobrellevaron el hitlerismo!—, ni un cálculo aritmético tipo Bentham o

Stuart Mill, aceptando como criterio de valor o disvalor la opinión del mayor número, serían suficientes para explicar el sentimiento de pudor que coartaba el calificativo conveniente y necesario. Los nombres más duros podían, sí, ser pensados por aquellos que sufrieron en carne propia la opresión o la tortura. Podían concebirse en el extranjero, donde la frontera geográfica proporcionaba a los mismos argentinos la sensación de ajenidad que nos da, aquí y ahora, el haberse convertido aquel régimen y sus hombres en cosas del pasado. Pero vista desde dentro la dictadura se imponía como algo monstruoso y risible; decididamente innominable, en cualquier caso. Nos ahogaba, pero no nos resignábamos a tomarla en serio, a acordarle entidad. "En serio", una cosa tan inverosímil y absurda no podía, simplemente, existir. El precio de esta actitud era un desgarramiento. En la conciencia de cada uno la realidad circunstante se asimilaba a las vergüenzas secretas que corroen el sentimiento de la dignidad individual al exponerla a la posibilidad del ridículo, al saberla fundada en la ocultación. Se implantaba allí como un correlato de nuestra vida nacional enferma. Sólo cuando superábamos el deseo de esquivar y reprimir lo grotesco lográbamos pensar en el rechazo activo de las influencias deformantes. Y entonces sí se nos hacían posibles palabras como *tiranía,* que exigen un temple de espíritu y una definición de quien las pronuncia.

La defensa de la propia lucidez mental debía atender a otros enemigos. A fuerza de repetición, los más improbables monstruos conceptuales forjados por una propaganda torpe pero eficaz (o eficaz por lo torpe) llegaban a gozar de relámpagos de impunidad en el espíritu, durante los cuales se recortaban sobre un cielo oscuro y confuso con perfil equívoco de verdaderas ideas. Para no flaquear, era menester obligarse a una vigilia permanente. Se trataba de no ceder ante uno mismo; y eso, no *sostenido* por la fuerza potencial de una tradición de cultura sino *sosteniendo* como ariete un argumento de violencia actual e intacta. Al mismo tiempo, había que desoír la tentación de aceptar los planteamientos falsos, las seudonociones avaladas únicamente por la insistencia constante, los *flatus vocis;* había que negarse, en fin, a discutir las costumbres del unicornio si antes el adversario no había probado su existencia. Y todo, claro, como un *piétinement sur place,* como un cerrado y privadísimo adiestramiento intelectual sin otra finalidad inmediata que la defensa propia. Pues quien detentaba el poder, antes que buscar verdades mediante el diálogo, prefería, en una caída vertical del Logos,

machacar la única razón de su monólogo. De donde el resto de los mortales quedábamos reducidos a ejercitar un virtuosismo rigurosamente autotélico, gratuito, pero necesario para subsistir.

En esta coyuntura, la situación de un sector de la comunidad argentina se caracterizaba aun por otras notas. Eran aquellos cuya vida mental y social activa se inició después del cuarenta y seis. (¿Debería decirse "nosotros"? Para algunos ese plural recibe precisamente su sentido radical cuando se aplica por alguien a los de su edad, a los de su "generación". Sólo en ese ámbito sería dada la comprensión de los demás, porque sólo allí se discute sobre lo mismo y están en vigor las mismas creencias fundamentales. Pero tal vez no convenga recurrir a una noción sospechosa de ambigüedad aun en sus más ambiciosas teorizaciones, y limitarse a admitir la existencia —¿obvia?— de similitudes en los que reciben influencias de un medio ambiente uniforme.)

La realidad vivida en el momento en que empiezan a plasmar las concepciones intelectuales deja sobre ellas su impronta indefectible; y la presión de esa realidad es máxima bajo los regímenes de gobierno que por sus pretensiones omnicomprensivas son llamados, con justicia, totalitarios. Así, los recién venidos experimentaban la humillación de estar de algún modo condicionados por aquello mismo que querían rechazar. Lo cual, naturalmente, los exasperaba en su actitud negativa. En lugar de adaptarse a la estructura comunitaria (la expresión, por oposición a la cosa que designa, es tan disonante como conviene), se veían obligados a la repulsa, a la secesión de la actualidad inaceptable. Era la única forma de defender la personalidad naciente contra fuerzas hostiles a la idea misma de persona distinta. Para más, la dictadura que enfrentaban se les ofrecía con señales de perduración indefinida. Sin la experiencia de una época anterior —cualesquiera fuesen sus lacras—, ¿cómo sustentar la idea de que el régimen era contingente, de que el absurdo y el caos sistemáticamente provocado, llevaban en sí el germen de su destrucción a corto o largo plazo? Subsistía, es claro, la posibilidad de integrarse en un orden cultural superior que afirmara la existencia de valores efectivamente realizados, por encima de la irracionalidad del curso histórico. Pero el mero conocimiento no puede suplir la falta de una vivencia. Y, por otra parte, en el campo de esa cultura tan penosamente fabricada se dan malos vientos para la idea de libertad. Al fin y al cabo nuestros dictadores no hacen sino copiar y adaptar un modelo europeo. Mucho de lo que venía de fuera co-

rroboraba el desaliento, y por eso no es extraño encontrar rasgos de velado masoquismo en la difusión de alguna novela que mostraba las consecuencias últimas de los sistemas totalitarios actuales. Un escritor extranjero —que sabía de lo que estaba hablando, ya que significativamente alcanzó su sazón mental al tiempo que en su patria caducaba la libertad— aludió en una conferencia a la necesidad de que el intelectual tuviese "dedos finos", como única manera de poder actuar en estos tiempos duros. La frase atenaceó la garganta de muchos de los que la oyeron: ¿también ellos estarían condenados para siempre a tener *dedos finos?*

A propósito de una palabra, a propósito de un sector de argentinos, se ha querido mostrar en las líneas precedentes cómo la frase "libertad de pensamiento" no encierra tropo, ni elipsis alguna. Es el pensar en su raíz misma el que se ve impedido de realizarse cuando se sofoca su expresión. Pensar libremente bajo una dictadura —pensar, a secas— supone librar a cada instante una batalla, convertida, por la humillante presencia física, en una laceración interna. El sentimiento de la libertad exige y justifica esta lucha; una lucha penosa, difícil, nada heroica, pero esencial. La resistencia del espíritu librado a sí mismo es el prototipo y la condición de toda otra resistencia: la no colaboración, el negarse al sometimiento cómplice, el levantamiento armado. Sobre ese combate oscuro —Kampf, *Mein Kampf*— versa todo el totalitarismo de nuestro siglo; con vistas a él los artesanos del Nuevo Caos han eleborado prolijas y eficaces estrategias. Frente a ellos, en estado de perpetuo asedio, el espíritu libre apenas cuenta con su humana obstinación.

HÉCTOR POZZI

TESTIMONIO PARA MARTA

BRILLABA el sol de octubre y apenas lo veíamos,
cantaban las torcazas y apenas las oíamos.
¡Hablábamos y hablábamos, cruzábamos las calles
como en las pesadillas cargadas de detalles!
El Río de la Plata no parecía el mismo,
la llanura amarilla tampoco. Era un abismo.

¡Durante cuánto tiempo nos persiguió el terror
con sus caras obscenas, el impune opresor!
¡Durante cuánto tiempo, la fiesta aniversaria,
el disparate, el libro de enseñanza primaria,
la incesante inscripción, la furia, la vergüenza,
la adulación ardiente, la delación, la ofensa!
¡Durante cuánto tiempo, la cárcel, la locura,
la desaparición de una persona pura!
Saberlo era difícil, pues el tiempo no cuenta
cuando los hombres sufren y la vergüenza aumenta.
Era triste, era horrible, y era también ridículo.
El infierno no es más proficuo en desventuras
ni el diablo más sagaz en inventar torturas.
Pronunciando mentiras, provocando penurias
por medio de bocinas, vociferaban furias
como las mitológicas que persiguen a Orestes.
Las tiranías son siempre como las pestes.
Tendrás que recordarlas, existen estas cosas:
hay hombres todavía que veneran a Rosas.
Nos parece después de pasar la agonía
que es un sueño esta luz de octubre, esta alegría.
Las cofradías ávidas, los bustos se derrumban
y los gritos que se oyen de libertad retumban.
No queremos gobiernos, Marta, totalitarios,
no queremos volver a ser los adversarios
de personajes crasos, de anticuados tiranos
menos originales que los peores romanos.
Que haya existido Hitler abruma todavía.
Tenemos que abolir la aviesa tiranía,
abolir las torturas, volver a ser dichosos.
Que me escuchen los Dioses más misericordiosos:
Que no renazca el sol, que no brille la luna,
si un tirano como éste siembra nueva infortuna,
engañando a la patria. Es tiempo ya que muera
esa raza maldita, esa estirpe rastrera.
Que sólo en los museos estén los dictadores
como remotos saurios y no como señores.

SILVINA OCAMPO

ACTO DE FE

Así, hemos sido hechos salvos
y no estamos ilesos, ninguno,
como sugiriendo que la historia
sólo puede ser escrita en la derrota
y rescrita con las terquedades del hombre,
obstinados en la esperanza,
en amar lo que amamos,
en negarnos a negarnos,
en la inocente astucia
de callar sin recompensa
y obrar desde el mayor dolor.
Eso era nuestra libertad,
lo que aun nos quedaba del despojo.

Moríamos
y uno se preguntaba,
seguiremos preguntándolo,
qué destruía, qué integridad
quería compartir, confundir,
el gran ojo, su luz chillona,
cuando montado en el látigo
deshojaba la granítica flor del odio,
el perfecto odio del condenado,
desamparado en suma
por la realidad que iba pisoteando.
Eso era nuestra libertad,
ofrecer al mal la incomprensión del mal.

Y estímulo o excitante o sucedáneo,
nuestros interrogantes
fueron también una especie de bajeza,
pues sabíamos que en general
la respuesta sería tranquilizadora
con sus adecuadas, precisas divisiones
en ciudadanos perversos y en víctimas,
en fanáticos y en demócratas,
conjeturando de paso

sobre la buena salud de los tiranos,
la fecundidad de la desgracia,
y otras fatalidades.
Eso era ser libres pero tibios,
fervorosos pero maliciosos.

Hemos sido hechos salvos
¿y ahora qué?,
tras el breve gusto de la euforia
el pasado retomará su marcha,
el mismo funeral de hace cien años,
y estos símbolos que se nos devuelven,
este país, este Río de la Plata,
intentarán de nuevo redimirse
olvidando que entre tiempo y tiempo
el espíritu repite sus infecciones.

ALBERTO GIRRI

RESCATE DE LA CORDURA

Las dictaduras fomentan la opresión, las dictaduras fomentan el servilismo, las dictaduras fomentan la crueldad; más abominable es el hecho de que fomentan la idiotez.

JORGE LUIS BORGES

ESTAS palabras de Borges son irrefutables aplicadas a cualquier dictadura. Al referirse a la que acabamos de padecer, son incluso obvias. De todos los males que nos deparó su continuado, fértil fomento de la estupidez, fué el más ignominioso. En las tiranías antiguas se prescindía simplemente de la inteligencia. Antes, un tirano se contentaba con serlo y oprimir a su pueblo. A los comunistas rusos les cupo el triste honor de ser los primeros en considerar imprescindible complicar la dialéctica con la infamia. Les siguió Mussolini con su marxismo dado vuelta, pero que exigía la sustentación de los hechos atroces por una armazón teórica. Y se

llegó a la perfección con la pedantería nazi que recabó el apoyo de una adulterada biología y una metafísica wagneriana en defensa de las cámaras letales y los campos de concentración. Todo ello supone un oscuro acatamiento y un sombrío homenaje que la barbarie rinde a la inteligencia al reclamar su complicidad, pidiéndole una estructura justificadora de sus injustificables arrebatos. Por supuesto la verdadera inteligencia, por su propia naturaleza crítica, y por sus exigencias de libertad, no podía responder a esos requerimientos, y sólo un simulacro de ella fué utilizado. Pero a fin de cuentas, detrás de Stalin, aunque a vertiginosa distancia, estaba Marx bajo la sombra de Hegel, y a espaldas de Mussolini se cernía el espectro de Sorel. Hitler mismo usufructuaba la Máquina de Pensar de las viejas universidades alemanas, capaz de seguir funcionando en el vacío por efectos del poderosísimo impulso adquirido.

El retardado discípulo de tales maestros careció de esos elementos. Su voluntad prepotente al servicio de una inteligencia menos que mediocre, y por lo tanto siempre segura de sí misma, y celosa hasta más allá de lo ridículo de la inteligencia ajena, jamás ocultó su menosprecio hacia los "sabios", imitando sin saberlo, y superando en más de un aspecto, al Fomá Fomich dostoiewskiano, pero sin embargo no pudo eludir la necesidad de sustentar su plagiado fascismo, oportunamente improvisado cuando el original se derrumbaba, con el andamiaje teórico de un sistema.

Así creó de la noche a la mañana el lamentable "justicialismo", poniéndose en evidencia por su incapacidad para darse cuenta de que, desde el punto de vista teórico, su pregonada mística y su primaria organización de cuadro sinóptico no pasaba de ser lo que insustituiblemente se llama en lenguaje porteño una pavada.

Las cosas evidentes, aceptadas por todos los pueblos desde los albores de su civilización más rudimentaria, el respeto a los ancianos, la protección a la infancia, las conquistas sociales por nadie discutidas ya en el planeta, se presentaban como sensacionales descubrimientos: los derechos de la ancianidad, del trabajador o del niño; como si antes de su advenimiento al poder, en nuestro país se hubiese asesinado a los viejos y comido crudos a los niños. Con ellos se procuraba ocultar las peores concupiscencias, pero eso no hace al caso para el tema que me ocupa.

El lugar común, la incoherencia expresiva, la chabacanería de lenguaje y la cursilería demagógica no mejoraban gran cosa la organización del sistema cuando a semejante revoltijo se lo desig-

naba con el significativo nombre de "clases magistrales". El terrible complejo de inferioridad, resorte oculto del proceder de cada dictador, era, en el caso que nos afligió, ante todo un oscuro y nunca confesado reconocimiento de inferioridad mental, y el ansia de ocultarlo como sucede en tales trances, lo impulsaba a ponerlo más de manifiesto hablando de medicina a los médicos, de filosofía a los filósofos, de pedagogía a los maestros, hablando siempre a todo el mundo, hablando sin interrupción que posibilitara un asomo de diálogo, hablando sin término de guisos de liebre sin liebre, de lo que *Salamanca non presta,* hablando en necia, en torrentosa, en diluviana palabrería para confirmación de su *slogan* favorito: "mejor que decir es hacer".

Un ejemplo concluyente de su capacidad mental nos lo dió en el caso Richter con su sonada estafa atómica. Innumerables han sido, desde luego, los gobernantes, y en especial los déspotas, víctimas de las truhanerías de arbitristas inescrupulosos. Pero el caso de quien al abrir una Asamblea Legislativa confiesa pública y arrogantemente que está siendo víctima del cuento del billete premiado, como aconteció al declarar que antes de dos años toda la energía utilizada por el país sería de procedencia nuclear, es único en los anales de la delincuencia y de la tontería humana. Dejando de lado toda otra consideración, ese simple hecho es suficiente para inhabilitar al interesado para el manejo de la cosa pública, porque constituye un *test* definitivo para medir los alcances de una inteligencia especulativa.

Como era fatal, ese tipo de mentalidad desencadenó, incontenible, un flujo de estupidez inducida, infinitamente más descorazonador que la venalidad y la corrupción administrativa. Cada día, al abrir los periódicos, el rubor subía a las mejillas al considerar que tales noticias podían llegar al extranjero. No se prescindió de ninguna forma de sonsera. Hubo ministros que dijeron sus discursos en verso —¡y en qué versos!—, gobernadores que aseguraban que Dios tenía ahora el honor de sentar a su lado a tal persona recientemente fallecida. Se improvisaron Doctrinas Nacionales con fuerza de ley, Jefaturas Espirituales, mercaderías Flor de Ceibo, primaturas de toda índole: primer trabajador, primer estudiante, primer periodista, primer deportista, etcétera. Se desencadenaron rachas de las actividades más inverosímiles: *Records* de trabajo en las que algún tornero demasiado despierto se quedaba quince días sin dormir y permanecía después dos meses en cura de reposo, con

notable aumento en la producción de la industria metalúrgica. Hubo pobrecitos que se vinieron a pie desde la Quiaca, y quien ruborizado de no poder hacerlo más que desde Rosario perfeccionó la cosa caminando de espaldas como el cangrejo. Hubo quien cruzó la Cordillera de los Andes empingorotado en lo alto de una inverosímil bicicleta accionándola con zancos. Hubo quien dió mil vueltas en torno de la Plaza de Mayo con una bandera, y todo ello para forzar a la aceptación de un segundo período gubernativo hasta entonces heroicamente rechazado. Hubo gigantescos desfiles de motonetas encabezados por el primer magistrado (y motonetista) del país. Hubo milagrosos predicadores en las canchas de fútbol, y el nombre de Allan Kardec lució multiplicado en alcantarillas y puentes ferroviarios junto con pintorescos brotes de espiritismo científico. Hubo diluvio de regalos de las cosas más inverosímiles aunque siempre de cierto valor intrínseco, dijes con perros *caniche* y micrófonos de oro, y hubo pasión unificadora de la toponimia, hasta el punto de no poder distinguir una ciudad de otra, una calle de otra calle, un policlínico de otro policlínico, mientras Trujillo el grande palidecía de rabia al verse ignominiosamente superado.

La ola de adulonería no resultó tan lamentable por la obsecuencia inigualada a que llegó como por las grotescas formas en que se manifestaba, todas ellas en correspondencia con los deseos de aquel a quien se dirigían, que nunca tuvo un gesto de contención, o de simple incomodidad ante tanto desatino.

Pero hubo algo insuperado donde la estupidez invadió el campo del surrealismo. Si alguna vez se hiciera un museo de lo que se llamó "la nueva conciencia en marcha", donde se archivaran los heteróclitos chirimbolos por ella producidos para pasmo de nuestros descendientes desorientados por no hallar el mensaje al año 2000, no podría faltar en su vitrina central el monumento que se exhibía en el andén de la estación Sarandí del Ferrocarril General Roca. Durante años lo vi como un objeto de pesadilla que ni al Bosco se le hubiera ocurrido. Era un sólido de revolución hecho con el perfil del dictador, una especie de Jano Infinitifronte, con dos perfiles mirando hacia cualquiera de los imprevisibles y opuestos rumbos de la rosa de los vientos. Tal vez a su delirante autor no se le ocurrió pensar que estaba creando un símbolo perfecto: un ansia temerosa de vigilar simultáneamente hacia todos los rincones, y una cabeza puro perfil, fachada, exterioridad, superficialidad, en la que no quedaba lugar posible para refugio de la inteligencia interior.

Quienes nos hubiesen juzgado por todos estos símbolos y actitudes podrían habernos considerado un pueblo de tontos y esquizofrénicos: mitad y mitad. Sabemos que lo mejor de la inteligencia de nuestro país permanecía sumergida, desalojada por la audacia y la incompetencia de toda posición oficial de la enseñanza y de las tribunas de pensamiento, pero que permanecía fiel a sus deberes y que ninguna de las personas realmente significativas claudicó. Eso debe servir de enseñanza a los que, al hablar de otros países afligidos por desgracias semejantes a la nuestra, atribuyeron a todo un pueblo la vesanía y la estupidez de sus opresores.

Pero el haber preservado la decencia en la oscura labor cotidiana, a veces en el silencio y la desesperanza, nos impone ahora a todos los que de algún modo tenemos algo que ver con la cultura del país el urgente deber de rescatar la cordura para reincorporarla a nuestras costumbres públicas, no sólo con la duplicación de nuestros esfuerzos creadores, sino con una conducta discreta, para la que puede servir de norma la contraposición a las actitudes del pasado inmediato. No olvidemos que la inteligencia puede dormir, pero que la tontería es insomne y contagiosa. La demagogia, como otros venenos orgánicos, crea un hábito, y la aparente eficacia instantánea de sus recursos es una tentación para su uso. Es necesario reeducar el gusto de nuestro pueblo, enseñarle a preferir la frase que incomoda y hace meditar a la que arranca el alarido de la ovación, la simplicidad republicana que reconoce las posibilidades de error a las relumbrantes pretensiones de infalibilidad tan propias de la ignorancia. Tenemos que recordarle que una multitud no siempre es el Pueblo, y que puede incluso ser todo lo contrario y su peor enemigo.

Y es imprescindible que iniciemos un cauteloso examen de conciencia colectivo para indagar valientemente la parte de culpa que a todos puede correspondernos en la vergüenza pasada, porque, si pretendemos descargarnos de ella atribuyéndosela por entero al dictador, contribuiremos a justificar su megalomanía. Frente a cada fenómeno político-social como el que nos abrumó, la prudencia aconseja sentirnos solidariamente responsables aunque, como es lógico, con las naturales diferencias de grado. Algo había en nuestro país que no iba bien y que hizo posible ese auge de la estupidez del que acabamos de salir. Tras el natural alivio de volver a respirar el aire limpio de la libertad y de la sensatez, debemos aplicarnos de

inmediato a estudiar las causas sociales, económicas y políticas que originaron el desastre para tratar de remediarlas y evitar su funesta repetición.

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA

EL PERIODISMO LAUDATORIO DE AYER

ABUNDAN los espíritus estoicos que soportan con firmeza la soledad, la miseria, el peligro y aun la injusticia. Todo puede volverse tolerable para el hombre capaz de enfrentar la adversa fortuna, excepto la homogeneidad. Zozobra allí donde desaparecen los contrastes, allí donde acecha la persistencia invariable que argumentó Parménides. La tiranía elocuente de que renace el país nos impuso ese monótono y cerrado universo, esa triste uniformidad que destierra toda sorpresa y excluye las aventuras del alma. Los recursos técnicos que permiten la difusión de la palabra oral y escrita, durante los diez últimos años, contribuyeron a establecer la angustiosa pesadilla colectiva que acaba de disiparse. Reducida a un invariable y obstinado presente, aquella realidad que hoy es recuerdo entorpecía a dieciocho millones de espectadores mudos, arreciaba con oscura vehemencia, como cosa soñada.

El reiterado gobernante que intentó plasmar, con gestos y palabras, una nueva Argentina, sintió de modo profundo que padecía finitud. Se trata de un sentimiento inseparable de la condición humana, pero en Él se manifestó con intensidad abrumadora. Quiso ser algo más que una apariencia espectral y momentánea. Intentó doblegar el porvenir, someter el tiempo, congraciarse con esas potencias oscuras que levantan mitos y desorganizan el mundo inmediato para organizar de este modo una suerte de imperiosa imagen venidera. Aunque pueril, su combate con el tiempo se nos figura conmovedor y patético. Proyectado en esa dirección, recurrió a procedimientos primarios e indelicados para sobornar la Historia, para fingirse el verdadero fundador de la República. Así dispuesto al simulacro, es natural que viera una amenaza en toda tarea de orden especulativo, en todo conciudadano capaz del juicio: la prác-

tica del pensamiento acabó por herirlo como un hábito antiargentino, como una forma de la malignidad foránea. Su gutural empresa nos trae el recuerdo del monarca chino que irguió severas murallas para mejor avasallar el presente (confrontarse le hubiera significado mengua) y quemó innumerables documentos históricos para aniquilar el pasado, para borrar las tradiciones que su país había reunido: todo origen, todo fundamento debía aparecer identificado con su regia persona. Como es evidente, nuestro incendiario no adoptó métodos estrictamente nacionales o autóctonos sino que reprodujo inmemoriales episodios, mostrándose receptivo y planetario en el oprobio.

Nunca vulnerado por el pensamiento de que los hechos son apagados por los hechos, gravitó con provechosa constancia sobre el mundo instrumental y recurrió a las cosas —bronce, papel o mármol— para afirmarse dichosamente en el tiempo y en el espacio. En cierto modo, su ambición de niño obstinado mueve a piedad. Se propuso violentar la memoria de los hombres mediante la reiteración opresora de un patronímico y de un retrato. Ambas cosas —su nombre y su efigie— agotaron durante mucho tiempo todas las posibilidades de nuestra realidad. Sometida a su designio casi toda la prensa del país, en su espíritu se afianzó el propósito de lograr una suerte de inmortalidad tipográfica; de tal modo, las formas de expresión que son propias de todo país civilizado quedaron reducidas a cuatro o cinco vocablos persistentes: cualquier intento de complejidad comportaba una distracción, un olvido, una negligencia punible, un sospechoso alejamiento del "tema central". Al fanático innumerable le parecía absurdo que se dedicasen algunas líneas a Melville o a Joyce cuando las resplandecientes conquistas del "justicialismo" no habían sido lo bastante alabadas en las hojas periódicas.

Ya identificado con el Estado —todo personalismo fomenta este género de ficciones— la menor objeción dirigida al déspota era considerada lesiva del principio de autoridad. Bajo el imperio de esa falacia, no había argumento jurídico o político que no apareciera como absorbido, como sujeto al principio de autoridad. Quien se decía empeñado en la tarea de hacernos más argentinos, con agravio de la coherencia, al imponer la mudez y el terror, privó al país de sus atributos más firmes: quería argentinos temblorosos, cervicales y sumisos.

La censura más grave que se le puede dirigir no es de orden

material, no mira las depredaciones y latrocinios padecidos por el país. Pocos reproches se le arrimarían si su empresa no hubiera sido la más terrible de todas: abatir la República de las voluntades y desanimar el vasto organismo civil mediante la violenta supresión de la opinión pública, así reducida a su opinión privada, exclusiva, cesárea. Para sus elementales adeptos, todo rigor llegó a parecer legítimo y el castigo oficial acabó por convertirse en una institución celebrada. El solitario, el perseguido Martín Fierro —nos decía un amigo— perdió el aprecio del pueblo cuando la mercenaria partida policial vino a ser objeto de admiración colectiva. A cierto estudiante avecinado al régimen extinto le oímos decir, con asombro: "Hablan de la democrática Francia, pero ocurre que los diarios de ese país dirigen bromas a quienes lo gobiernan, los *cargan* para divertir al lector... ¿Qué democracia es esa?" Claro está que el rígido concepto de autoridad, la convicción de que el hombre de Estado nunca se equivoca, había echado raíces en su joven y maleable naturaleza.

Cuando los diarios eran regidos por el dictador cesante, imperaban algunas severas convenciones que no se podían quebrantar sin quebranto personal, sin la inmediata reprimenda de la famosa Secretaría de Prensa y Difusión. Una suerte de clasicismo indigente fijó el vocabulario que debía manejarse. No era dable comentar una reunión pública a la que había asistido el señor Presidente sin escribir que "abrió el acto en medio de grandes aclamaciones" y que, "acallados los nutridos aplausos que se le tributaron, inició su conceptuosa exposición", etc.

Una ley restrictiva —con acierto atemperada en fecha reciente— permitía procesar por desacato a todo periodista que se aventurase a censurar la gestión pública de los funcionarios; invulnerables y perfectos, éstos gozaban de una impunidad no siempre provechosa... Así anulada la crítica de sus actos, era imposible aducir probanzas cuando caían en error o delito: bajo el imperio de tal prohibición, su desempeño nunca quedaba librado al juicio de la comunidad.

Durante los aciagos tiempos superados, la función periodística fué una función burocrática destinada a recoger y amplificar la Voz oficial. Un solo costado de nuestra realidad —no el mejor— constituía la materia del editorial, del comentario, de la información. Los diarios del orador depuesto (y premiosamente guaraní)

sólo propagaban inflados éxitos gubernativos y compulsivas vibraciones públicas.

Un sinuoso, un bizantino sistema de asentimientos y de vetos alcanzó vigencia dilatada: determinados nombres podían mencionarse diariamente; otros, también señalados de modo expreso, inspiraban serias prevenciones y no salían de la penumbra sino con periodicidad mensual; finalmente, el nombre del adversario, por mucho que sus actividades promovieran justificado interés, quedaba enérgicamente proscripto. Los muertos ilustres no escaparon a la metódica abolición de valores que sobrellevó la patria. La nota necrológica, aun la consagrada a hombres que habían proyectado honor sobre el país, aparecería diminuta y como escondida al pie de alguna página; su tono, su forma, sus epítetos traslucían la deplorable cautela del redactor. El "viejo coronel", cuya grandeza no tenía émulos, era capaz de celos póstumos. Tras su ruidoso advenimiento, también quedó proscripta la amable caricatura política. Ni siquiera los diarios oficiales se arriesgaron a proponer una efigie pintoresca o risueña del gobernante; ese juego lineal, tan frecuente en otros países, aún regido por las mejores intenciones, aquí podía costar la persecución y el hambre. Antes que las riesgosas aventuras de la imaginación, se preferían los efectos mecánicos, previsibles, impersonales. Es natural, por lo tanto, que la estricta fotografía y el insípido "comunicado" hayan merecido la aprobación excluyente de los círculos decisivos. Caprichos laterales o secundarios solían entorpecer la impresión de algunas páginas. Hacia 1948, cierto secretario de redacción impartió instrucciones para que se tomasen fotografías de una ceremonia a la que asistió la constelación oficial. Ya compuesta la nota gráfica, se hizo saber al secretario —bastó un llamado telefónico— que debía tener por anuladas todas las placas de *su* fotógrafo. Convenientemente elegidas, se enviarían otras. Ese irrefutable dictamen del censor general de informaciones, que obligó a suspender la actividad del diario durante algunas horas, no carecía de justificación: las placas reveladas en sus propias oficinas lo mostraban más apuesto y mejor "situado".

Como lo saben los cronistas de prensa, el nombre de la llorada "jefa espiritual" de la Argentina fué objeto de una provechosa y deliberada reducción. Adelantándose a las simplificaciones que trae el tiempo y movido por el deseo de grabarlo en la memoria de la gente sencilla, el dictador ordenó la poda del primer nombre de pila y del heredado patronímico.

Se adoptaron curiosos métodos de presión psicológica. Cierto diario palaciego, por ejemplo, instituyó una sección cotidiana —*Descontento en el mundo*— que recogía y abultaba huelgas, terremotos, crisis de gabinete, descarrilamientos, etc. Se trataba, claro está, de infortunios ajenos, foráneos.

Nos encontrábamos en el Brasil cuando un periodista de ese país que, durante breve tiempo, había trabajado en Buenos Aires, propuso a nuestro asombro el relato de una entrevista memorable. El cuerpo de redacción que integraba, presentado por el ministro del Interior, visitó en cierta ocasión al jefe del Estado. Afable, llano, siempre dispuesto a ganar voluntades, éste sugirió a los presentes, entre quejoso y modesto, que adoptaran nuevos rumbos periodísticos. Por un momento, gravitó en el salón el expectante silencio que precede a las óperas. Dijo luego el dictador que le fatigaba la reiteración escrita de su nombre y que prefería menos la exaltada mención personal que la sana crítica constructiva. Poco después, reintegrados los visitantes al despacho del astuto ministro, recibieron las instrucciones definitivas. La verdadera voluntad presidencial, por boca del personero habilidoso, se amonedó en estas palabras: "Por supuesto, muchachos, la orientación del diario no sufrirá cambio alguno. Pese a lo que acaban de oír, ¡no arriaremos nuestra bandera!"

Por conocidas, nos abstenemos de puntualizar las oblicuas trabas de carácter material impuestas a los diarios independientes o escasamente cortesanos: franquicias postales prohibidas, mínimas cuotas de papel, impedimentos relativos a la compra de máquinas, clausura de talleres. La más leve infracción de orden municipal (innumerables reglamentos y decretos vinieron a obrar como trampas aniquilatorias) aparejaba el agostamiento o la extinción de los órganos de prensa desafectos al César. La palabra escrita se perdía en un inextricable laberinto represivo; puesto que aviesamente lo principal fué subordinado a lo accesorio, bastaba la ausencia de una baldosa o de un recipiente para abolir la libre expresión de ideas.

Ya en abril de 1943, poco antes de la asonada que puso término al deslucido gobierno del doctor Castillo, nuestro locuaz deicida intentó convertirse en el "jefe doctrinario" de una revolución que se suspendió por mal tiempo. Con su notable habilidad persuasiva, ya ganaba voluntades en el secreto de los cuarteles. Es natural que un jefe doctrinario haya querido adoctrinar al gremio periodístico. Los más grandes infortunios proceden del hombre de acción que aspira

a erigirse en potencia especulativa, en creador de organismos ideales. Este arquetipo humano no puede prescindir del mundo inmediato ni de las circunstancias que lo asedian; en consecuencia, allí donde intenta fundar doctrina, el énfasis reemplaza a la prueba.

Estas páginas no son otra cosa que una desabrida relación de hechos; no es fácil dignificar su árido tema, su materia destituída de generosidad. ¿Cómo considerar ideas en un ámbito donde priva el puro acontecimiento, el delirio episódico?

El desprecio fué la única norma a que se mantuvo fiel el abatido régimen; dentro del sistema que se padecía, no había persona que no pudiera obtenerlo todo, pero a condición de allanarse a ser una *cosa*. El hombre que impuso y alabó ese estado de espíritu fué jefe de un gobierno constitucional y, sin embargo, atropelló leyes y principios; sin caer en paradoja alguna, cabe subrayar que un gobierno revolucionario se empeña en restaurar las leyes y los principios que son fundamento de nuestra civilidad. La prensa periódica, al recobrar sus derechos, se libera del encomio sistemático y de la censura unilateral.

Favorecido por la derrota, ya patético y solitario, no cabe duda que el ex presidente será alimento de nuestro cancionero elegíaco. Su abstención y su lejanía acabarán por depararle un prestigio verdadero, desinteresado. Sus omisiones casi siempre fueron beneficiosas y es evidente que su codiciado silencio ya prestigia al país. El periodismo experimenta ahora los nobles efectos de esa prescindencia encomiable.

Mucho antes de extinguirse Caseros, cuando aun se peleaba confusamente, el gobernador Rosas abandonó el campo de batalla para buscar refugio en el Consulado de Inglaterra. Así también, cuando en el mar y en la montaña había sangre, cuando la victoria aun no tenía dueño, nuestro segundo dictador buscó asilo en una Embajada extranjera. Como la realidad era objeto de minuciosa ocultación periodística, sus adeptos lo imaginaban en el centro de la lucha, asistido por la firmeza que le habían prestado la publicidad y el candor. Se resistían a pensarlo imbele; la imagen del amenazante varón que durante años propagó la prensa del régimen, sobrevivía en la intimidad de los crédulos.

Casualidad pintoresca o materialismo cíclico, lo cierto es que al ex mandatario podemos encontrarle numerosos antecedentes y entronques en la Roma imperial. Cuenta Suetonio que el emperador Vitelio, antes de ser exaltado al poder, entró en el campamento del

ejército que le fué confiado y dispensó perdones y prebendas sin tasa. Eximió de culpa a los oficiales degradados por ignominia y conmutó la pena de suplicio a muchos condenados. Por esta razón, apenas había transcurrido un mes cuando los soldados lo sacaron una noche de su cámara de dormir y, en el sencillo traje en que se encontraba, lo saludaron emperador. Como su colega argentino, había nacido el 8 de las calendas de octubre. Los astrólogos le dedicaron este decreto paródico: "Por orden de los caldeos, se prohibe a Vitelio Germánico estar en ninguna parte del mundo para las calendas de octubre". Movido por el furor, para aniquilar a sus enemigos, hizo incendiar el templo de Júpiter Óptimo, imputando a otros esa profanación fogosa. También en Domiciano, tan dado a confiscar los bienes de los vivos y de los muertos, encontramos un precursor de nuestro viejo coronel. Cuentan los cronistas que, al término de un festín, se mostró muy complacido al oír que el pueblo gritaba en el Anfiteatro: "Felicidad y monumentos a nuestro señor y nuestra señora".

Los dictadores antiguos, claro está, sólo podían sojuzgar voluntades con el apoyo de sus legiones, mediante el empleo del coraje y el hierro. Raras veces ensayaban el argumento sofístico o la falaz escritura para consolidar o extender su autoridad. Es evidente que su demagogia no se multiplicaba en ediciones periódicas ni en instantáneos carteles. Avasallantes y complejos son los medios de persuasión de que dispone el déspota moderno, como lo comprobó con tristeza nuestro país, hasta ayer trocado en un vasto y paciente auditorio. La prensa que padecimos, por ejemplo, se dedicó a recrear, con artificio burdo pero eficaz, la imagen del hombre que la sujetaba a su rigor omnímodo. De tal manera, supimos de un caudillo dotado de espartanas virtudes, de un estoico varón que había entregado su vida a la causa de la justicia social. Detrás de tales alabanzas sólo había un empresario de voluntades que, verbalmente prometido a esa causa, se complacía en exaltarla mediante el uso de un lenguaje enérgico y marcial. (En la órbita de su profesión, fué un óptimo artillero del engaño; luego de mover estruendosas batallas contra los especieros minoristas, lanzó sus vanguardias ávidas sobre el expugnado presupuesto de la Nación. No necesitó, por cierto, trasponer las fronteras de la patria para obtener su botín de guerra.)

El periodismo ejerce un influjo instantáneo y dilatado sobre la sensibilidad colectiva. Se diría que su efecto más perceptible es la

simultaneidad; gravita con rapidez y con amplitud sobre el cuerpo social de las naciones. Manejado con orgánica malicia por quienes lo hicieron herramienta del dictador, uniformó las conciencias y vino a significar un estímulo para el fanático potencial. Confiemos en que volverá a ser, ya recobrados los bienes morales que nos definen, capaz de la equidad, el valor y la sonrisa.

CARLOS MASTRONARDI

LA PLANIFICACIÓN DE LAS MASAS POR LA PROPAGANDA

AUNQUE parezca inimaginable todavía hay en el mundo gentes que pregonan la necesidad de crear o fomentar nuevos mitos colectivos. Cegados por la corriente irracionalista encaran las sociedades con un criterio tribal y entienden que para mantener su vigor lo mejor es repristinizarlas, devolviéndolas a una suerte de aurora fabulosa donde prosperen fértilmente los mitos. ¿Acaso no advierten que detrás de su sombra es donde se agazapan en nuestros días los cesarismos aniquiladores, disfrazados de falsos mesianismos, de seducciones providencialistas? Se diría que el fracaso sangriento de los experimentos totalitarios europeos no ha bastado para convencerles del desprestigio absoluto a que está condenado cualquier intento mitificador — y mistificador.

Sin haber olvidado aquellos maleficios, quienes hemos vivido —o padecido, más exactamente— en los últimos doce años la dictadura argentina, podemos al menos extraer de tantos desastres una conclusión inequívoca y aleccionadora: el acabamiento de un mito que con estricta intención clínica, sin ánimo peyorativo, podríamos llamar el mito populista. Conclusión grave puesto que importa la revisión y aun el desahucio de ciertos conceptos firmemente anclados y difícilmente desarraigables sin riesgo de confusiones. Pero éstas son también parte del saldo funesto que arroja toda subversión totalitaria: engendra equívocos a granel, confunde nociones fundamentales, cambia y hace irrecognoscible el recto sentido de muchas palabras. Con más permanencia que otras cosas, las dictaduras

que hemos venido soportando en nuestro siglo trastornan y corrompen el Diccionario político. Aunque sólo fuera en cuanto escritores preocupados por la propiedad del idioma tendríamos, por lo tanto, un motivo sobrado para odiar tales sistemas: son los grandes, los máximos corruptores del idioma. En lo sucesivo difícilmente podremos emplear ciertas palabras —"democracia", "autodeterminación", "antiimperialismo" "pacifismo", etcétera, etc.— sin ponerlas en cuarentena, sin entrecomillarlas como a sujetos sospechosos.

Otro estrago más concreto es la monstruosa subversión de valores que el despotismo argentino practicó. Socialmente puede sintetizarse en el deshaucio de los mejores y el predominio avasallador de los peores. Calificaciones que no aluden sólo a los valores intelectuales o políticos de jerarquización minoritaria, sino más extensamente a los valores humanos y morales de común discernimiento por todos los miembros de una sociedad. ¿Cómo no había de ser así si su raíz última estaba en el resentimiento? Ese resentimiento que Max Scheler, en un libro famoso, ha definido como una "autointoxicación psíquica" y que al obrar en sociedades donde la igualdad de derechos políticos no corresponde a la igualdad social, desencadena una poderosa carga de venganza. De suerte que aun lo reivindicatorio legítimo hubo de quedar falseado, del mismo modo que la procuración popular fué un simulacro y nunca pudo ocultar bajo esa máscara su carácter de autocracia personalista llevada al delirio patológico.

Sin embargo, guiados por un escrúpulo de exactitud verbal, extremando las cautelas, podríamos preguntarnos si no resultará temeraria cualquier generalización teórica, puesto que ésta debe partir siempre de hechos particulares auténticos. Y lo que ha terminado en la Argentina fué una completa falsificación desde la raíz a la cúspide. Entiéndase bien: no niego su realidad —tangible, dolorosa, devastadora—; me refiero a su falsedad esencial, a la radical ficción de sus supuestos, sus medios y sus fines. Efectivamente, ¿qué no era apócrifo en el sedicente "justicialismo", empezando por esa misma palabra gramaticalmente inadmisible, por impropia, como producto inconfundible de mentes rudimentarias, quienes por cierto, en un momento dado —si cabe recordar este episodio bufo, entre mil—, pretendieron crear una nueva Academia de la Lengua doméstica, la "Academia del Pejerrey"? . . . Todo en el régimen abolido era una colosal impostura. Tanto o más que opositores políticos reclamaba satíricos implacables. Lo más inmediatamente visible fué

su anacronismo: trasnochado producto de importación, provisto con los más desacreditados marchamos "foráneos" (otra palabra que yace también maltrecha, inservible). Después, su estructura: amalgama hecha de retazos, de detritus nazifascistas con ciertas reminiscencias vagamente marxistas; todo ello teñido ostentosamente, de petulancia y chabacanería. Como sucede en todos los regímenes espurios de esta clase, en el peronismo se aliaron elementos de diversos totalitarismos, el de derecha y el de izquierda: autoritarismo y demagogia, nacionalismo y servilismo mimético, redentorismo y privilegios. Quienes más adelante emprendan su autopsia minuciosa deberán afinar los instrumentos para filiar y caracterizar con toda exactitud sus raíces, sus hechos y sus consecuencias.

Por mi parte, prefiero encarar con perspectiva sintética un aspecto muy directamente relacionado con su psicología y sus medios de expresión literarios — o paraliterarios, dicho con más exactitud, publicitarios. Me refiero al sistema propagandista, tan estruendoso y avasallador, del régimen expulsado. Policía y propaganda fueron sus puntales. Pero reducido a sus formas más constantes y obsesionantes, ¿qué otra cosa fué, en sustancia, sino una gigantesca máquina de propaganda, montada con todo alarde espectacular, con intensidad y recursos parejos de los que funcionaron —y funcionan— en otros países totalitarios? Ya se ha dicho que en lo privado apelaba alternativamente a la concupiscencia y al terror, que, según los casos, especulaba con el soborno y la intimidación. En lo público utilizaba todas las formas más crasas, inclusive hasta un límite que las hacía innocuas por saturación, promoviendo, aun en los más dóciles, un estado de indiferencia o de repulsa. El hombre medio, quien no tenía reservas de aislamiento, territorios propios de la lejanía mental, era asaltado en todas las horas y todos los rincones de su vida por las más diversas formas de propaganda política: al abrir un periódico, al ojear una revista, al encender la radio, al refugiarse en un cine, al mirar una pared, al alzar la vista hacia las ventanillas de un vehículo público... Las dos sílabas siniestras, escritas, grabadas, coreadas, vociferadas, le perseguían y acorralaban implacablemente. Lo que se pretendía no era otra cosa sino ahogar su intimidad, su capacidad de reflexión, no dejarle ni un resquicio libre de escape mental. Las consignas, los "slogans" implacablemente repetidos por cartelones y multitudes ululantes,

venían a ser mazazos que determinaban la rendición de la víctima dopada, o bien —más excepcionalmente— su ira contenida como consecuencia del hartazgo y de la náusea. Todo estaba calculado con el más insidioso refinamiento para producir el efecto previsto, sin hablar de la penetración por vías educativas, desde la escuela a la universidad. ¿"Cultura dirigida"? No, aquí no cupo hablar siquiera de tal cosa. Más bien, barbarie dirigida, entontecimiento multitudinario planificado.

Parece indudable que los que tuvieron a su cargo tales campañas no obedecían simplemente al instinto; se regían por métodos científicos o normas probadas; se beneficiaban de experimentos análogos hechos bajo otros climas. No es un misterio que a la hora actual existe toda una técnica, una metodología de captación de las multitudes, de hipnotización política de las masas, basada en principios semejantes a los de la propaganda comercial en gran escala. Del mismo modo que ésta, la propaganda política apela a ciertos impulsos comunes, fatalmente gregarios, tiende a golpear y deslumbrar más que a razonar o persuadir. Su finalidad última es poner al "paciente" —más que "cliente"— en ciertas condiciones de insensibilidad y enajenamiento, precipitándole hacia un producto o un partido determinados y suprimiendo toda libertad de opción. Perpetra así, de hecho, lo que no parece hiperbólico calificar como una verdadera "violación psíquica".

La expresión pertenece a Serge Tchakhotine, quien en un libro muy documentado (*Le viol des foules par la propagande politique*) ha hecho un análisis cabal de tales técnicas. Para su demostración parte de las teorías de Pavlov sobre los reflejos condicionados; es decir, aquellos que, mediante el hábito del sujeto, producen en él una asociación de una excitación con otra distinta, en cuya virtud esta segunda excitación determina por sí sola el mismo efecto que la primera. Basándose en estos tropismos, Tchakhotine deduce una suerte de reflexología individual que puede aplicarse a la psicología social. Evidencia cómo apelando a ciertas "pulsiones", mediante la asociación de reflejos, ejercida sobre los mecanismos emocionales, es posible obrar sobre las multitudes, obteniendo de ellas las reacciones que se deseen. Son cuatro las "pulsiones" fundamentales: combativa, nutricia, sexual y colectiva. En lo puramente biológico es ya clásico el ejemplo de Pavlov: el perro situado ante una pantalla donde se proyecta la imagen de un hueso, experimenta la misma excitación o secreción salivatoria que cuando, después de un adies-

tramiento, ha oído varias veces el sonido de una campanilla, anunciándole efectivamente la presentación de la comida. Pues bien, reemplazando el perro por una masa humana —a la que también se ha sometido previamente a cierto aprendizaje—, la campanilla por una arenga y el hueso por la promesa de una ventaja económica, por una sensación de dominio sobre las demás clases humanas o por la satisfacción de cualquier complejo de inferioridad —o más exactamente, por la representación de estas cosas en la pantalla de un discurso—, se producen análogos reflejos. Se dirá que el símil es crudo e hiriente; sin duda, pero no tanto como el desprecio infinito que en el fondo de sus conciencias deben sentir hacia esa masa quienes so capa de piedad, fraternidad o justicia, aunque practicando en realidad la más aberrante técnica anticristiana, ultrajan las cualidades humanas, violan las partículas anímicas que existen de modo irreductible y respetable en cualquier conglomerado, por encima de su momentánea indiferenciación.

Son múltiples los recursos a que apelan las técnicas de la propaganda totalitaria para rebajar y entontecer a la humanidad cuando cobra la forma de masas. Sin embargo, recorriendo los anales de las últimas dictaduras, no es difícil catalogar los medios principales, aquellos que se repiten siempre. Uso y abuso de los cartelones, las inscripciones en las paredes, los gritos coreados, los altavoces, los desfiles... Tanto da que se emplee como emblema una imagen gráfica —la hoz y el martillo, la svástica, el haz lictor, el haz y las flechas, las águilas...— como los retratos descomunalmente agrandados de los líderes o el coreo de sus simples nombres. Naturalmente, los recursos supletorios, la referencia al "chivo emisario" —el burgués, el judío, el extranjero, el oligarca, el país de ideología opuesta, etcétera—, no son desdeñables, así como tampoco las alusiones a ciertos tópicos internacionales —pero que cada país en estado de trance cree únicos, privativos— y que van desde "el cerco extranjero" hasta la "autodeterminación", pasando por el "imperialismo amenazante". Todos y cada uno de esos recursos, al cabo de cierto tiempo, y siempre que no exista la contrapropaganda, con tal que no se deje resquicio para exhibir o pregonar otros lemas, producen, bajo cualquier régimen totalitario, el mismo efecto: la *Gleichschaltung*, la puesta al paso uniforme de un país, la nivelación mental propia de una apisonadora. La diferencia, por ejemplo, entre una Alemania nazi y una Argentina peronizada no estuvo a este respecto en los métodos, sino en la psicología de los sujetos res-

pectivos, en los modos hispánicos criollos, en las abundantes reservas de dignidad y de burla empleadas como parapetos de resistencia. He ahí el escollo más sólido que salvó a un país de hundirse definitivamente en la masificación, en el infierno concentracionario.

¡Las masas! El problema sigue en pie, en todo el mundo. La gregarización fatal de las sociedades contemporáneas es patente. Pero lo que corresponde no es escandalizarse, no es intentar ilusamente exorcizar el fenómeno con cuatro epítetos, sino tratar de comprenderlo, aislando y delimitando su nocividad, viendo hasta qué punto las sociedades de masas son gérmenes y sostenes de los Estados totalitarios.

Cuando Ortega y Gasset publicó hace veinticinco años *La rebelión de las masas*, se le reprochó por algunos que su diagnóstico era excesivo, que no había motivos para alarmarse ante el ingreso de nuevos sectores en el campo social, particularmente en los países americanos. Estos objetores compartían así la tesis de Durkheim, quien veía en las masas antes que una disgregación social, una sociedad "in status nacendi". Ahora bien, ingreso o ascenso de las masas es una cosa y cosa muy distinta su predominio absoluto, exclusivo y excluyente, originando el desquicio de las demás estructuras sociales. Por lo demás, en el libro de Ortega quedaba aclarado, desde las primeras páginas, lo que el autor llamaba masas, saliendo al paso de que por tales no había de entenderse "sólo ni principalmente las masas obreras", sino "el conjunto de personas no especialmente calificadas" (es decir, lo contrario de las minorías, "individuos o grupos de individuos especialmente cualificados").

Persistan o no inextirpablemente semejantes equívocos, lo cierto es que releído a la luz de recientes experiencias, *La rebelión de las masas* se nos aparece aureolado con un profetismo impresionante. Todas las demás interpretaciones que, a lo largo de los años posteriores, fueron tejiéndose sobre el mismo tema se limitan a paráfrasis y variaciones, sin mayores novedades. Tal el caso de una de las últimas, *La era de las masas y el declinar de la civilización*, por Henri de Man —a quien, por cierto, no es posible citar sin algunas reservas, dada la actitud de este escritor belga durante la última guerra europea. Únicamente, como punto de partida para otras reflexiones, nos interesa acotar este párrafo de su libro donde parece llegarse a cierta justificación fatalista del fenómeno de las masas.

"Desde el punto de vista tecnológico —escribe Henri de Man— la masa es el producto de la mecanización; desde el económico, de la standardización; desde el sociológico, del amontonamiento; y desde el punto de vista político, el producto de la democracia".

¿Puede ser cierto esto último? ¿Acaso la "civilización de masas" —si es que puede llamarse efectivamente civilización— es la consecuencia última y fatal de la democracia, cuyo espíritu niega, según hemos de ver? Recordemos que precisamente en sus orígenes la democracia fué todo lo contrario del totalitarismo, del colectivismo compulsivo en que parece haber degenerado. Fué el triunfo del liberalismo individualista, cuyos orígenes van más allá de Rousseau y de Locke, más atrás del cristianismo, se remontan hasta Aristóteles. ("La base del Estado democrático es la libertad. El hombre no debe ser gobernado por nadie, de ser posible, y si no lo fuera, debe gobernar y ser gobernado a su vez; así se contribuye a la libertad basada en la igualdad". *Política,* VI, I.) Pero si partimos de un documento canónico, con alcance trascendental, la Declaración de 1879, veremos que allí, hasta en el título, se anteponen los Derechos del Hombre a los del Ciudadano, apoyando éstos en lo más irreductible del hombre en cuanto persona, y reconociendo, en uno de los primeros términos, su "derecho de resistencia a la opresión". La tesis de esta democracia individualista se hace más explícita aún muchos años después, en la Declaración Universal de los Derechos del Hombre dada por la U. N. en 1948, al mencionar la fe de los países firmantes "en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y el valor de la persona humana". No obstante, atendiendo a los hechos desnudos más que a los deseos programáticos, ¿cómo ignorar que esos derechos son vulnerados y desconocidos con demasiada frecuencia por los Estados que siguen llamándose democráticos, en las sociedades de masas?

¿No habrá en todo esto un tejido de equívocos que conviene aclarar? ¿No estaremos confundiendo la democracia liberal siglo XIX con la democracia de masas siglo XX? Sepamos, pues, lo que defendemos cuando defendemos la democracia —viene a decir, muy lúcidamente, Edward Hallet Carr (*La nueva sociedad*). Y añade: "De la concepción de la democracia como una selecta sociedad de individuos libres, que gozan de iguales derechos y eligen periódicamente un pequeño número de iguales para el manejo de los asuntos públicos, que deliberan y deciden racionalmente el camino por seguir (suponiéndose probable que el camino preferido por la mayo-

ría sea el más racional), hemos pasado a la realidad actual de la democracia de masas". ¿Y qué significa esta democracia? No otra cosa sino la negación más rotunda de aquellos tres principios —individualista, optimista y racional— en que precisamente se cimentaba la democracia de los Derechos del Hombre.

¿Podremos, pues, seguir llamándola todavía democracia? Democracia valía tanto como liberalismo. El liberalismo era la esencia de la democracia. Y a su vez la esencia del liberalismo radicaba en el respeto de la persona (digamos simplemente, puesto que "humana" en este caso es un pleonasmo), en el reconocimiento de las minorías, en la libérrima facultad de discrepancia u oposición. Liberalismo es poder compartido o alternado, no monopolizado por ningún grupo o secta social, económica o confesional. Liberalismo y democracia auténtica son términos correlativos e indisolubles. Se dirá que todo es obvio. Sin embargo, las confusiones pululan. Sólo así se explica que sin mayor escándalo de nadie los países satélites de la U.R.S.S., comunizados violentamente, tengan el cinismo de apellidarse "democracias populares".

Se argüirá que la democracia —sin especificar de qué democracia se trata— es *tabú*, mientras que el liberalismo tiene, desde hace años, "mala prensa", y que es difícil su rehabilitación. Naturalmente, como que proviene de una época de civilización individualista, tolerante, ejemplar, hoy casi inverosímil. Con cierto aire nostálgico escribía ya Ortega en 1930, en *La rebelión de las masas*: "El liberalismo es la suprema generosidad: es el derecho que la mayoría otorga a las minorías, y es, por tanto, el más noble grito que ha sonado en el planeta. ¡Convivir con el enemigo! ¡Gobernar con la oposición! ¿No empieza a ser ya incomprensible semejante ternura?"

Sucede, en puridad, que cada vez se entiende menos por democracia el gobierno compartido y se propende a identificarla con una clase determinada, viciándose y limitándose así el recto sentido de la palabra "pueblo", que no designa en especial a ningún sector, sino a la suma de todos ellos. Por otra parte, sea una u otra clase la que se instale en el poder, aquélla tiende a identificarse abusivamente con el Estado, y éste crece sin mesura, invade todos los dominios, y por consiguiente, contribuye a desliberalizar hasta las más reputadas democracias. Pero el liberalismo democrático está en el polo opuesto de cualquier intervencionismo, de toda estatización, a no ser la que se presente bajo la forma de planificación racional y en sectores muy limitados. Sucede así que la democracia hoy más

común, la que se ha olvidado del principio liberal, está siempre amenazada de convertirse en dictadura. No es un descubrimiento último. Está anticipado en cierto pasaje de *La República* de Platón.

He ahí por dónde, imprevistamente, las democracias de masas que fomentan el caudillismo y el mesianismo, que tienden a las idolatrías personales o a los fetichismos de clase, resucitan el absolutismo; retornan al poder personal que ya las monarquías constitucionales de tipo liberal habían abolido. Los reyes de derecho divino son ahora los dictadores que dividen a sus súbditos en justos y réprobos, dispensan dádivas o castigos y les acostumbran a obtenerlo todo no como una justicia sino como una gracia. He aquí por dónde la parábola se cierra y el final coincide geométricamente con el principio. ¡Progresos de la humanidad!

No es difícil prever las ironías y argumentos, de signo contrario. El más presumible lleva en circulación varios lustros. Consiste en disociar artificiosamente democracia y liberalismo, en afirmar que la primera —según hicieron los idólatras de la revolución francesa y hacen los de la revolución rusa— se acepta o se rechaza en bloque; y que defender lo segundo, el liberalismo, es incurrir en ademanes anacrónicos. Pero ello se debe, entre otras cosas, a que el liberalismo ha llegado a entenderse falsamente como sinónimo de debilidad, como negación de autoridad, viéndole así en condiciones de ser devorado por el enemigo totalitario. Sin contagiarse de sus sistemas, pero aprovechando las enseñanzas, ¿no le bastaría al liberalismo desenvolver su fuerza ínsita para que el concepto y el hecho recobraran su virtud operante?

Hay, sin embargo, otra objeción de más bulto: estriba en afirmar que el Estado liberal ofrece al pueblo sólo un simulacro, un espejismo de libertad, puesto que no se le brinda en bandeja, y a la vez, la igualdad económica. Con ello parece querer deducirse que lo inverso es cierto; esto es, que la supresión de la libertad política proporciona mágicamente la libertad económica. De modo inverosímil esta especie ha producido tales estragos que suele aceptarse como un artículo de fe hasta por los más insospechables de claudicación mental. Lo ejemplifica muy bien Salvador de Madariaga, en la primera página de su último libro, *Entre la angustia y la libertad*. "Hoy en día —dijo el profesor— al hombre corriente lo que le preocupa no es la libertad, sino los huevos fritos. Lo dijo en un tono que no dejaba lugar a dudas sobre su actitud: desde luego de acuerdo con el hombre corriente. Yo le repliqué: La cura para esa

enfermedad es un período de diez años en la cárcel con huevos fritos todos los días".

Esa falsa disyuntiva entre el pan y la libertad, que excluye en definitiva ambos términos, tiene una ilustre tradición literaria: fué expuesta magistralmente por Dostoiewsky en unas páginas de *Los hermanos Karamázov,* en la parábola del Gran Inquisidor, que ya he citado otra vez. El Gran Inquisidor se jacta ante Cristo —reaparecido en una procesión sevillana— de haber suprimido la libertad a los hombres, ofreciéndoles en vez de la incertidumbre y el sufrimiento una organización terrena y autoritaria del universo. "Nos mirarán con asombro y para ellos seremos como dioses, porque estamos dispuestos a arrostrar la libertad que habrán encontrado tan horrible, y a mandarlos —tal es el horror que sentirán de saberse libres . . . No hay creencia que les dé pan mientras sean libres. Terminarán por dejar su libertad a nuestros pies, diciéndonos: "Haced de nosotros vuestros esclavos, pero dadnos de comer".

Intentando la embestida por otros flancos se dice que la libertad es algo abstracto. Supongamos que así sea: también formuladas sin referencia precisa son abstractas otras ideas —"patria", "independencia", etc.— por las que han luchado históricamente y luchan los hombres bajo todos los climas. Se concluye que la idea de libertad es sentida por muy pocas gentes, que es patrimonio de los muy evolucionados. Sin embargo, el grito más espontáneo, e irreprimible, más clamoroso, repetido en la Plaza de Mayo el 23 de septiembre, se articuló unánimemente en estas tres sílabas: Libertad. Además, cuando se piensa, cuando se dice libertad, no se entiende nada abstracto, sino algo muy concreto, tangible y cotidiano. Se entiende libertades de ideas y creencias, del pensamiento y su expresión; libertades de la persona, de la sociedad y del Estado en sus múltiples expresiones; en suma, no sólo las cuatro libertades cardinales enumeradas por Roosevelt, sino muchas más.

La cínica negación de Lenin —"¡Libertad! ¿Para qué?"— hecha ante don Fernando de los Ríos en 1921, recogida luego sin escrúpulos por liberticidas de todos los climas y colores, traduce ya o anticipa sustancialmente lo que había de ser su régimen. Porque si la libertad no puede reducirse a una "infraestructura" según la cosmología marxista, tampoco cabe suplantarla mediante la mitificación de una clase atribuyéndale el papel utópico de libertador colectivo. Del mismo modo, por supuesto, son inadmisibles otros seudomitos de elaboración más reciente como, por ejemplo, el de los

tecnócratas, ni ninguna transferencia de poderes y libertades en favor de una clase o un sector social que pretenda arrogarse la libertad inalienable de cada uno.

Las sociedades, en suma, no deben necesitar líderes redentores que en realidad sólo tienden a esclavizarlas, ni salvadores o restauradores que luego acaban por presidir sus ruinas. Urgiría promulgar una especie de cartilla del anticesarismo (ya que para este menester no surgen entidades internacionales proclamando Cartas con mayúscula) que mostrara la falsedad, la inanidad, la bellaquería de los "slogans" totalitarios. En el plano cotidiano de la política, importaría identificar de una vez este término con aquel de que nunca debería disociarse, con la moral, equivalente de justicia y consiguiente de libertad. Acábese, pues, con la inmoralidad del realismo, de la *realpolitik*, cuya verdadera traducción —según se vió en la historia del nazismo— es cinismo, befa, escarnio de todos los principios.

Frente a los estragos de la propaganda totalitaria sistemática, frente a todos los riesgos del "bourrage de crânes", Tchakhotine propone la necesidad de crear resguardos, desarrollando en los mecanismos sociales, según existen en los individuos, "mecanismos de autodefensa", de "inmunización psíquica". Para ello, cabe apelar tanto a medios directos —la contrapropaganda—, como a medios directos —la educación de las masas. Sin duda, el segundo es de resultados más lentos, pero también más permanentes y seguros, puesto que los recursos de tipo emocional pueden dar efectos cambiantes. Pero en cualquier caso, la meta prevista, el objetivo último, no puede variar. Es la negación del paso a cualquier mito social, a toda idolatría personal, a todo endiosamiento colectivo, susceptible de originar desviaciones emocionales, aberraciones dictatoriales. En suma: contra el gregarismo, reafirmación de la persona; contra la fanatización obtusa de los espíritus, desfanatización lúcida.

Hace pocos años, discutiendo amistosamente con Julián Marías un tema muy concreto, la falta de libertad intelectual en España (pero ésta sería otra historia, otra larga y penosa historia) y la tendencia de ese compañero a minimizar lo político, adjudicándole muy poca importancia frente a otras fuerzas que reobran sobre el

cuerpo general de un país, hube de replicar [1]: ¡Qué más quisiera yo, qué más quisiéramos todos que así fuera, que nada viniera a contradecirnos en el hecho de que "lo primero, decisivo y más importante no es la política!" Pero ¿acaso no sucede —contra nuestra voluntad— que mi vida, tanto como la de Julián Marías y la de muchos otros que aplicaron sus potencias fundamentales a cosas muy distintas de la política, no han sido, desde hace más de tres lustros, influídas, deformadas, zarandeadas por esa nefanda "política", por la extensión insoslayable de sus efectos? Hoy, mal que nos pese, y mucho más que hace siglo y medio, alcanza dramática, inexorable vigencia la réplica de Napoleón a Goethe: "La política es el Destino".

He ahí, sin más explicaciones, el motivo de por qué alguien como yo, cuyos temas y preferencias más antiguas y habituales se dirigen a otros horizontes, incurre ahora en consideraciones como las de estas páginas. En un momento u otro todos estamos obligados a reflexionar sobre ciertos problemas ideológicos, ciertas cuestiones públicas, que debieran ser estrictamente privativas de los correspondientes especialistas. Mas sucede que estemos donde estemos, vengamos de donde vengamos, la desazonante realidad política nos alcanza y nos sacude, penetrando insidiosamente en nuestras vidas y conciencias. Luego si tales sacudidas no respetan ninguna intimidad, ¿por qué hemos de respetar nosotros ningún acantonamiento?

Por último, perspectivas que a lo largo de estas páginas sólo quedan bosquejadas, tal vez puedan alcanzar en otros, mejores conocedores de la realidad argentina y americana, más explícitos desarrollos. Hispanoamérica no debería limitarse a rumiar nociones sobrepasadas; debe anticiparse a crear otras nuevas, tiene la obligación de inventar. Si la Europa federal donde los Estados particulares recorten sus alas y donde aflore definitivamente la libertad sigue siendo aún una utopía, quizá a América, por su parte, le está reservado dar cumplimiento al sueño de uno de sus héroes, a este voto de Bolívar: "Crear una Santa Alianza de la Libertad contra la Santa Alianza de los déspotas".

GUILLERMO DE TORRE

[1] Véase mi ensayo "Hacia una reconquista de la libertad intelectual", en *La Torre*, Nº 3, julio-septiembre 1953, Puerto Rico.

¿QUÉ HACER?

La impresión —y la expresión— unánime es esta: "Parece un sueño". Parece un sueño la fangosa vicisitud padecida durante doce años; parece un sueño la venturosa vigilia recobrada en un minuto. Por Dios, no nos demoremos demasiado en éxtasis calderonianos; pasemos a la realidad.

Sí; ha sido —bastantemente— un sueño, al menos un semisueño, bien aflictivo, mechado de una pesadilla a veces atroz, esa experiencia de doce años. Pero, sueño ¿de qué? ¿Qué es lo que estaba dormido o semidormido en ese lapso? ¿No ha sido un sueño que venía de mucho antes, y una pesadilla incrustada en ese sueño?

Si los acontecimientos de esos doce años no nos hubieran sorprendido dormidos ¿hubiesen podido producirse esas cosas que hoy nos parecen una pesadilla aberrante, si las juzgamos a la luz de lo que siempre habíamos supuesto la buena tradición y el carácter argentinos?

Sí; ahora hemos despertado; presumimos y queremos que este nuevo estado sea una verdadera vigilia. Pero, vigilia ¿de qué, para qué, hacia qué rumbo deberán abrirse los ojos —es claro, después de haber "realizado" totalmente, la magnitud real y la magnitud virtual (acaso más importante que la real) de la pesadilla superada?

Para todas estas preguntas yo tengo "mis" respuestas. Subrayo el posesivo para significar: a) que aun cuando las supongo coincidentes con las que podrían dar muchísimos otros, yo puedo extraer las mías, no de las inspiraciones de este momento de inspiración general, sino de tres o cuatro obras que he publicado durante el ominoso lapso, y que —por supuesto, es decir, por su tema y por su autor— no han podido merecer mucha atención; b) que descuento en mis respuestas el máximo de falibilidad; y c) que no comprometo a nadie ni a nada con ellas.

Esos libros, eminentemente revisibles, que no serían dignos de reedición sin serios retoques, y que me han permitido comprobar que, en nuestro mundo cultural, a falta de críticos buenos son amigos para que el escritor no perezca de irresonancias absolutas; esos libros que he escrito renunciando, con cierta voluntad de ascesis, a la "literatura" que me tienta sobre todas las cosas, fueron: *De la estructura mediterránea argentina* (1947); *Teoría de la ciudad argentina* (1952); *Confines de Occidente* (1954), y *Constitución y Re-*

volución (primera parte de una obra sobre el pensamiento político de Alberdi, lanzada exactamente el 16 de junio de 1955, la fecha limítrofe de esta nueva etapa del destino argentino). Me importa recordar los títulos, porque en ellos va anticipada mi modesta respuesta a las esenciales preguntas planteadas.

Lo que he querido —y no sé si he conseguido, porque nadie me lo ha testimoniado— es postular que, en mi entender, todo lo que pasaba hasta ese momento en el país, salvo naturalmente los accidentes de persona, tenía que ver con el problema de la constitución "fundamental" del país. Teníamos, desde 1853, una Constitución ejemplar en el mundo, con mucho de bueno y bastante de peligroso. Con lo que ella contenía de bueno se ha logrado todo lo bueno que podría reconocerse hoy en el país; pero también lo contrario. Al amparo de las excelencias (para emplear la terminología de Alberdi, pero en un sentido diferente) de la constitución nominal de 1853, y a favor de una jurisprudencia política y judicial muy deliberada, se ha venido obrando en el país una constitución real, esto es una estructuración de los elementos materiales, económicos e institucionales, que infaliblemente debía desembocar en una considerable frustración de la otra. La Constitución quería "la nacionalización" del país, entendiendo por eso dos cosas esenciales: la integración de la comunidad argentina, y la extraversión de la vida nacional; o en otras palabras, la desprovincialización y la mundialización de la existencia argentina; para lo cual agenciaba al estado dos formidables palancas, la centralización y el ejecutivo fuerte. La jurisprudencia política ha hecho de la centralización la mera absorción; y del ejecutivo fuerte un presidencialismo ensoberbecido e impaciente. La experiencia de los últimos doce años ha llevado este proceso a las últimas deformaciones teratológicas, y si ha podido "cumplirse" con tan increíble facilidad es porque pudo infiltrarse por las vías institucionales predispuestas por la dicha jurisprudencia. Una constitución feliz resultó al fin, por esa vía, el relevo de la conciencia constitucional argentina. La constitución nominal del país ha acabado devorada por la constitución real —estructural— del país. Después de 100 años puede tenerse la impresión de estarse de nuevo en el principio; pero, es claro, este principio está ahora 100 años después.

Presumo en nuestra presente revolución la tercera revolución constitucional argentina; (la primera fué la de Mayo; la segunda, la del 52); la veo tan importante como las dos primeras (y tan susceptible como ellas de escamoteos, próximos y lejanos, por los mis-

mos intereses parciales que ahora parecen apuntalarla) desde el punto de vista de los compromisos que plantea a la conciencia constitucional argentina, que ahora, después de 100 años de euforias centralizadoras, de dos guerras mundiales, de espasmos autoritarios, de afloramiento de "la cuestión social" con características propias, y de fracaso, tal vez consiguiente a eso, de los partidos políticos, debe trazar sus esquemas sobre una realidad infinitamente más compleja y amplia que la de hace cien años. De nuevo la tarea vuelve a ser constitucional, pero en la nueva etapa la mayor parte de la voluntad constructiva tendrá que orientarse según un sentido bastante opuesto al que rigió la etapa que acaba de cerrarse. Si en ésta la mayor parte de la voluntad constitucional miraba y anhelaba hacia afuera, la de la nueva etapa tendrá que mirar y anhelar principalmente hacia adentro. Como hace cien años, el peor enemigo del país no está afuera, está adentro; y es mil veces más peligroso que el de hace un siglo, porque ya no se llama "desierto" o caudillismo feudal, ahora tienen el nombre de Suma de potestades centralizadas, de superconcentraciones urbanas a costa de campañas empobrecidas, de las inseguridades de una naciente industrialización, de una obnubilación de la verdadera conciencia constitucional argentina en la mayoría de los dirigentes políticos.

No mirar esta revolución a esa luz sería ponerla en peligro de no alcanzar sus trascendencias realmente revolucionarias por la peor de las fallas del espíritu político, la falla de la conciencia constitucional, esto es la conciencia de la realidad histórica y de la gran finalidad orgánica sobreentendida con la palabra integración. En la misma medida en que la centralización, como instrumento de organización, se ha visto burlada por la mera absorción, la integración ha sido eludida por la mera unificación. Todo el sistema de leyes de unificación nacional —por ejemplo, en materias fiscales— ilustra acabadamente esta grosera desviación de la intención constitucional a favor de un burdo apetito gubernativo.

La integración implica naturalmente una gran parte de desprendimiento o concesión de lo plural concreto a favor de lo Único virtual; pero debe implicar también una parte mayor de reserva de sí mismo, de propiedad de la propia riqueza, de responsabilidad del propio destino, de la autonomía. La polarización de la conducta constitucional durante un siglo, en el primer sentido, en el sentido de las concesiones o allanamientos particulares concretos a favor de lo general abstracto, ha terminado haciendo de lo general abstracto

lo único real y positivo, y reduciendo lo plural y concreto a un máximo de virtualización casi límbica. Lo más difícil de aprehender en la realidad —político-social— del país es la realidad de fondo, tan virtualizada está bajo los infinitos velos de la superrealidad de forma y superficie con que la conciencia —buena y mala— o la inconciencia —angélica o elusiva— política se ha querido disimular "algo" que está allá, en esa realidad de fondo, y que desde luego ya no podría reconocerse con los nombres empleados por los pensadores de las dos primeras grandes revoluciones: espantosas distancias, desasociación, desierto, el terreno es la peste, etc.

Así, cuando hoy la conciencia revolucionaria sana y lúcida propugna como el primero de los imperativos históricos un volvamos a la realidad (mejor, pasemos a la realidad, porque nunca hemos estado verdaderamente en ella), la consigna nos proyecta sobre un programa de acción, intelectual y positiva, que excede inmensamente a lo que hemos visto que constituían los programas de los partidos políticos desde hace ochenta años. Esos programas, que nunca hemos visto que trascendieran las etapas preelectorales y proselitistas en concepciones orgánicas sistemáticas por encima de meros intereses de partido, bien podría decirse que han resultado siempre más partidistas que políticos, entendiendo por esto que han apuntado siempre más a la conquista del gobierno que a la constitución (nominal y real) del país. A consecuencias de esta desviación de la puntería, la dialéctica del substracto ha birlado la historia a la dialéctica de los programas de partido incapaces de trascender la instancia preelectoral.

Naturalmente, el problema inscrito en el planteamiento (tan sumario) que precede, es sumamente difícil y si pide lucideces fundamentales no ha de resolverse de la noche a la mañana. Pero la constitución de un país comienza en la conciencia y la voluntad constitucional. Es de aquí de donde, a mi juicio, debe empezar el programa. En este punto la cuestión tiene un carácter esencialmente cultural, y compromete tanto al estadista y el filósofo como al mero "escritor". Proyectándose cada uno sobre la parte que le toca no podrá dejar de encontrarse con los otros en el vértice de comunión capital de la conciencia constitucional o de integración. Cuando el afán es llevado en profundidad, la libertad de cada uno conduce mejor que ningún otro camino a la comunión de todos. Nada separa tanto a los hombres como la superficialidad. La única dirección lícitamente exigible —desde afuera y desde adentro de uno mismo— es el compromiso de profundidad, esto es de seriedad, sinceridad y hones-

tidad. Subrayo que estoy hablando de la conciencia y la voluntad constitucional, o sea de cosas bien temporales, terrenas e inmediatas, de cosas del orden de la existencia colectiva y empírica de nuestro país; y si descuento un vértice de confluencia común en los afanes tomados en profundidad, es porque creo que tomadas las cosas de ese orden en profundidad todos los caminos conducen a la asunción de una conciencia histórica, y la conciencia histórica nunca es otra cosa que la conciencia de la unanimidad del destino colectivo y del compromiso que a cada uno cabe en esta ubicación indeclinable. De esta manera vengo a decir que esa necesidad de una conciencia y voluntad de integración —o constitucional— que entreveo como el imperativo dominante de los afanes de la cultura argentina, no constituye para mí un mero desiderátum ético y teórico, digno como el que más de comprometer enrolamientos de la inteligencia argentina, cualquiera sea el bastión que se elija, sino una exigencia histórica forzosa e inexcusable, que corresponde al estado presente del desenvolvimiento dialéctico del destino nacional. No es cosa optativa; asumirla es ponerse simplemente a la altura de la historia, a mente lúcida, situarse en el tiempo que nos atañe. El espíritu auténtico —en el orden que nos ocupa— se prueba en esa asunción; siempre resulta que el espíritu auténtico es el que da el sentido a la marcha de la historia, pero el sentido que le da resulta al fin el sentido que asume; envuelve lúcidas intenciones y cosas dadas, es tanto proyecto como tradición esencial. No hay otra historia que la historia del espíritu que se da cuenta de a dónde quiere ir y de dónde viene la historia. Digo que la cuestión compromete en masa a toda esa categoría humana situada en el plano de los problemas de la cultura. Pero es claro que no cometo la —a esta altura de las cosas, imperdonable— torpeza de reclamar con ello un enrolamiento unánime de todo hombre de letras tras una causa dirigida, según un criterio dogmático preredactado, por una autoridad dada e imbuída de ínfulas simplemente jerárquicas. Al pensador y el escritor puros debe dejárselos totalmente libres, sobre todo porque en general no son capaces de entender ciertos problemas temporales de primera importancia para la razón constitucional, o porque si son capaces de entenderlos no tienen ningún interés en éstos. No les atañen esencialmente. En toda comunidad regida por los designios divinos, es decir libres, siempre habrá dos categorías de escritores: los designados a las antologías y los designados a la fosa común. Los designados ad majorem Dei gloriam y los designados a los trabajos y los días. La coerción que

pueda intentarse sobre ellos para enderezarlos en sentidos presupuestos no puede dejar de ser criminal; equivale a una esterilización biológica; a título de utilización comienza por ser inutilizadora. Hasta el presente la única fuente de la eficacia social ha sido la vocación personal, en estas esferas. Y las vocaciones, que son la polarización natural, es decir libre, de los temperamentos, forman parte de los misterios de la creación cósmica.

Por eso, cuando digo que el problema compromete también a los escritores, pienso en los escritores que son naturalmente capaces de interesarse en el problema, y señalo la dirección en que a mi ver deben intensificar sus preocupaciones. Nuestros escritores "sociales" no han mostrado hasta ahora comprender del todo la singularidad del fenómeno social argentino —como la comprendieron en su tiempo todos los grandes escritores argentinos del siglo pasado, Echeverría, Sarmiento, Hernández, para quienes lo social se proyectaba directamente sobre lo constitucional. Todavía —o nuevamente ahora— la cuestión social argentina es una cuestión constitucional, donde quiera que se la tome: en la ciudad (hoy con más habitantes que la campaña, a diferencia de hace un siglo), en la campaña (con una economía y sociología problematizada por la fuerza de succión de la ciudad metropolizada o industrializada), en los núcleos sociales (con tensiones conglomerativas muy diferentes, por su heterogeneidad, por la introducción del deber de organización, por la artificiosidad misma de los nuevos nucleamientos, etcétera).

Lo mismo que en la gran etapa preconstitucional, en la presente es indispensable que el afán argentino se concentre sobre el espíritu de busca auténtica y la voluntad de autoposesión.

No podría yo expresar mejor lo que deseo expresar, que remitiéndome al mito más propio del espíritu argentino creador.

Durante un siglo, el espíritu creador argentino ha mimado un mito masculino muy particular; cunde poco después de 1830; su primera manifestación es, creo, el poema de Echeverría significativamente titulado "Lara, o la partida". Por esa puerta entra en la escena de la fantasía poética argentina el mito del hombre que parte... Del hombre que parte como "proscrito", como "peregrino". Como proscrito, es decir, como hombre que ha quedado sin patria, y —quiere la pasión romántica— no podrá encontrarla en otro lugar; como peregrino, esto es como vagabundo de una fe (sólo que sin aras ni santos sepulcros) o un ideal (sólo que sin ninguna relación con el camino tomado). Lo propio de aquel viaje y

aquella aventura es que tienen por finalidad, conciente o inconciente, volver al punto de partida. El fin está al principio. Este mito argentino del héroe o el prototipo que sale con el objeto de volver, cuaja y rige —hay que subrayarlo— durante el período de la tiranía de Rosas, o sea, según las estimaciones consagradas, cuando el turno político social está concedido en la vida de la nación a "la barbarie" (que significa estado preconstitucional); así, la concepción del personaje que parte como proscrito, o peregrino de una fe y un ideal que sólo el retorno justifica, alegoriza sin duda el trance del espíritu —"la civilización"— que se siente excluído de la vida nacional y sueña con una retoma del suelo perdido en la alternativa histórica. Los grandes espíritus argentinos —Sarmiento, Gutiérrez, Mitre, Paz, cien otros, y virtualmente al frente de ellos Alberdi, que continuará en el extranjero, pero se hará presente con la obra catalítica—, esos grandes espíritus, regresando al país a la caída de la tiranía, y apoderándose de él en la única forma en que en el espíritu puede apropiarse de un país: mediante una constitución, cierran la parábola del mito romántico del hombre que se va nada más que para poder volver, que se va como desposeído para volver como poseedor.

Acaso de alguna manera podría pensarse la sanción constitucional de 1853 como el acto formal en que se pasaba de un vagabundo idealismo romántico a un aprehensivo positivismo. Pero desde ese momento, y pese a frecuentes desafinaciones, el tono primordial de la vida política argentina se corre de lo "natural", por así decir, a lo cultural. ¿Qué, ahora, del mito del héroe que ha partido rumbo al regreso, y está ya de vuelta? ¿No era quizá sino una alegoría retórica militante, destinada a perder vigencia tan pronto como desaparecieran los motivos, temporalísimos, de la lucha preconstitucional? ¿No lo sorprendemos todavía vivo y palpitante, encumbrado a una sublimación muy especial, en ese arquetipo absoluto de "Martín Fierro", que cuaja veinte años después y sigue hoy, a casi un siglo de distancia, desahogando una necesidad de comunión unánime del pueblo argentino? Aunque enredado a un poema en dos partes, la segunda de las cuales habla precisamente de la "vuelta", el gaucho prototipal en realidad no vuelve, sigue yéndose, aún a su vuelta, en una sutil levitación indefinida y ahistórica. Es aún, dentro de su propia patria, una especie de proscrito, de peregrino doméstico y nostálgico, pero sin verdadera voluntad de retomas. Si puede llamársele héroe, es héroe en retirada; un escritor le juzga el antihéroe. ¿El héroe quizá simplemente mítico? Debemos preguntarnos si en ese

prototipo entrañable del gaucho en retirada, el espíritu argentino no alegoriza un propio desencuentro dentro de una realidad constitucional que no ha alcanzado todavía su integración íntima. ¿O tal vez, más profunda e inconfesadamente, su necesidad de descargarse del inevitable dechado gauchesco, así como antes se había descargado del dechado iluminista del proscrito peregrino, pasando a otra concepción que, como la de hace cien años, signifique un verdadero retorno a una toma de posesión esencial —esto es, integral, integradora— de la realidad nacional?

Todos los mitos argentinos son históricos; y hasta hoy, rigurosamente constitucionales. Por la vía misma de los mitos vigentes, la hora está conjurando a todos a una tarea que proyecta directa o inmediatamente sobre el problema de nuestra constitución integral.

BERNARDO CANAL-FEIJÓO

APELACIÓN A LA CONCIENCIA

AUNQUE las circunstancias de la república hayan cambiado mucho con el correr de los años, los problemas fundamentales a dilucidar en el país son ya viejos, hace ya demasiado tiempo que están en pie. Esto, creo, todo el mundo lo acepta o lo sabe, quizá intuyéndolo, quizá deduciéndolo de premisas conocidas y comunes. Y hasta debe decirse que aun cuando hayan cambiado esas circunstancias, ello mismo ha ocurrido no tanto porque nosotros nos hayamos movido sino más bien porque se han movido los demás, porque otros han actuado —han trabajado y han pensado— a nuestro alrededor, en el vasto siglo XX. Hablamos de las circunstancias externas que —fuera y dentro de nuestras fronteras— son las que han cambiado. Y hablamos de los problemas que permanecen en medio de ese mudable y mudado decorado como de un fondo intocado al que sin embargo debemos recurrir, como de una *ultima ratio*, cada vez que nos sentimos precisados, forzados a encontrar la explicación de ciertos acontecimientos.

Estos acontecimientos a explicar pueden llamarse de muchas maneras. Sarmiento los personificó en Facundo y los llamó Barbarie. No importa. Ellos vuelven a aparecer de vez en vez, bastante ter-

cos, porque denotan la persistencia de lo que no ha cambiado en medio de tantas otras cosas que lo han hecho. A la Barbarie tampoco se la mata. Y esto, aunque ya lo sabía Alberdi, puede ser olvidado.

Dijo este último, en sus *Estudios económicos*, que "la América del Sud está ocupada por pueblos pobres que habitan suelo rico, al revés de la Europa, ocupada, en su mayor parte, por pueblos ricos que habitan suelo pobre". E hizo, de acuerdo con esto, la economía política de la pobreza sudamericana, así como Adam Smith había hecho la de la riqueza europea. De este modo ya señalaba él algo de lo que no ha cambiado en el país; algo de ese fondo de problemas no removidos; algo de esa *última ratio* explicativa. Si el Alberdi de estos escritos póstumos, a tantos años de distancia, conserva el poder de asombrarnos con la clarividencia y el acero de sus frases tajantes, no es sino porque existe un fondo de problemas no resueltos, una especie de Argentina profunda no aplacada cuyo rostro él ya vió, y que subsiste. Su economía política de la pobreza, que elaboró para analizarla, se le apareció desde el principio como una ciencia de la enfermedad, no de la salud; como una medicina. La Barbarie no se mata: se cura —venía a decirnos.

Al lado de esta Argentina profunda, subsistente, lo que ha cambiado —las circunstancias, el decorado histórico— tampoco es obra nuestra. Otros pueblos han hecho y hacen ese trabajo por nosotros. O mejor: lo que es la vida profunda de esos otros pueblos, su devenir, ha pasado a ser una y otra vez, sucesivamente, nuestro marco, nuestro decorado histórico. Atentos por necesidad a esos cambios, ha sido de rigor para nosotros tratar de entenderlos, obligados a vivir la vida mientras nos sacaban unos trastos viejos de la escena para poner otros nuevos. Esa mera labor de recepción, esa necesidad, ese tener que captar, comprender, asimilar mutaciones no provocadas por nosotros, ha absorbido por lo común nuestros mayores esfuerzos, aunque estar al día haya sido una aspiración también incumplida precisamente por eso, porque los cambios estaban y están dados por una vida ajena, y sólo se comprende con plenitud el hecho propio.

Desde este punto de vista, vivir aquí ha podido llegar a ser algo pasivo. Cuando todo nos es propuesto, desde los utensilios hasta las ideas, ocurre como si algún autor lejano y desconocido se empeñara en hacer representar una obra de género indefinido que nosotros, espectadores forzosos, tuviéramos que escuchar y ver. A veces es

difícil entenderla. En todos los casos se nos hace cuesta arriba pasar de la condición de espectadores a la de actores en esa obra ajena, porque el autor no nos ha tenido en cuenta. Él construye su obra y la hace representar para sí, reservando para nosotros a lo sumo el papel de actores mudos, deslucidos, sin voz. Nos puso primero los bueyes tristes, después las vías férreas, después nos pobló el aire con aviones. No sabemos qué nos pondrá mañana sobre la escena. Sólo conocemos nuestra obligación de acostumbrarnos, ponga lo que ponga, porque no tenemos voz en su representación. Y todo eso que él saca de sí constituye nuestra circunstancia: austrias monopolistas, borbones ilustrados, ingleses y franceses imperiales, yanquis monroeistas. Él nos pone la circunstancia y nos la cambia. Nada menos, pero tampoco nada más.

Así, de alguna manera, somos esa situación, estamos en ella: un núcleo de problemas viejos rodeado de una circunstancia cambiante. La circunstancia es historia y por eso ha cambiado. El núcleo permanece como si fuera algo arrojado a un lado, de extraña persistencia, despojado de devenir. Aunque ese algo no sea más que un punto de referencia, el centro ideal de convergencia de las viejas cuestiones. Y aunque no se trate en realidad de historia por un lado y de antihistoria por el otro, sino más bien de dos historias distintas: una en continuo movimiento, la otra detenida hasta nuevo aviso.

De toda situación nace una conciencia, toda situación tarde o temprano la provoca. La nuestra está escindida, solicitada alternativamente por esas dos historias que sobre ella trabajan y dejan su huella, asomada hacia afuera para escuchar ese gran estrépito de lebreles del mundo en movimiento y replegada después en sí misma para captar el ruido que baja desde la otra vertiente interior, desde la otra historia detenida. Nacida de nuestra situación, ¿en qué raros momentos de su pasado logró unidad? Porque la vemos por lo general inclinada hacia alguna de sus dos direcciones capitales, y así, dividida, la vemos encarnarse en partidos, en clases, en grupos urbanos o del interior. Para poder recomponer trabajosamente estos sus pedazos dispersos, para poder encontrar rastros de su paso ya secular por esta parte de la América del Sur, se hace necesaria entonces una labor de hurgador de tumbas, casi de arqueólogo. Aquí y allá sin embargo, a veces inesperadamente, el rastreador ha de hallar

señales de algún momento más alto. En ellos una conciencia más unida, más única —si bien no menos infeliz y solitaria—, pudo tal vez encarnarse y hablar por ciertas bocas durante un lapso, para ser olvidada después. Lograr una conciencia aquí es en gran medida reconstruirla, desenterrarla. Pero no es fácil el trabajo.

Alguna vez sin embargo, si las circunstancias dan tiempo y lugar para ello, un avezado buscador de oro ha de reescribir la historia argentina desde la perspectiva del desarrollo, de los tropiezos, de los retrocesos y estancamientos de esta conciencia escindida que busca su unidad y encarnación. Fragmentos de esa obra cabal, esparcidos en muchas partes, desatendidos, ya existen, como lúcidos hallazgos de silenciosos lavadores de la arena que pasa. Alguna vez alguien los reunirá. Y eso ha de ayudar.

Lo demás no es pasado, lo demás es creación: arbitrio y libertad de la generación viviente. Toda conciencia es personal y ha de vivir o revivir en alguien para poder hablar, y ha de ser escuchada y comprendida por muchos para no ser olvidada otra vez —al día siguiente, o a la generación siguiente— y para actuar. Porque de eso se trata. La conciencia no es la cenicienta de la casa, ni es del todo inútil para dirigir una acción. Cuando logra encarnarse, la historia cambia. Cuando la conciencia de una situación —no de uno de los factores de la situación— se abre camino, esa situación se transforma.

Decimos creación de la generación viviente, coetánea, de los argentinos de este medio siglo que tenemos por delante, porque ellos son los herederos de una herencia que no quiere quedar vacante y de una herencia que no sólo tiene un haber sino también un debe. Asumirla implica asumir una carga, implica asumir la situación incambiada de que hablábamos. Y decimos arbitrio y libertad porque cada uno de nosotros conserva la facultad de dimitir, de renunciar a la empresa, de reemplazarla con algún subterfugio, tentación que nos acosa por otra parte a cada rato de la mano de la desesperanza.

Una desesperanza y unos subterfugios conocidos porque son del presente y del pasado, hermano el uno del otro. Así, también la generación actual, inmersa en su situación heredada, siente la tentación de repetir las posturas parciales de antaño, el alma dividida. Vive una situación que incluye a todos y que cerca además concretamente al individuo, a uno cualquiera, enturbiándole la vida, porque los ojos de la cara que captan la circunstancia le dicen una

cosa, y el ojo interior del alma, la introspección, le dice otra, le habla a veces de otro mundo posible.

También lo que ocurre en el plano colectivo se repite en el plano individual, en el de la vida concreta de cualquiera. Y viceversa. Porque somos hijos del país, y el país es hechura nuestra, la obra nuestra, y no puede ir más allá de aquel punto que nosotros alcancemos. El malestar del país baja hasta los individuos, y el de los individuos sube y llena toda la república. Por ello analizar al país sirve para conocer a cada cual, y analizar a cada cual sirve para conocer al país.

Es como un método. Por él retrotraemos las cosas hasta el plano de la conciencia de cada uno para contemplar desde allí el panorama entero del país, en ese espejo reflejado. Por él retrotraemos las cosas hasta el plano de la acción. Una conciencia enferma, dividida, produce una acción enferma o labra meros subterfugios de la acción.

Así le sucede a la Argentina, durante largos períodos, como si se retirara a descansar. Sus hijos se olvidan de lo que está entre sus manos, se van a dormir. Una especie de sueño dogmático poblado de imágenes consoladoras cae sobre el territorio. Le dejan el país a las fuerzas cambiantes del mundo, o a los gobernantes, que sabrán conducirlo a puerto, en donde lo encontraremos seguro como siempre al despertar. Si alguien se pone a hablar entonces, nadie lo escucha. Todos duermen.

Esto pudo suceder muchas veces. Pudo ocurrir tal vez en algún momento de los últimos lustros del siglo pasado. La última ola de inmigrantes recién desembarcada estaba cansada del viaje, y entraron en el sueño dogmático. Pero ocurre que es malo confiarse demasiado. Es posible encontrarse al despertar en un mundo distinto, en pleno siglo XX, rodeado de circunstancias cambiadas, no fáciles de comprender. Es mala la actitud del que a los treinta años, por ejemplo, se sigue creyendo un niño, y sigue entregándose plácidamente al descanso nocturno, seguro de que sus padres —que ya han muerto tal vez— velan todavía su sueño en la alta noche. La Argentina, quizá como los árabes, tal vez como los hindúes, los australianos y tantos otros, se despertó sorprendida porque durante la noche de su sueño unos terribles aprendices de brujo, que segura-

mente venían de lejos pero cuya pista ella había perdido, lo estaban cambiando todo, inesperadamente, en medio de feroces cataclismos.

Es claro que para nosotros, como que todavía nos seguimos considerando parte del ámbito ibérico, esta actitud de entrega confiada casi forma parte ya de una segunda naturaleza nuestra. Nos despertamos en ayunas todas las mañanas y para tratar de vislumbrar qué nos depararán los días por venir, si habrá o no habrá una guerra, nos resignamos a leer religiosamente, en la primera plana de los diarios, los cables del exterior.

Después de su sueño dogmático también la conciencia escindida imagina que ha de ser posible para ella trepar de golpe, por ese camino de la entrega confiada, hasta el seno de la historia universal, importar historia. Es uno de sus subterfugios. Ella actúa de esa manera como el médico perplejo ante su enfermo, que sale del paso recomendando un cambio de aire. El enfermo pronto comprueba que no se trata de eso, que vaya a donde vaya a todas partes lleva su mal. Y la Argentina, a la vuelta de cada uno de esos cambios de aire, vuelve a encontrarse con sus temas fundamentales. Ellos, pacientes y tercos, la están esperando en el puerto de Buenos Aires, seguros de volverla a encontrar.

Pero si es imposible importar historia, también sabemos que "ver en toda clase de influencia extranjera un peligro para las repúblicas de la América del Sur es prueba de una ceguedad que puede perjudicar enormemente a los intereses del progreso americano, fuera de ser una injusticia". Lo dijo Alberdi, a quien tantas veces tendremos que volver. Él, que también leía los cables del exterior, sabía hacerlo en función de los problemas argentinos, y sin sueños dogmáticos, como un actor que sabe su papel, pero amigo de introducir una variante propia en la letra, en cada oportunidad, aun a riesgo de modificarle la plana al autor. Él, con la misma actitud de los hombres de mayo, que también esperaban las noticias de las gacetas traídas por las fragatas inglesas, después de Pavón quiere utilizar la presencia del interés extranjero, pero concretamente, para romper el conflicto entre el interés contrapuesto de las provincias y el de Buenos Aires y pasar así del "código del caudillaje" a la constitución.

Si el sueño de la conciencia escindida, dividida, está poblado de imágenes consoladoras, dogmáticas, su acción es una acción en-

ferma, ineficaz, histérica. Podríamos seguir aplicando adjetivos: inestable, por ejemplo. Dividida ella misma en dos caras, su acción se orienta alternativamente hacia alguno de esos dos polos en un movimiento pendular ya clásico. Cuando la conciencia escindida y parcial despierta se lanza a la acción con toda la vehemencia contenida hasta entonces, pero sólo consigue dar un bandazo al barco, sin hacerlo avanzar. A los pocos años reaccionará la otra cara, con la misma vehemencia contenida, para dar el bandazo de relevo. Todo el barco habrá sido conmovido para volver a la postre a su antigua posición, o para avanzar un trecho despreciable en relación con el esfuerzo. Porque los bandazos nada tienen que ver con el movimiento hacia adelante. Son la histeria de la conciencia dividida llevada a la zona de la política, hecha política porque la mueve a pesar de todo, redimiéndola, la nostalgia de un paraíso terreno.

Para denominarlos tenemos en el ámbito ibérico una palabra: pronunciamientos; esas revueltas cíclicas, repentinas y violentas en las que una cara de la conciencia dividida se pronuncia, se vuelve contra la otra. Su repentismo, su inestabilidad, su maldad misma, son el costado negativo ínsito en ellos. La nostalgia que los mueve y tiende a satisfacer su lado positivo, lo que los une y los aproxima, lo que da base a la esperanza de que la división que ellos denotan cese y dé paso a una conciencia unida.

Son violentos. Se mueven entre los cuernos de una vieja alternativa. Podemos llamarlos, si queremos, revoluciones. Pero esta palabra tan terriblemente histórica no es la que conviene. Aplicarla al caso sería secularizarla demasiado. Una revolución, como producto de una conciencia lúcida que estalla, requiere un largo trabajo previo, una incubación de siglos, y no puede convertirse en algo familiar, en el pan de cada día o de cada década.

Además sólo se puede revolucionar algo hecho, de alguna manera construído, previo: una Francia del siglo XVIII por ejemplo. Por eso la única revolución posible entre nosotros es la del nacimiento, demorada a lo largo de los años, inmersa en una situación como la vista. Lo demás debe mirarse desde ese punto de arranque, como revueltas o crisis que lo afirman a veces más, a veces menos, sin modificarlo en lo esencial, y que por un estado de enfermedad de la conciencia se tornan pendulares y violentos. No cabe *otra* revolución en el país, porque la Argentina, ella misma, *es* esa revolución.

Es un desafío permanente, plantado según las apariencias en

medio de circunstancias cambiantes y hostiles; un desafío arrojado en medio de las grandes bestias del mundo. Todo se le opone, pero como se opone el aire al vuelo de la ingenua paloma kantiana. Porque es un desafío plantado frente al mundo, pero también *en* el mundo. Una ruptura, un acto de coraje iniciado hace ya más de un siglo, cuando se pensó la idea de cubrir con una sola bandera una pampa desprovista de fronteras, inconquistada e inabarcable entonces todavía por poco que uno se apartara de la débil huella que llevaba trabajosamente a Córdoba, y con más trabajo aun a Tucumán, a Salta, y sobre el lomo de las cansadas mulas hasta Potosí.

Los últimos y penúltimos acontecimientos no pueden sino hacernos pensar en nuestros orígenes y en nuestro futuro o, como alguien escribió hace pocos días, en nuestros padres. Porque tenemos padres y —del otro lado del mar— abuelos históricos. Nuestros padres dejaron escrito que la Argentina *es* una revolución, el intento de construir una casa nueva, habitable para el hombre, una tormenta desatada en esta parte sur del continente. Dejaron escrito que no es sustancia, sino una acción a partir de un cero y que, por eso, heredarla no es heredar la felicidad sino heredar un riesgo. Conducirla hoy sigue siendo, como entonces, lo mismo que hacerla.

En el momento de la acción la reina es la conciencia. Y en el momento de la acción a partir de un cero la conciencia es historia y creación. Puestos a hablar, decimos estas dos palabras con toda la fuerza que poseen. Apelamos a la conciencia. Y la conciencia apela a su historia y a la creación, a sus orígenes y a su futuro tal como los encuentra, vivos, en su presente.

Para ella, creo, la definición está dada desde sus orígenes. Son ellos quienes mandan, quienes obligan, quienes le dicen que la Argentina *es* futuro.

Debemos admitir sin embargo que el país no ha dado respuesta cabal al desafío contenido en sus comienzos. Entonces se convocó a los "libres del sud" para una revolución, pero pronto el país le hizo la vida imposible y la obligó a marcharse. Su recuerdo perduró a pesar de todo refugiado en la mente de algunos grandes, refugiados en las nubes o en el extranjero. Pero la conciencia de los argentinos, culpable de lesa revolución, vivió desde entonces enferma, dividida, malhumorada. Es para vivir en salud que necesitamos repatriar su espíritu, traerla de las nubes e instalarla en el territorio.

Ya todos nos hemos pronunciado muchas veces. ¿Para cuándo la vuelta, la entrada plena de la gran ausente, de la gran exilada?

ALDO PRIOR

APROXIMACIÓN A CIERTOS PROBLEMAS

En todo momento me invade la cruel preocupación de ver un día a los argentinos divididos. Dios quiera que triunfe en ellos, hoy y a la postre, su esencia, que es vigorosa y viril unidad. No somos gentes de amamantar fraternos resentimientos. Todos hemos seguido siempre, honestos y sinceros, a quien haya salido a la plaza pública movido por un espíritu profundo de justicia. Lo argentino es una plena voluntad de decencia.

EDUARDO MALLEA: *El sayal y la púrpura.*

Con la inquietud vivida por todos los argentinos, seguí las alternativas de la rebelión libertadora. Como todos, en esta ciudad, me hice un poco radiotécnico; aprendí a manejar ondas, bandas, kilociclos, antenas. Primero fué la incertidumbre y la angustia y la impotencia; luego —al proclamarse el triunfo— el alivio, la gratitud.

Fuí a la plaza a recibir a esos hombres que venían de Córdoba. Era cierto que ya estaban aquí; era cierto que habían vencido. Debo confesar que junto al júbilo de la libertad recuperada, habitaba mi ánimo no sé qué indefinible preocupación. Mucha sangre hermana se había derramado; mucha simiente de odio, mucho problema era el saldo que la dictadura nos dejaba. Pero lo menos que nos cabía hacer a los porteños, que nada habíamos hecho, era recibir honrosamente a los hombres que se habían jugado la vida por nuestra dignidad. Y fuí a la plaza y se me contagió la alegría de todos y canté el himno patrio y vivé y agité mi pañuelo.

No sabría decir exactamente cuándo renació la inquietud, pero creo que fué allí mismo, entre la muchedumbre cuya sola presencia

reconquistaba para la historia patria la plaza de Mayo. Mientras, asombrado, escuchaba las palabras presidenciales —palabras y tono de una tal severidad que parecían extranjeros, luego de diez años de general y forzada expatriación—, advertí que no había entre los circunstantes gente del pueblo; no había obreros, o muy pocos. Abundaba, sí, la clase media.

He nacido y me he criado en ese ambiente. Lo conozco bien. Mucho podría decir de la clase media; no precisamente elogioso. Podría hablar de la actitud asumida por la mayor parte de ese sector social bajo el peronismo. Pero no es ahora el caso.

Recordé mi disentimiento radical con muchos "liberales". Recordé frases como: "Éste les está dando muchas alas a los obreros; después no sé cómo se las va a arreglar para pararlos". Después se arregló; ya sabemos cómo. Pero lo cierto es que si un abismo me separaba de la demagogia dictatorial, un abismo no menos profundo me impedía hacer causa común con esa gente. Y allí, en la plaza, empecé a sentir como cosa propia el desamparo en que habían quedado esos ausentes. Explicable desamparo, porque quien debió infundirles una enseñanza que les permitiera luchar por su derecho, se contentó con mantenerlos en un permanente mover la cola y esperar el hueso de la gracia oficial. Acaso les enseñó también que para un peronista no hay nada mejor que otro peronista. Pero no compensa.

Hay quienes suponen remediados todos nuestros males por el heroísmo militar y civil que nos honró en septiembre. Creen que nos es dado volver sin reservas a la Constitución del 53 y retomar en el 43 nuestra historia, como si aquí no hubiera pasado nada. Hay quienes, ajenos a toda historia, sueñan demoler lo hecho y edificar una Argentina "funcional", pacientemente diagramada en sus gabinetes, según los últimos o penúltimos dictados de una inflexible y simplificadora ortodoxia. Aquéllos, sentimentales, se apoyan en la Tradición; lógicos, los otros esgrimen una consigna revolucionaria. A secas, Tradición y Revolución tienen algo de fantasmal, de abstracto. Quizá integradas empiezan a cobrar bulto y color. Quizá la realidad argentina se configura donde Tradición y Revolución se encuentran.

Intentaré señalar algunos problemas que veo o imagino surgidos de esta hora. Si en la ejecución de este propósito aventuro también alguna solución, no debe verse en ello pretensión de certidumbre alguna, sino una busca, una real inquietud por la cosa pública.

Reconozco muy discutibles algunas opiniones que expresaré; mu-

chas, permanecen discutidas aún en mi ánimo. En ciertos planteos asomará quizá alguna contradicción que no he conseguido superar. De todos modos, estas y otras limitaciones deben ser imputadas, no a mi ningún saber, sino a una reflexión, quizá precaria y, sobre todo, a una siempre viva preocupación.

Me llevará esa preocupación a reiterar algún concepto de los que, por muy sabidos, merecen ser repetidos siempre. Válganme, para el caso, las palabras de Echeverría: "... pensamos que nunca está de más repetir las cosas entre nosotros".

Una urgencia se me hace, entre todas, más urgente: asumir el peso de esta última década. Todos, en alguna medida, nos hemos ganado esa carga.

Vencida la tiranía, nuestro lugar está junto a los que con ella se consideran vencidos. No debemos ni podemos prescindir de ellos. No debemos esperar que se acostumbren u olviden (tampoco a nosotros nos conviene olvidar). Reeducarlos, reconquistarlos para la vida cívica es nuestra misión; realizar con ellos lo que ellos esperaron del dictador, nuestro deber ineludible.

A quienes pretendieran negar estos diez años e iniciar simplemente un período antiperonista, podría recordárseles las palabras de Ortega y Gasset: "El que se declara anti-Pedro no hace, traduciendo su actitud a lenguaje positivo, más que declararse partidario de un mundo donde Pedro no existía. Pero esto es precisamente lo que acontecía al mundo cuando aún no había nacido Pedro. El antipedrista, en vez de colocarse después de Pedro, se coloca antes y retrotrae toda la película a la situación pasada, al cabo de la cual está inexorablemente la reaparición de Pedro" (*La rebelión de las masas*).

El Pedro, en nuestro caso, puede no ser el Pedro de marras. No se trata de si es fácil o difícil volver del Paraguay, pero debemos aceptar algo: la dictadura fué engendrada por cierto estado de cosas; mientras éste subsista, el sitial del despotismo permanece vacante.

Perón no es todo el mal. Fué una consecuencia, una hipótesis del mal que lo precedía y ahora lo sucede, porque él no lo remedió. Ese mal no es nuevo en esta tierra y viene siendo proclamado, desde mediados del pasado siglo, en toda Europa. Así lo denunciaba Echeverría en 1837: "¿Pero cuándo nuestros gobiernos, nuestros legisladores se han acordado del pueblo, de los pobres? ... Nada, absolutamente nada han hecho por él y, antes al contrario, parecen haberse propuesto tratarlo como a un enjambre de ilotas o siervos"... "Se ha

proclamado la igualdad y ha reinado la desigualdad más espantosa; se ha gritado libertad y ella sólo ha existido para un cierto número; se han dictado leyes y éstas han protegido al poderoso". (José Ingenieros: *La evolución de las ideas argentinas.*)

Algo se ha hecho ya para remediar ese estado de cosas, pero muy poco y a regañadientes. Se impone hoy una reforma radical. Si no la llevan a cabo los justos, vendrá mañana inscripta en la bandera —roja quizá— de algún siniestro personaje de la aventurería política.

Nuestras instituciones, nuestras leyes se han ocupado predominantemente de lo político. Ya va siendo hora de actualizarlas en lo social.

Nuestra democracia escrita supera a nuestra democracia práctica, señalaba Alberdi en *Bases,* y aportaba algunas soluciones: educación del pueblo, inmigración, constituciones en armonía con el tiempo y las necesidades del momento, gobiernos que secunden la acción de esos medios. Hoy podemos agregar: transformación social, posibilitación de un libre y equitativo acceso a nuestra riqueza.

Nuestros próceres nos legaron una democracia política. Debemos afianzarla, practicarla, perfeccionarla. Sólo lograremos esto último realizando la democracia social.

Pero aquí surge un nuevo peligro: ¿hemos de desembocar, fatalmente, en un socialismo? Nuestra tradición es liberal. Tal vez la solución para nuestros problemas debamos buscarla en la línea de esa tradición.

El socialismo impelido por su temor a las aberraciones del capital (monopolios, explotación) olvida el otro gran peligro: el Estado. Es difícil concebir que en un régimen de fuerte estadización halle cabida la libertad del ciudadano; cuesta admitir que pueda el hombre votar contra el patrón, cuando el patrón es uno solo y, sobre todo, cuando es también el detentador del poder público. En los socialismos nacionales, ligados en parte a una tradición liberal, el peligro no es tan notorio, pero cabe suponer que esté latente. El Estado ha demostrado ser una organización inclinada a un crecimiento ilimitado, de modo que, pese a la buena voluntad de los hombres, cuando se le otorga preponderancia en la vida social el totalitarismo es cuestión de tiempo. En su grado más extremo, ya es el socialismo un sistema totalitario que implica el agravante de no cumplir sus principales objetivos: los privilegiados sólo cambian de nombre: de capitalistas pasan a ser burócratas; el monopolio subsiste,

si no en manos privadas, en las omnipotentes y por eso más temibles del Estado.

Hay en la mayoría de nosotros un vicio o una peculiaridad que nos impulsa a reaccionar por oposiciones y nos veda, en consecuencia, obrar por integración progresista. Durante un siglo y medio, los hombres, avisados de la peligrosidad del Estado, se aplicaron a conjurarla. Nació el liberalismo. Al señalarse el capitalismo como una nueva amenaza para la libertad, lo más sensato era perfeccionar el instrumento político elaborado para hacerlo eficaz en la nueva circunstancia, o, en todo caso, substituirlo por otro que contemplara ambos problemas. No se hizo así. Se decidió que ante el nuevo problema el anterior había dejado de serlo. Más: se lo consideró panacea. Así, ante los primeros síntomas de malestar social, no faltaron quienes diagnosticaran la muerte del liberalismo ni quienes se apresuraran a enterrarlo. Por advertirse que algún engranaje del mecanismo no funcionaba ya satisfactoriamente se lo rechazó en bloque. Hoy es oportuno reconsiderar la cuestión.

El liberalismo tradicional presenta dos aspectos: político y económico. El *laissez faire*, el libre juego de las actividades individuales, actúa en lo económico sobre bienes materiales, finitos y acumulables. Es fácil advertir, pues, que aun en el caso de iniciar todos los hombres su vida económica en igualdad de condiciones, la libertad de los más aptos acabaría por excluir las libertades de los otros. Lo saben los marxistas, que profetizan la acumulación progresiva de riquezas en manos cada vez menos numerosas; lo intuye la sabiduría popular cuando sentencia: "la plata llama a la plata". Esa selección, en la que triunfan los más fuertes, es en la naturaleza, precisamente, lo natural; en el mundo del hombre, que no es sólo naturaleza, es injusto. La injusticia se perpetró a expensas de esa deficiencia del liberalismo y tiende ahora a perpetuarse por la resistencia del privilegio, que a veces simula defender el mismo régimen que desnaturaliza y niega. Por exageración, los socialistas rechazaron todo el liberalismo, sólo parcialmente inoperante; por aprovechamiento o miopía, ciertos liberales —hoy conservadores— pretenden la vigencia de todo el sistema.

Lo cierto es que hoy la libre iniciativa económica sólo tiene sentido para una minoría terrateniente y monopolista. Para el resto ha pasado a ser un enunciado generoso sin contenido real. Un sarcasmo.

En el liberalismo político, la libertad tiene por objeto bienes

espirituales, infinitos, no monopolizables. Las libertades políticas de los hombres, si el Estado se abstiene de toda intervención, no se excluyen, sólo se limitan recíprocamente en su ejercicio. Tal vez en este liberalismo pensaría Ortega:

"La forma que en política ha representado la más alta voluntad de convivencia es la democracia liberal. Ella lleva al extremo la resolución de contar con el prójimo y es prototipo de la *acción indirecta.* El liberalismo es el principio de derecho político según el cual el poder público, no obstante ser omnipotente, se limita a sí mismo y procura, aun a su costa, dejar un hueco en el Estado que él impera para que puedan vivir los que ni piensan ni sienten como él, es decir, como los más fuertes, como la mayoría. El liberalismo —conviene hoy recordar esto— es la suprema generosidad: es el derecho que la mayoría otorga a las minorías y es, por tanto, el más noble grito que ha sonado en el planeta" (*Ob. cit.*).

Hay, pues, un liberalismo caduco: el económico, y uno vigente y eterno: el político.

Si nos atenemos a estas consideraciones, nuestro problema más urgente es dar a la cuestión económico-social una solución que no contradiga los principios de ese liberalismo que políticamente nos informa. Urge reparar la injusticia social sin perderle temor al Estado, principio fundamental del demócrata, como lo es del creyente el temor a Dios.

Lamentablemente, las fracciones en juego, en nuestro medio político, no parecen entender así la cosa. Algún partido liberal que tuvo la visión de actualizar su programa económico-social, muestra en esa misma actualización una desviación lamentable hacia el socialismo. Quizá nos esté haciendo falta una solución original.

Pero no sólo lo económico-social debe ser reordenado. Ha llegado el momento de revisar con espíritu crítico todo nuestro sistema institucional. Aun la democracia política, para perdurar, necesita ajustes y rectificaciones. La democracia, "el grito más noble que ha sonado en el planeta", se arriesga inerme entre múltiples asechanzas. Como toda nobleza, rechaza defensas y previsiones; como toda obra del espíritu humano es vulnerable. Fruto del esfuerzo, necesita del esfuerzo para perdurar. Ya se ha dicho: la democracia no es un mecanismo que funcione por sí, si uno se desentiende de él. Una manera de hacerlo es ceder en su práctica; otra, que atañe al Estado democrático, es permitir que la invoquen y exploten sus enemigos para mejor atacarla: "En nuestros días —ha dicho Salvador de Ma-

dariaga— hemos visto cómo los enemigos más encarnizados del liberalismo, los comunistas y los fascistas, alegan las doctrinas liberales para matarlo mejor; y hasta a liberales defender el derecho de los comunistas a matar la libertad".

La democracia no es un partido político, ni un programa de gobierno, ni una bandera facciosa, ni un caudillo. Es un régimen de vida pública que da fundamento a esas realidades, con la peculiaridad, frente a otros sistemas, de permitir la libre coexistencia y acción de partidos, programas, banderas y caudillos adversarios. Si un partido político, en lugar de dirigir su acción opositora contra otras entidades de su especie, la dirige contra el régimen que las sustenta a todas, no es un partido político; es otro régimen que intenta subsistir el democrático. Le cabe a éste, pues, el derecho de impedir, legalmente, que un régimen se disfrace de partido político para minarlo. Quien no pretenda que la democracia está condenada por naturaleza al suicidio, ha de admitir que rige también para ella el derecho a la propia defensa, consagrado en el orden privado. Pero el asunto es peligroso. Hay que tomarlo con pinzas y no escatimar reparos y prevenciones. Toda buena intención puede ser maleada. Toda defensa legal de la libertad tiene un doble filo que puede ser esgrimido contra la libertad misma. Sin duda es evidente el desamparo de la democracia frente a los regímenes totalitarios que hallan fácil cabida en ella, sin concederle la recíproca. Esto implica un problema nada fácil. Debe ser señalado pues merece consideración. Pero también es indudable que defender la democracia no significa justificar persecuciones ni "Secciones Especiales".

Nadie puede dudar que en un mundo donde la injusticia social, el Estado y la demagogia han hecho sentir su poder corrosivo, la democracia peligra. Forzoso es, pues, salir en su defensa contra esos enemigos. Intentando esa defensa me he referido ya a la injusticia social. La democracia no tiene por qué comprometerse con la explotación. Es un lugar común calificar al liberalismo de burgués. El liberalismo no tiene por qué ser burgués ni tiene por qué ser nada más que liberalismo. Deben desaparecer los parásitos del trabajo ajeno para que la democracia no se vea viciada y desprestigiada.

Hay que extirpar de raíz el privilegio económico cuidando que la operación no vulnere la libertad. Hice ya referencia al Estado. Como muchas otras creaciones humanas, manifiesta el Estado una perniciosa inclinación a transformarse de medio en fin. Esa inclinación se ve fomentada por otra, parejamente nefasta, que nos carac-

teriza: tratar de poner toda nuestra actividad pública bajo el ala protectora del Estado. No es un misterio para nadie que toda nuestra vida social se rige desde la Casa Rosada. Digo "vida", pero creo que habría que pensarlo. El Estado simplifica la actividad social, es decir, la desvitaliza; porque la vida es siempre compleja. El Estado protege a veces, pero aletarga siempre; porque la vida es riesgo. El Estado es casi la única institución visible en nuestra sociedad.

Se han propuesto soluciones; una es robustecer (o resucitar) el federalismo. Es importantísimo, pero no basta. Promover la complejidad de la vida social, institucionalizando el país, dando plena autonomía a los municipios y al mayor número posible de asociaciones parece ser una necesidad insoslayable. Deben cesar de una buena vez las subvenciones. Los núcleos que no sean capaces de vivir por sí mismos no merecen vivir.

Para lograr esos fines es imprescindible descentralizar al máximo el mecanismo estadual y limitar su intervención. Aquello que no deba, imprescindiblemente, ser hecho por el Estado, el Estado debe abstenerse de hacerlo. Limitar las facultades del Ejecutivo; impedir que nuestros gobernantes sigan siendo reyes a quienes llamamos presidentes, sería el justo corolario de una acabada democratización. Los Ejecutivos fuertes, el temor de que surjan Estados dentro del Estado fueron las preocupaciones cardinales de los autócratas de siempre. Garantizar la máxima libertad para individuos y asociaciones, dentro de un régimen de respeto a las leyes, y el temor al Estado como catecismo, son las normas eternas del demócrata.

Quien suponga que la vida de una nación puede caber en el molde estadual, no ha pensado nunca en la vida, ni ha vivido jamás. El Estado es un aspecto importante, pero sólo un aspecto, de esa vida; no debe querer ser su síntesis. Si se limita a su misión y a su lugar, habremos conseguido ese mínimo de gobierno deseable que reclamaba Borges para los argentinos.

Junto a la injusticia social y al Estado, he señalado un tercer peligro: la demagogia. Consideremos este párrafo de Sarmiento: "Si la ciudadanía, prodigada sin mesura, hiciera con millones de emigrados pasar por voto el gobierno a las clases proletarias e ignorantes, cuatro o seis veces más numerosas que la gente un poco culta de esa misma emigración, no hay términos con qué expresar los desórdenes y atraso a que tal sistema llevaría... Nuestros hijos maldecirían la torpeza de los legisladores que habían entregado virtualmente el país a las muchedumbres inconscientes..." Y refle-

xionemos sobre estas palabras de Echeverría: "Necesitaban [los revolucionarios de mayo] del pueblo para despejar de enemigos el campo donde debía germinar la semilla de la libertad, y lo declararon soberano sin límites. No fué extravío de ignorancia, sino necesidad de los tiempos..." (*Palabras Simbólicas*, VII). "De aquí resulta que la soberanía del pueblo sólo puede residir en la razón del pueblo, y que sólo es llamada a ejercer la parte sensata y racional de la comunidad social. La parte ignorante queda bajo tutela y salvaguardia de la ley dictada por el consentimiento uniforme del pueblo racional. La democracia, pues, no es el despotismo absoluto de las masas ni de las mayorías; es el régimen de la razón" (ibid. X). "La ley no les veda [a los tutelados] ejercer por sí derechos soberanos, sino mientras permanezcan en minoridad; no los despoja de ellos, sino les impone una condición para poseerlos: la condición de emanciparse. Pero el pueblo, las masas, no tienen siempre en sus manos los medios de conseguir su emancipación. La sociedad o el gobierno que la representa debe ponerlos a su alcance" (ibid., X).

La desviación demagógica de la democracia aparece, tanto en Sarmiento como en Echeverría, claramente señalada. Deriva de una extraña concepción del derecho a la ciudadanía. El Estado es el pueblo políticamente organizado. No es un producto de la naturaleza, sino una creación, semiconsciente, semitradicional del espíritu humano. Parecería, pues, obvio que la condición *sine qua non* para integrarlo hubiera de ser aquella que evidenciara una mínima conciencia de qué significa integrar un Estado. Pues no: haber nacido sobre el suelo patrio o tener cinco años de permanencia en él, otorgan en nuestro país la ciudadanía. No se exige siquiera saber leer y escribir. Vale decir que la circunstancia que hace árboles a los árboles que pueblan nuestro territorio y que deja que sigan siendo pianos alemanes los pianos alemanes con no menos de cinco años de residencia en el país, transforma en ciudadanos a nuestros hombres. Hay en ese criterio una supervaloración del sentido común y una confusión.

El Estado, dije, no nace en la naturaleza; se hace por el esfuerzo humano. No es un producto natural, sino una entidad cultural. Nacer y alcanzar dieciocho años son hechos naturales en los que no podemos fundar la facultad de participar de un orden de cosas esencialmente ajeno a tales hechos. Nadie nace diputado, gobernador o presidente. Los hombres que cumplen esas funciones han acreditado, previamente en las organizaciones políticas, una capa-

cidad y un esfuerzo que los habilita para el desempeño de tales funciones. El ciudadano no es —dentro del Estado— menos funcionario que los miembros del Gobierno (órgano de ese Estado). No se explica, entonces, que alguien haya de nacer ciudadano. La ciudadanía por nacimiento es otra forma del mismo error que establece aristocracias de sangre, monarquías y riquezas hereditarias. Confundir Naturaleza y Cultura configuran ese error. Así, pues, parafraseando la conocida sentencia es posible concluir: el hombre nace; el ciudadano *se* hace.

Sin duda, el voto universal fué una urgencia de la democracia naciente y quizá un afán generoso, pero erróneo, de nuestros hombres públicos. El voto obligatorio fué una reincidencia en el error. Hoy la experiencia nos indica que debemos reconsiderar la cuestión.

Tener pleno conocimiento de qué es un Estado; saber qué deberes y qué derechos corresponden a sus integrantes; conocer los límites del Poder, me parecen las condiciones indispensables para ejercer la ciudadanía. Aceptado esto, podría intentarse una reforma. No sería necesario, ni conveniente, para llevarla a cabo, despojar de su derecho al voto a ninguno de los actuales ciudadanos; bastaría con someter a examen, en lo sucesivo, a todos los hombres y mujeres llegados a la edad cívica.

Del resultado de tal examen resultaría, o no, su derecho al voto. Me permito sugerir un método práctico: El examen, que versaría sobre las nociones más elementales de nuestro derecho constitucional, estaría a cargo del Poder Judicial, con la fiscalización de los partidos políticos [1].

Pero la aspiración de la democracia es extender sus beneficios a todos los hombres. Una reforma como la propuesta traería aparejada la obligación de intensificar la educación cívica del pueblo; obligación no sólo exigible al aula, sino también a las organizaciones políticas. Así, muchos partidos que hoy se limitan a reclamar el voto de sus afiliados y simpatizantes, con promesas que a menudo parecen un disimulado soborno, deberían constituirse en verdaderas cátedras. Y, tal vez, la necesidad de un esfuerzo mínimo para obtener la honra de la ciudadanía, quitaría a nuestros hombres y mujeres esa apatía, o escepticismo, con que suelen mirar la política. Esos estados de ánimo colectivos no tienen otra raíz que la

[1] Si se hiciera efectivamente obligatoria la enseñanza primaria, y resultara en ella intensificada la educación cívica, el requisito apuntado sólo sería exigible a aquéllos que no hubieran cumplido su ciclo elemental de enseñanza y a los extranjeros.

de saberse el hombre segregado de los problemas políticos —que no entiende— y a los que sólo se ve ligado por la palabra de los políticos —de quienes desconfía— y por la operación esporádica, semiconsciente y, a veces, aburrida de votar. Ojalá nuestros hombres comprendan, alguna vez, que —como quería Ihering— el derecho es una lucha constante, y la lucha cívica un deber irrenunciable para con la sociedad.

Quizá va siendo hora de declarar que una democracia bien constituída es una aspiración de aristocracia. No sé por qué se contraponen, a menudo, esos términos, cuando, en realidad, están llamados a complementarse. Quizá sea por malentender lo aristocrático, o por subestimar lo democrático. Si debiera señalar las características de lo que me parece ser lo aristocrático, apelaría a unas palabras de Roger Caillois. En *La roca de Sísifo* habla Caillois de la virtud. Entiendo que esa virtud designa la aristocracia. Dice: "La virtud a nuestro entender, era ante todo desistir cuando se tenía derecho, abstenerse allí donde se podía exigir. Nos dábamos por consigna permanecer siempre más acá de nuestro poder, prometer siempre más acá de nuestra capacidad y aun, de nuestra intención de cumplir". Madariaga señala que el aristócrata "se distingue de los demás tipos sociales en que toma sobre sí espontáneamente deberes de servicio social que nadie piensa exigirle. Porque el aristócrata se escoge a sí mismo..."

Así entendida, la aristocracia, lejos de ser privilegio, es carga, responsabilidad, autoexigencia. Democracia sin aristocracia es demagogia; aristocracia sin democracia, oligarquía. Ninguno de los dos términos aislados nos convienen. La nivelación debe hacerse hacia arriba; no al revés.

Sólo considerando la Revolución del 16 de setiembre como un preludio revolucionario creo que podremos hacer algo por nuestra patria. Sólo así conseguiremos ratificar la acción heroica de esos soldados que nos han restituído la libertad y que trabajan, ahora, tan patrióticamente para afianzarla. Hay una circunstancia sugestiva en este movimiento: aunque planeado en Buenos Aires, se realizó en el interior. Podemos decir, en verdad, que nos llega del corazón de la Argentina; de esas tierras donde la conexión con nuestra historia es más sólida que en éstas del Plata donde a cada instante la nacionalidad se desdibuja.

Fuimos una nación. Quizá, ahora, sólo seamos un Estado que aspira a volver a ser una nación. La nación futura no es claramente

conjeturable, pero tendrá sin duda por fundamento lo que fuimos y lo que somos. Descreo de las soluciones exóticas, de los *progresos* que nos propone la razón sin raíces, de las novedades abracadabrantes. Creo que debemos consolidar lo hecho, perfeccionarlo, y transformarlo a medida que avanzamos, aunque sin perder de vista el punto de partida y la dirección.

Ortega dice, decía, que "Es curioso advertir que en todos los grandes ciclos históricos suficientemente conocidos —mundo griego, mundo romano, mundo europeo— se llega a un punto en que comienza, no una revolución, sino toda una era revolucionaria, que dura dos o tres siglos, y acaba por transcurrir definitivamente" (*Ob. cit.*). Echeverría e Ingenieros coincidieron en afirmar que la Revolución de Mayo no estaba concluída. Alberdi, en sus escritos póstumos, exhortaba: "Es preciso volver a la patria primitiva, restablecer el sentido de la Revolución, releer sus grandes textos e inspirarse en ellos".

No entiendo a nuestros tradicionalistas que se asustan de las revoluciones. Nuestra única tradición es la Revolución misma.

JORGE A. PAITA

LA AMÉRICA ABSTRACTA

Buenos Aires ha hecho de Hispanoamérica una abstracción. Siente que existe a sus espaldas, por encima de su cabeza —en abrazo envolvente, como las provincias argentinas— pero el territorio continental, es decir, la tierra, a ella no la toca. La ciudad mira hacia el este, arriba, más allá del mar. En esa dirección sólo está Montevideo, que se le parece en algunos aspectos. Las otras ciudades criollas son distintas.

Hay el hombre de América y el hombre de Buenos Aires. El primero se muestra receloso —actitud cada vez más visible en estos años de aislamiento— ante la ciudad monstruosa a la que admiraba tanto. Para él la Argentina es Buenos Aires; tiene noticias de la pampa por *Facundo* y la poesía gauchesca, pero sólo en pequeñas dosis literarias. La abreviatura actual de su conocimiento —fuera de algunos nombres significativos de las letras, revueltos con otros mito-

lógicos— está representada por el tango y las películas de exportación. Para el hombre de Buenos Aires, América es una nebulosa matizada de colores locales. Toda esa extraordinaria corriente de la novela americana en lo que va del siglo llega inútilmente hasta las puertas de la ciudad; el porteño no reconoce más que dos o tres nombres de autores cuyos libros ha leído poco y acaso sin entenderlos, a causa de los localismos y la diferente acepción de las palabras. Prefiere leer directamente en cualquier idioma europeo.

La indiferencia de Buenos Aires no se llama superioridad sino engreimiento. Pretende que nada le es común con esa América indígena a la que envuelve tácitamente en el mohín despectivo de un nombre acuñado en inglés: *South America* . . . También ha repetido durante mucho tiempo lo de las "republiquetas centroamericanas", y hasta hace poco se reía de las frecuentes revoluciones de los pueblos para imponer o derrocar tiranos. Durante estos dos lustros la alocada y jactanciosa Buenos Aires —que, como los adolescentes, escondía sus feos pies— se ha sentido desnuda y expuesta a la vergüenza. Las calles, ciudades y provincias argentinas vieron trocadas sus viejas denominaciones por otras, que las cubrían de ridículo. Todo cuanto visto a la distancia en otros países de América la hacía reír, lo sintió sobre su frente. Nada le fué ajeno de esa *South America* y *republiquetas centroamericanas* de las que se creyó siempre aparte.

El corolario de la lección es la reconstrucción. Todos hemos aprendido algo durante estos años, y a algunos nos ha tocado aprender América. Y Buenos Aires, su planeta. Los más jóvenes entre los escritores plantearon no hace mucho el problema. Pero desde Buenos Aires el problema seguía siendo abstracto, una especulación más, que poco tenía que ver con la realidad. Como aquí no se podía vivir, algunos sin fortuna —quizá la tuvieron más que los desafortunados que no podían salir— buscamos trabajo y aire en otras tierras americanas. Por eso nuestro testimonio tiene que parecerse a una confesión, casi a la asombrada revelación de una culpa.

La retórica del lugar común, que explotaba el sentimiento del pobre y ofendido, dispersa en discursos y folletos de propaganda, sedujo a buena parte de América, a la más ingenua y también a aquella comprometida por su actitud antiyanqui y por la infiltración comunista, que fomenta los nacionalismos americanos. Se vió en la Argentina a la hermana mayor que ilustra y defiende con su ejemplo, y de buena fe se creyó en las vociferaciones de indepen-

dencia que de aquí partían. En alguna revista de exilados, de algún país de América, tuvo eco la consigna de innegable filiación *justicialista*: "la libertad viene del Sur". Y hasta comenzaron a circular ciertas palabras que en la bien movida lengua del Continente sonaban a barbarismos, o por lo menos a disparatados neologismos. La seducción era comprensible. El mapa de América está oscurecido en muchos puntos por gobiernos despóticos e impopulares, y la condición de exilado político es hoy tan común que asombra no verla en las tarjetas de permanencia, cuando, al lado del nombre, aparece otra profesión u oficio. Los que luchaban contra la tiranía de sus países creían inocentemente en esta Argentina lejana, cuya voz meliflua iba a buscarlos en su casa carcomida; creían en este Buenos Aires de edificios imponentes y pies de barro; y suponían que, aunque los ignoraba y prefería agasajar a sus tiranuelos visitantes, o tendía la mano a los oprimidos, para encerrarlos después en una cárcel, todo eso debía ser olvidado, en fe de una nación ejemplar, de un Estado al que acompañaban la fuerza y la buena fortuna, de un pueblo que parecía feliz, pese a los descontentos que burlaban el cerco... Descontentos que poco, o cada vez menos, lograban hacerse oír, porque desde el bien abastecido recinto de las embajadas la "nueva doctrina" atronaba los ámbitos de América.

La revolución libertadora desconcertó a los países criollos. Pero del estupor pasaron inmediatamente a la burla del régimen que tanto había engañado. A pesar de esa reacción saludable —minada, en parte, por la desconfianza que subsiste después de la mentira y el desprecio— se dejaron oír y aun se oyen ciertas voces de sirena a propósito desorientadoras acerca de los móviles y propósitos de una recuperación, que no ha sido sino la de la conciencia argentina. Es que en esta América criolla que ha sufrido tanto cuesta creer en la limpia victoria del orden sobre el caos, de la verdad sobre la mentira. Y nosotros, argentinos —Buenos Aires, que es la que tiene más culpa—, debemos recomenzar pacientemente una tarea que hace ya mucho abandonamos o no supimos ver, y que en los fundadores de nuestra República quizá no se llamó tarea sino convicción: la de integrarnos a la comunidad americana, reconocer nuestros iguales defectos para asemejarnos también en las virtudes, sobre todo en la de la simpatía, que a menudo confundimos con la limosna de la piedad.

Después del rictus que desfigura y de la gesticulación que altera, la cara del hombre se recobra con la serenidad. Es cuando en ella

está presente el espíritu, que tiene memoria de sí y de sus semejantes, y sabe que el peligro de las ideas puras es que poco a poco el hombre que las goza se aparta de la realidad. Y la realidad se venga haciendo abstracción del intelectual.

FRYDA SCHULTZ DE MANTOVANI

AQUELLA PATRIA DE NUESTRA INFANCIA

En la noche del 14 de septiembre daba yo una conferencia en un ateneo de Tucumán, nervioso y desasosegado, como estábamos todos por aquel tiempo tan lejano, como si fuéramos pasajeros de un barco al mando de un loco en medio de una tenebrosa tormenta, esperando vagas y conjeturales ayudas, tratando de penetrar, con ojos cansados de ansiosa búsqueda, en las tinieblas de la ya tan larga noche, vislumbrando o creyendo vislumbrar vacilantes lucecitas a lo lejos, comunicándonos en secreto esas creencias, cayendo mil veces de la esperanza a la desesperación, de la alegría al dolor, y volviendo en seguida a levantarnos.

Alguien me preguntó entonces qué entendía por literatura nacional. Y yo, que estaba hablando un poco de cosas cualesquiera, como hablamos de cosas triviales (del tiempo, de films, de amistades) cuando alguien que queremos entrañablemente está muriendo, tal vez por miedo de provocar o acelerar la muerte, o por pudor, o delicadeza, al oír esa pregunta sentí que dentro de mí se conmovía mi ser más profundo, ese ser que en medio del carnaval de nuestra existencia llevamos recatadamente guardado. Y de pronto, aquel ser que estaba sufriendo empezó a hablar como si fuera ajeno a mi voluntad, o como si obedeciera a otra voluntad más honda, más genuina y valerosa. Y dije que una literatura nacional no lo era porque utilizase trajes de gaucho o lenguaje de compadrito y que podía serlo, y en más profundo grado, una literatura que expresase nuestra soledad y tristeza, nuestra desesperanza y oscuridad; ya que si los problemas metafísicos del hombre son perennes (los problemas inherentes a su esencial finitud y a su esencial imperfección terre-

nal), esos monstruos de la soledad y la desesperanza sólo podían manifestarse en alguna noche de alguna patria, como todos los monstruos de todas las pesadillas. Y que era necesario desconfiar de una literatura de disfraces, cuando la patria había sido reemplazada por un carnaval y el amor a la patria por el más bajo patrioterismo. Y que si la madurez de un hombre comienza en el instante en que advierte por primera vez sus limitaciones y empieza a avergonzarse de sus defectos, la madurez de una nación comienza cuando sus hijos advierten que las infinitas perfecciones en que creían en su infancia no son tales y que, como otras naciones, como todas las naciones, sus virtudes están inexorablemente unidas a sus taras, taras de las que los hombres honestos no pueden sino avergonzarse. Y que si las cosas eran así, entonces nosotros empezábamos a ser de verdad una nación, porque muchos de nosotros estábamos ya avergonzados de ser argentinos, avergonzados hasta el dolor y el llanto. Ya que, al fin, como cada hombre tiene después de cierta edad el rostro que se merece (puesto que ha sido construído no solamente con su carne y su sangre sino con su espíritu, con sus valentías y cobardías, con sus grandezas y sus miserias), cada nación tiene también el rostro que inmanentemente se merece, pues todos somos culpables de todo, y en cada argentino había y hay un fragmento de Perón.

Y en ese instante, personas que tenían dos, tres, cuatro cargos oficiales protestaron de mis palabras, y algunos hasta se levantaron y retiraron. Y los que se quedaron y yo quedamos allí entristecidos pero conmovidos por lo que estábamos dilucidando y confesándonos, sintiendo, como yo mismo lo dije, que no era por desamor a la patria que decíamos esas horrendas palabras, sino por amor a ella, por la inmensa aflicción que nos producía verla así: tirada por el suelo, embarrada, llena de estiércol y dinero y, lo que aún era peor, sonriendo siniestramente, vanagloriándose de revolcarse en el cieno, en la mugre, en el compadreo. Y dije también que las mejores patrias, las que han dicho algo al mundo, han sido vilipendiadas por sus escritores, por sus mejores hombres, con el corazón desgarrado y sangrante: por Hölderlin, por Nietzsche, por Dostoievsky, por Baudelaire, por aquel noble espíritu de Puchkin que exclamaba con lágrimas en los ojos, después de oír las cómicas historias de Gogol: "¡Qué triste es Rusia!" Y agregué que si los Estados Unidos habían dejado de ser un jactancioso adolescente era porque sus mejores hombres habían tenido el valor de escrutar los bajos fondos de su

alma y exponerlos a la vergüenza pública en sus grandes novelas y dramas. Y que mientras nosotros nos vanagloriábamos de nuestra espiritualidad y nos reíamos del materialismo yanqui, ellos habían sido capaces de edificar un gran país, lo que en verdad revelaba la grandeza de su espíritu, ya que las grandes naciones no se edifican con dólares, sino con espíritu, ya que no hay obra grande, ni siquiera simple obra, sin un espíritu, que impulse, levante y aliente a sus realizadores. Lo que aun indignó más a nuestros patrioteros, que creyeron que eso equivalía (supongo yo) a elogiar el imperialismo norteamericano, sus idioteces, helados y bebidas; cuando estaba elogiando a la gran nación que se habría revelado capaz de hacerse a sí misma; no sólo a ese inmenso y grandioso territorio de vastas praderas y grandes ríos que sus intrépidos pioneros tuvieron que conquistar palmo a palmo, en medio de formidables penurias, sino a esa nación que había sido capaz de engendrar a Edgar Poe, a Melville, a Lincoln y Wáshington, a William James, a Whitman y Faulkner; a ese poderoso país animado de tanto candor y fe (como todos los creadores), de tan invencible fe en sí mismo y en su destino que ha permitido la existencia de artistas que han escrito las cosas más terribles sobre su propia esencia.

Y mientras al día siguiente de aquella noche me dirigía a Salta con mi amigo Orce Remis, con quien sufríamos juntos en aquellos momentos, mientras el ómnibus marchaba entre las grandes quebradas del norte, resecas y calcinadas, entre hieráticos cardones y misteriosos indios, tal vez los dos meditábamos en la misma cosa: en el destino de esta nación nuestra, en esta patria que desde 1810 se había estado queriendo levantar sobre esas pampas infinitas y esas imponentes montañas y quebradas. Preguntándose uno si eso era un país, si de verdad era una patria, si de verdad era aquella de que me habían hablado inocentemente mis maestras en un perdido pueblo de la pampa; aquella patria que me imaginaba pintada por pintores tan candorosos como mis maestras, aquellos pintores de los paraguas en la mañana del 25 de mayo, ese día que, como decía Grosso, había "amanecido gris y lluvioso"; de los granaderos de azul y rojo peleando en San Lorenzo; del hermoso y gentil general Belgrano haciendo jurar la bandera sobre el río Salado; del almirante Brown dirigiendo impávido la batalla con el sable en alto, mientras abajo y a su izquierda se desangraba un herido de pecho descubierto; de los próceres con atributos para siempre estampados en el texto, junto a las líneas punteadas de la Expedición al Alto Perú: la im-

petuosidad de Moreno (que había necesitado tanta agua para apagar tanto fuego), y la calma y el espíritu conservador de Saavedra; y de aquella lámina que nos sumía en tiernos y melancólicos pensamientos, en que José de San Martín, "pobre y lejos de la patria", con su cansada cabeza encanecida apoyada sobre su puño y su brazo acodado sobre la mesa, rememoraba sus lejanos días de combate y de gloria, y sus pensamientos formaban una nubecita sobre su cabeza, dentro de la cual estaban dibujadas sus grandes batallas y él sobre una roca andina vigilando el paso de sus invencibles granaderos. Taciturnos y desolados, como los hombres suelen recordar los cándidos sueños de la niñez, así veíamos nuestra patria derrumbada, en sucios pedazos. Nada quedaba de aquellas infantiles imágenes.

Sí, claro: sabíamos que el mundo real es siempre imperfecto, que los sueños platónicos que los niños (y los grandes) gustan soñar, en que hay Héroes y Malvados, Justicia e Injusticia, Verdad y Mentira, son al fin nada más que sueños y que la áspera realidad está hecha de una mezcla triste e inexorable. Sí, sabíamos ya que ni San Martín era el esplendoroso General de Grosso, ni Maipú el más grande combate de la historia, ni Dorrego aquel inmaculado héroe por cuya muerte mi madre siempre lloraba. Sabíamos que todo era más imperfecto que en la pueril leyenda de nuestra infancia, y eso nos infundía melancólica pesadumbre. Pero al propio tiempo también comprendíamos que todo era mejor y más admirable, porque el conocimiento de la debilidad que es inherente a los hombres daba más mérito a las hazañas que aquellos héroes habían consumado, atravesando centenares de leguas y tremendas montañas, ateridos de frío en las grandes nevadas de los Andes, hambrientos y derrotados en aquella conmovedora retirada de Vilcapugio y Ayohuma (con pobrecitos generales improvisados a fuerza de fervor republicano y de valor moral), luchando con unos cuantos cañoncitos y algunos caballos y mulas con ejércitos que habían combatido contra Napoleón, luchando al mismo tiempo contra los enemigos de dentro, no sólo contra los resentimientos y envidias y traiciones de los flojos sino contra las propias flaquezas e imperfecciones. Y luego, casi siempre, muriendo en la pobreza y en el olvido.

De modo que no era aquel género de imperfección el que nos entristecía, puesto que ya lo sabíamos inherente a la mísera condición de los seres de carne, sangre y hueso.

No: era otra la calamidad que nos atormentaba y ensombrecía.

Era el ver en torno de nosotros los sucios desechos de la nación que habían querido levantar aquellos hombres.

Y cuando llegamos a Salta, después de haber cruzado el río del juramento infantil, de haber mirado gravemente y con nostalgia la quebrada que Belgrano y Dorrego y Paz habían atravesado al paso de sus caballos y mulas, a centenares de leguas de sus hermanos y madres, sin saber siquiera si sus vidas perdurarían más allá de los cerros, y mucho menos en el recuerdo de nosotros, una vez más me pregunté si seguíamos formando una patria, si era cierto que esos millones de hijos de extranjeros que vivían en Buenos Aires tenían algo en común con aquellos gauchos de grandes bombachas de Salta, con sus silenciosos indios de las dolorosas vidalas, con sus blancos llamados Güemes, o Leguizamón, o Aráoz.

Y de pronto llegó la hora. Y durante largos y tensos días y noches sufrimos juntos con los Leguizamón y los Aráoz, y vivimos juntos, y juntos escuchamos las lejanas palabras esperanzadas de otros argentinos que nos llegaban, apenas perceptibles, desde Puerto Belgrano, desde Córdoba. Y en la silenciosa noche de Salta, en medio de rumores contradictorios, hombres como yo, venidos de Buenos Aires, recibimos de hombres de Salta la orden de estar atentos a su llamado. Y entonces sentí que sí, que realmente éramos una sola patria, todos nosotros, a pesar de los miles de kilómetros que nos separan, a pesar de nuestros acentos, de nuestras bromas, de nuestras enemistades y resentimientos fraternos. Y sentí que Raúl Aráoz Anzoátegui era mi hermano de tierra y de sangre, mi hermano de patria. Y cuando oímos aquellas modestas marchas de San Lorenzo y de la Bandera, sentimos que nuestros corazones latían con el antiguo fervor de nuestra niñez, milagrosamente incontaminado, a pesar de haber sido arrastrados (nuestros corazones) por la basura y por la infamia. Y cuando oímos la remota voz de Puerto Belgrano que nos decía que la escuadra estaba frente a Buenos Aires y que había dado plazo hasta la una al canalla que nos gobernaba, el tucumano Orce Remis y yo, que en ese momento estábamos solos frente a la radio, nos miramos y vimos que los dos estábamos llorando en silencio y que nuestras lágrimas venían de la misma y lejana y querida y añorada fuente: las ilusiones de nuestra común infancia de argentinos.

ERNESTO SÁBATO

RESTITUCIÓN DE LA VERDAD

HASTA ayer no más, triunfantes, creían que no existíamos. Estaban seguros que por las calles, las paredes, el aire y los textos sólo era posible el imperio de aquella voz que conocía el registro de todas las infamias. Nosotros aguardábamos en la desconfianza, en las reuniones prohibidas, en la confortación amistosa, en las entrelíneas de algún artículo. Ellos habían confundido su propio desenfreno con la realidad del país. Este espejismo llegaba a convencernos: tocados por el escepticismo, frenados en la acción de mínima escala creíamos, por momentos, que nosotros no éramos el país sino un empeño gratuito, una desazón equivocada y sin objeto, una extranjería. Estrategos desesperados, llegábamos a creer que ellos, en su orfandad de improvisadores, pesaban más que las lentas acumulaciones de nuestro pasado.

¿Pero de dónde salieron esas armas gloriosas, esas banderas, esos pañuelos fraternos, ese discurso magnífico? Vinieron, sin duda, desde el corazón del país, desde el fondo insospechado de nosotros mismos. Nuestra historia vivía silenciosamente en la negativa de sus resistentes, en el fuego de sus perseguidos, en la gloria de sus torturados. La libertad trajo una restitución de la verdad argentina: ahora podemos palpar los rostros y conocernos más allá del odio y la violencia.

Ellos resultaron una gran credulidad, una esperanza culpable, un puñado de aventureros, verdugos, y una blanda columna de seguidores enfermos de miedo. Lo que consideraban un movimiento no fué más que una maquinaria de propaganda y represión. Denigraron la razón y tomaron el partido de los impulsos. Alentaron esas formas primarias del rebajamiento social que son los mitos. Vieron a sus maestros europeos forjar mitos culturales como el de la raza y el estado nacional, y los imitaron. Sin embargo, no pudieron tanto. Sus mitos, sus fervores y sus banderías aullantes no tuvieron complicaciones culturales: apenas pasaban la zona de los apetitos. Sus valores eran suburbanos y su expresión no alcanzó a ser literatura. La imagen mítica de aquella mujer siniestramente instrumentada por el tirano, no tuvo mayor perduración que la de una prescindible letra de tango. Y ya nos hemos olvidado de aquella curiosa doctrina nacional que había soslayado todas nuestras esencias.

Pero la verdad se restituye. Ellos podrán, ahora, deshacer el hechizo de la plaza pública, acallar el grito que los extravía y retro-

trae a un pasado impulsivo. Sin sus delincuentes y torturadores, sin la coerción de una infernal propaganda, ellos podrán recuperar la propia dignidad. Lo que conocieron con el nombre de justicia social no fué más que una trampa para olvidar la justicia y enajenar la libertad.

Nosotros hemos necesitado de la libertad para saber que somos capaces de ponernos por encima de nosotros mismos, capaces de superar la medida habitual, de desmentirnos. Hombres de quienes nada se esperaba, hicieron el gesto ejemplar. Hemos visto a seres trabados por una historia equívoca ser infieles a su propio pasado y mostrar un rostro desconocido. Aquellos que merecían nuestra desconfianza fueron los que cayeron, primeros, en el combate. Estas sorpresas, esta nueva confianza, estos bruscos desmentidos también se llaman libertad.

Sólo es preciso no temerla: la libertad puede crear la medida, la vigilancia, enseñar el retorno a la razón luego de tanto psiquismo desatado, y puede trazar los sabios límites de la soledad personal. Pero también puede enseñarnos un modo de comunión, un desbordamiento fraterno: recuerdo aquella experiencia en la que todos fuimos un solo brazo agitando un mar de palomas blancas. Estábamos unidos en una emoción colectiva pero nadie se había enajenado. En cada exclamación se podía desatar lo peor guardado y, sin embargo, siempre se mostró lo mejor.

Más allá del agravio, de las necesarias y severas investigaciones, resta una sola tarea perdurable: la educación de las masas para el civismo. Las resistencias que es preciso vencer tocan a la formación espiritual del pueblo argentino. Es urgente inculcar que tenemos una historia, un hogar altivo, unos cuantos nombres venerables y un santo fervor que no se han hecho para una minoría sino para todos los hombres y mujeres de nuestra patria. En su mundo espiritual debe encontrar ciudadanía estable aquel conglomerado humano flotante siempre dispuesto a ceder al hechizo de los caudillos.

La formación espiritual del argentino tiene que ver con la educación para la democracia. Bien es cierto que, en nuestras tierras, la democracia es el ideal más permanente y su realidad, sin embargo, es una historia de frustraciones. Hay que plantar el árbol de la democracia una y mil veces. El terreno tiene que ser desbrozado ya que el hombre no conoce una fórmula mejor de la convivencia humana.

En adelante debemos preservarnos de los impacientes, de los que

anhelan la brusca instalación en una sociedad ideal. Los enemigos de la democracia se reclutan entre los devotos de la democracia perfecta. Es necesario comprender que ella no nos asegura ningún absoluto. Con el señuelo del estado perfecto trabaja el totalitarismo; bien sabemos que estas exigencias paradisíacas son las trampas de la indignidad total. La democracia solamente puede ofrecernos bienes relativos y un permanente riesgo. En su régimen encontraremos injusticias, errores, problemas nunca resueltos del todo. Pero, eso sí, sólo allí encontraremos la condición necesaria para el ejercicio autónomo de nuestra voluntad, un mínimo campo donde el espíritu humano podrá intentar la realización de la justicia, la búsqueda de la verdad y el gozo de la belleza. Y si el mundo no es mejorado con este raro ejercicio, la democracia otorga, por lo menos, un ámbito de veracidad suficiente como para que este empeño no sea desvirtuado, como para que aparezca ante nuestros hijos como una aventura digna de ser continuada. Ya que más importante que la felicidad o la sociedad perfecta, es este permanente y maravilloso empecinamiento del hombre por seguir luchando contra la injusticia, la fealdad y la mentira.

VÍCTOR MASSUH

CRÓNICA DEL DESASTRE

A ESTA altura de los acontecimientos, como es inevitable, todos resultamos profetas al revés y nos place acumular reflexión sobre reflexión para probarnos que lo ocurrido tuvo que ser así, que no había otro desenlace fuera del consabido y que estaba previsto el final.

Sin embargo, para la época difícil, de honroso sacrificio colectivo, en que ahora entramos, convendrá valorar en sus reales alcances aquello que dejamos atrás, aprender de los duros años vividos y conquistar la comprensión exacta de nuestro drama.

Vanidad y ligereza sería no reconocer el caudal de acción responsable y viril, el esfuerzo concertado, los desvelos, el estudio paciente de los grandes y pequeños detalles, los riesgos, las vigilias y noches empleadas en ajustar paso a paso los planes que culminaron en el afán inquebrantable de dar batalla a la tiranía y concluir con ella.

Hasta entonces, debimos pasar por una serie interminable de ignominias, asistir impotentes a la instauración paulatina de un régimen que nos fué asfixiando con sus ingredientes de vergüenza: corrupción de las costumbres, burla de la ley, despojos de varia índole, fraude, mentira, violencia, chabacanería, expresión impune de las más bajas formas de la vulgaridad y de la grosería, perversión y degradación sin medida.

A la manera de Whitman, podríamos continuar con la enumeración fatigosa de nuestros males; pero diríase que no estamos para historiar, pues ha llegado el momento de la acción en el que cada uno puede dar lo suyo. Sin embargo, bueno será no olvidar pronto.

El aprendiz de dictador estudió con solicitud las creaciones del fascismo italiano. Abrigaba ya la idea de realizarlas algún día. Fué paciente. Y no tuvo más que esperar la maduración de la crisis de las instituciones democráticas y liberales, permanentemente minadas en su base por sucesivas promociones políticas que, a partir del año 30, planificaron —por decirlo así— una acción corrosiva contra ellas.

No aplicó el método jacobino, salvo cuando se vió perdido: la astucia, carente de afán por la justicia auténtica, dió origen a un desarrollo lento, falto de quebrantos, en el que ningún sector de la comunidad quedó sin ser agraviado; en el que no hubo aspecto alguno de la vida argentina que no sufriera modificaciones de estructura de naturaleza radical. A su modo, nos ha deparado el mayor número de cambios revolucionarios de que tengamos noticia en este medio siglo; pero este presuntuoso régimen de la "revolución nacional" y de la "doctrina nacional", no llegó a configurar una revolución en sentido propio, pues no pudo contrarrestar los factores y el espíritu tradicionales de la Argentina: de sus instituciones, de sus fuerzas políticas, culturales, económicas; de su concepción de la vida y del mundo, de su actitud religiosa.

El que había sido espía, el técnico de la fuerza que no supo ajustarse al marco de honor que la legitima, incurrió en aquella desviación prevista en la República platónica: la del que pasa de la condición de custodio a la de amo tiránico de sus conciudadanos.

Como todo dictador, no fué un gobernante silencioso ni de medias palabras. Todas cabían en su boca según las circunstancias; su misión era hablar incansablemente. No cabría llamar arte a las mañas demagógicas con las que se adaptaba a cada uno de los públicos que tenía a su frente. Así representó los muchos papeles de un

Chaplin criollo, sin la grandeza del Chaplin legítimo: presumía ser el primerísimo de cada una de las profesiones conocidas, porque todas las acaparó y en ninguna toleró rivalidades. En los postreros episodios, ya no le quedaba otro rival que Dios; y arremetió contra él, atacando a quienes lo veneraban por encima y más allá de cualquier fe partidista.

Todo lo personalizó, lo cual equivale a sostener, juzgando por los frutos, que no admitió más persona que él, en el vasto y diversificado mundo humano que es —felizmente— el país.

Ley, constitución, normas, verdad, para sus veleidades consistieron en cómodas ficciones. Aunque, según afirmara: "en la mochila de un soldado no caben mentiras", sembró de mentiras el ámbito de la Nación. Su palabra se refuta con su palabra. Y para ejemplo de la última farsa, allí está su renuncia que no era renuncia, confrontada con el discurso del perdonavidas o, mejor dicho, del exterminador a razón de cinco por uno.

Después, mientras ofrecía su retiro con argumentos de magnanimidad desusada, aunque con el tono megalomaníaco de siempre, por cuerda separada aspiró a realizar el plan desastre, que —¡cuándo no!— también llevaba su nombre.

Ha sido —¿qué duda cabe?— un estado de locura colectiva, un ensayo de selva en pleno siglo XX, acompañado de un coro numeroso de voces clamantes y ululantes, en todas las plazas de la República, en cada una de las convocatorias de "espontaneidad" organizada que debimos padecer.

Sustancializó el egoísmo de cada grupo humano y aspiró a capitalizarlo en provecho propio. Destruyó con saña el sentimiento de unidad nacional, para imponer, en cambio, la camisa de fuerza de su arbitrio, pomposamente convertido en supuesta doctrina para todos los argentinos.

Dividió y, tal como se ha visto, no para reinar, sino para ser bombardeado. Imprevista consecuencia, al margen del cálculo de las regulaciones quinquenales, aun cuando fervorosamente determinada por los que quisieron vivir en honor y libertad y se hallan en trance de recuperar el país para la vida republicana, en plenitud de atributos.

Al encuentro del posible equívoco, no hemos de caer en la tesis simplificadora de pensar en las dos barricadas: la de los puros y la de los impuros. Cada uno tiene que hacerse cargo de su culpabilidad, pues nadie queda indemne.

El problema reside, no obstante, en avizorar las metas de salud

que restañen heridas, armonicen tensiones, conjuguen odios y en las que hallemos bases generales para la reconstrucción de un país que, por largo tiempo, frente a la pusilanimidad de muchos y a la inoperancia de los grupos rebeldes, de conciencia alerta, ha sido devastado por la insensatez de una minoría activa, adueñada del aparato estatal, en la explotación sistemática, con fines demagógicos, de las ansias de redención de aquella vasta capa humana, de índole proletaria que, sobremanera, plantea el problema de un trato justo en la búsqueda de soluciones viables y compensatorias de su enorme contingente de insatisfacción y de miseria.

¿Quién podría afirmar con verdad que no le conciernen los afanes y las responsabilidades comunes? Somos culpables de este presente que se esfuma, hecho con nuestras omisiones, con nuestro miedo, con los desfallecimientos suicidas y la tolerancia hacia lo innoble, lo sucio, lo erróneo, lo injusto, en aras del conformismo y del abroquelamiento en el sagrado reducto de las conveniencias asediantes y aniquiladoras de la persona humana.

Pero resultaría equivocado pasar por alto cada una de las tentativas heroicas que, a pesar de su fracaso, prepararon el camino hacia el desenlace que hoy nos llena de júbilo. Y no fueron sólo actos de fuerza. Con su indiscutible aporte, cabe señalar a quienes labraron las conciencias puesto el arduo empeño en las obras del espíritu. Los que dijeron no al avance destructor, los que no se rindieron, los que allegaron el análisis y la crítica para despejar el velo ocultador de nuestra realidad y mantuvieron la fe cuando todo parecía perdido.

Y a la par de ellos, recordemos a quienes, torturados en su carne y en su espíritu, privados de su libertad, afirmaron con valor una postura de lucha, soportando situaciones límites en las que debieron elegirse como hombres, para testimoniar así, la palabra o el juramento empeñado.

A poco que se medite, la perspectiva casi inverosímil de una recuperación se nos aparece como confiada a nuestra voluntad de encarar el futuro atacando a fondo las cuestiones básicas ligadas al destino nacional y que, por supuesto, no reclaman nuevos hombres únicos —hombres-gobiernos—, sino equipos de hombres responsables y compenetrados de sus deberes, que enfrenten el caos y la desintegración con ánimo decidido e inteligencia crítica, sin ceder a las peligrosas seducciones del irracionalismo, con sus místicas políticas y sus mitos sin belleza, siempre al acecho de la frustración humana.

Las conclusiones a extraer están a la vista, abonadas por el común padecimiento, la común angustia, la común coerción: no se debe esperar otra libertad que aquella que conquistemos y defendamos día a día, al margen de regulaciones y planificaciones que la retaceen. Sólo así, atendiendo a la lección de los hechos, con perseverancia metódica, se superará la época tiránica que abandonamos por el enfrentamiento de sus errores y pseudosoluciones y en la búsqueda de las bases renovadas de una democracia en la cual no exista contradicción alguna entre la libertad de cada persona y la justicia positiva para todos.

NORBERTO RODRÍGUEZ BUSTAMANTE

LA ROSA NEGRA

"ROSA NEGRA" era la contraseña de un valiente grupo civil que supo fracasar decorosamente la madrugada del dieciséis de septiembre. A mí me parece que esas dos palabras expresan un claro insulto al régimen, que denominan la tiranía y las siniestras noches policiales y califican al dictador, la rosa negra.

Desde luego, ninguna rosa crece de la nada ni espontáneamente, sino que procede de una larga cadena genética. Todos hemos contribuído de alguna manera a darle forma, color y relieve a esa flor lamentable; nos gusta abreviar la historia con algunos pocos nombres adorados o execrados, pero la historia somos nosotros mismos y nada se hace sin nuestro consentimiento.

Un análisis elemental informa que la causa eficiente de la dictadura fué la irresponsabilidad de nuestras clases mejor educadas con respecto a las peor educadas. Porque si la mortalidad infantil en el norte es demasiado elevada y lo sabemos, somos nosotros quienes estamos asesinando a esos niños; porque la libetrad sin justicia social sólo es una palabra hueca, exactamente como a la inversa. Es evidente que esa irresponsabilidad debe desaparecer si queremos reducir la larga serie de dictaduras y revoluciones que nos aguarda pasivamente en el futuro. El sector culto de nuestro pueblo debe proyectar su cultura sobre la zona inculta, vincularse con sus temores y sus necesidades, ser para ella la proa de la nave y no una isla: la cultura

no es un traje agresivamente rico que nos distingue de los demás sino una desnudez esencial que nos iguala.

Ya ha comenzado su fuga hacia el pasado la aburrida procesión de bustos, imágenes y efigies del hombre que quería que todos los argentinos viesen la Argentina a través de los ojos vacíos de su estatua monumental. No han desaparecido la estrechez mental, los motivos sociales ni la ceguera pública que lo llevaron al poder. Para combatirlos no hay otro método que la difusión del conocimiento, la explicación de la cultura, la lucha contra la ignorancia, el error y el malentendido. La cuestión es demasiado importante para dejarla librada al mero azar de la violencia, que por otra parte apenas es un paliativo de aplicación necesariamente recurrente. Sólo las soluciones fundadas en el imperio del espíritu pueden ser duraderas. La ignorancia de este hecho ha llevado al poder a todos los dictadores, ha permitido crecer en nuestra tierra, abonada como toda tierra por todas las brutalidades y todas las aberraciones humanas, la rosa negra de los últimos diez años.

La oposición ha vencido y estamos agradecidos. Pero no basta con eso porque no es la victoria nuestro credo final, porque seguiríamos oponiéndonos de haber fracasado. Los hechos no son concluyentes; no siempre vence quien vence ni fracasa el derrotado. La victoria puede cortar y podar, pero sólo una viva justicia, una vigilia inteligente, pueden desarraigar estas flores podridas cuyo componente principal es la desesperación, la materia prima y la sustancia del caos.

CARLOS PERALTA

LA HISTORIOGRAFÍA ARGENTINA EN LA HORA DE LA LIBERTAD

He aquí un título algo problemático: no es de ningún modo evidente que entre la liberación y la actividad de nuestros historiadores haya de existir un nexo necesario. Uno, sin embargo, parece indiscutible: se ha cerrado la tentativa de crear una cultura y una historiografía consagradas a la mayor gloria del régimen. ¿Pero es ésa una diferencia importante? Todos los vastos de-

signios que la dictadura intentó tenazmente realizar en el campo cultural se vieron trabados por un hecho esencial: entre la dictadura y la vida cultural argentina no existían los puntos de tangencia a través de los cuales aquélla hubiera podido influir directamente sobre ésta. No hubo entonces, una historiografía peronista; el régimen debía actuar, también en este campo, mediante truchimanes, que no se avenían sin segundas intenciones a ejercer ese poco honroso papel. Los encontró entre los revisionistas; encontró además una suerte de tropa de reserva entre ciertos estudiosos adictos a la neutralidad erudita que había sido consigna de la Nueva Escuela Histórica.

Pero la Nueva Escuela y el revisionismo eran los movimientos que dominaban la investigación historiográfica argentina cuando se organizó la dictadura; tampoco aquí trajo ésta, ni para bien ni para mal, nada de sustancialmente nuevo, salvo ciertas trabas absurdas y humillantes. El estado se limitaba a poner su acrecida potencia al servicio de ciertas orientaciones preexistentes; con ello acrecía sin duda sus posibilidades, pero también la resistencia que despertaban; esto es cierto sobre todo acerca del revisionismo, presentado a menudo como ideología oficial del régimen, con lo que venía a simplificarse polémicamente una relación más compleja y ambigua.

No, la dictadura no abrió la crisis que atraviesan los estudios historiográficos en la Argentina. Ya antes de ella la imagen que los argentinos se trazaban del pasado nacional era confusa y contradictoria; ya antes de ella se habían acostumbrado los argentinos a no esperar aclaraciones al respecto por parte de sus historiadores. Más aun: esa crisis sólo en parte puede atribuirse a la paralela crisis de ideales políticos y convicciones heredadas que el país atravesaba; era además el aspecto argentino de una crisis general en todo el Occidente. El siglo XX no puede ya llamarse el siglo de la historia; ahora no creemos ya, como podía creer Vico, que la naturaleza de las cosas se identifique con su nacimiento; esa decadencia de las explicaciones génitas ha liberado sin duda a la investigación histórica de muchos de los prejuicios que hasta ayer trabaron su desarrollo, pero a la vez la ha privado del apasionado interés que eruditos y políticos habían puesto en el examen del pasado, clave de los enigmas del presente. La investigación histórica se transformaba así en un saber especializado; este hecho inevitable presenta a la vez inconvenientes y posibles ventajas: en la Argentina se hicieron sentir sobre todo los primeros. Porque los historiadores argentinos no solían interesarse por el destino y las revoluciones de su disciplina; basta en efecto refle-

xionar sobre qué nombres, entre los de quienes en estos últimos cincuenta años han significado algo en la evolución de los estudios históricos, son conocidos por los estudiosos argentinos, y sobre todo cuántos de éstos han sabido emplear sus lecciones o sus enseñanzas . . . La historiografía argentina, en medio de esa angustiada renovación, seguía encerrada sobre sí misma, vivía, si es que puede decirse que vivía, de la gran herencia del romanticismo liberal, sobre la cual se habían construído los esquemas aplicables a la historia argentina, a mediados del siglo XIX.

Sólo que frente a esa herencia nuestros historiadores no querían ya mantener un acatamiento total. La Nueva Escuela había pretendido emanciparse de su pesada tutela; con Ricardo Levene había rechazado la violenta contraposición entre despotismo colonial y libertad revolucionaria; con Emilio Ravignani había rechazado la imagen heredada de la época de Rosas, como período de lucha cerrada entre la libertad y la tiranía. Pero tras de corroer esas grandes antítesis caras a la tradición recibida, la Nueva Escuela no supo con qué reemplazarlas; en esto se correspondía bastante bien con el movimiento político a ella paralelo, con el radicalismo, también él incapaz de elegir entre la condena y la aceptación del pasado liberal. La Nueva Escuela no eligió nunca; iluminó su imagen del pasado con una vaga luz crepuscular que borraba todos los rasgos originales, e identificó alegremente la Contrarreforma y la Ilustración, y dió un retrato de don Juan Manuel de Rosas que acaso hubiera sido igualmente válido para don Pastor Obligado. Es lo que los historiadores de la Nueva Escuela llamaban orgullosamente historia erudita y documentada, que proclamaban un gigantesco progreso sobre el anterior y más despreocupado modo de hacer historia. Pero aun la investigación erudita requiere un marco, un contexto en el cual ubicar sus descubrimientos, y la Nueva Escuela utilizó alternativamente, y con total indiferencia, los que le eran ofrecidos. La facilidad con que, de edición en edición, tal estudioso de la Nueva Escuela va cambiando el sentido general de un proceso por él estudiado según cambian las simpatías retrospectivas de los poderosos del momento puede sin duda indignar. Pero al autor no le habrán sin duda costado demasiado tales concesiones, para él sin importancia, a los caprichos del tiempo. Más que esa pasajera espuma le importa la firme roca sobre la cual ha edificado: la tupida contextura de las notas a pie de página.

Este culto del dato, del hecho desnudo, se identifica pues con lo que la Nueva Escuela, en tren de halagarse a sí misma, llamaba su

objetividad erudita. ¿Será necesario decir de nuevo hasta qué punto esa imagen de la objetividad histórica era falsa? ¿Recordar cómo el hecho desnudo no es algo que el historiador encuentra en su camino, que es algo que él debe construir; que su objetividad está dada también ella *in interiore homine,* que es el fruto de un riguroso proceso espiritual? La objetividad de los hechos incansablemente almacenados por la Nueva Escuela se obtenía de otro modo: mutilándolos de algunos de sus elementos esenciales, para los cuales disponían al parecer esos historiadores de instrumentos de captación adecuados.

"Se comienza siempre por la objetividad". La vacía objetividad de la Nueva Escuela abría en efecto una crisis de nuestra historiografía; pero la abría sin siquiera advertirlo, sin buscar por lo tanto los elementos que podrían utilizarse para superarla. Una comprensión más exacta de la situación en que se hallaba nuestra conciencia histórica está en la base del revisionismo. Parten los revisionistas de una comprobación que no ha de discutirse aquí: lo que se ha llamado tradición liberal argentina ha agotado ya su eficacia y sus posibilidades; es preciso crear una nueva conciencia nacional capaz de reemplazarla. Esa renovación debe extenderse, desde luego, al campo de la investigación histórica; se manifestará en ella como una revisión sin complacencias de los valores recibidos, cuya ilegitimidad se sospecha. La tentativa no estaba exenta de riesgos: algunos, que no han de considerarse ahora, nacen de la imprecisión del ideario político de los revisionistas. Otras, que sí han de tomarse en cuenta, vienen de que los revisionistas vieron en su tarea histórica un aspecto en el fondo marginal de un vasto proceso que tenía por centro la vida política: se trataba de privar de su prestigio a una tradición política aborrecida; la historia, como interés sin reticencias por los hechos y su sentido, sólo remotamente se vinculaba con ese propósito. Sólo así puede entenderse una conducta que, desde el punto de vista de la pura investigación histórica, parece aberrante. Los revisionistas no revisan los esquemas heredados; invierten tan sólo los signos valorativos que tradicionalmente marcaban a cada uno de los términos en ellos contrapuestos. Descubren que un ex gobernador de la provincia de Buenos Aires es presentado habitualmente con negros colores; según la moda vigente en esos años que vieron tantas y tan arbitrarias rehabilitaciones, adoptan su nombre como el de un precursor de sus propios ideales. El ejercicio de hallar parecidos entre Rosas y los distintos jefes políticos que gozaron de la simpatía de los revisionistas comenzó a practicarse con alegre espíritu deportivo

por una juventud turbulenta que tenía toda la vida por delante. Tras de un cuarto de siglo, trocado en rito melancólico, sigue practicándose por unos hombres un tanto desencantados porque hay quienes se obstinan en no tomarlos en serio. Pero el revisionismo tiene todavía otro aspecto: antes de transformarse en el héroe retrospectivo de una juventud amiga del escándalo, Rosas había sido jefe de un partido y de una familia; había dejado en la Argentina quienes los recordaban con afecto o con reconocimiento: toda una literatura había surgido en su defensa, una literatura tupida de hechos y alusiones, pobre en cambio de contenidos ideológicos. Destinada a probar que Rosas había sido un gobernante como los otros, tan excelente (o pésimo) liberal como los otros, y más honrado que los otros, sus propósitos tenían muy poco en común con los del revisionismo. Pero el revisionismo hallaba en ella todo un arsenal de hechos y argumentos que lo eximía en parte de emprender una seria investigación histórica, cosa a la cual la mayor parte de los revisionistas estaba escasamente dispuesta. Surge así el doble aspecto del revisionismo; por una parte propone una imagen del pasado argentino nacida de una abstracción de segundo grado, nacida de la reelaboración polémica de los esquemas de la historiografía liberal, por otra vuelve a formas de crónica apologética y censoria en boga cincuenta años antes. Ideológicamente el revisionismo integraba un esfuerzo en parte logrado por adecuarse al tiempo en que el fascismo parecía recoger la herencia de la democracia moribunda; desde el punto de vista de la pura investigación histórica significaba una evidente involución respecto de las modestas conquistas de la Nueva Escuela.

Desde uno y otro punto de vista era ya cosa anacrónica cuando se instaló la dictadura; acaso porque lo era, porque estaba ya alejado de todos los problemas que la Argentina del presente planteaba, gozó el revisionismo del favor de ésta. Pero si la investigación histórica oficial nunca ha estado más alejada de la vida argentina que en estos diez años, pocas veces se ha sentido más intensamente la necesidad de vincular pasado y presente para entender lo que en el país ocurría. Y no han faltado tampoco personas de buena voluntad dispuestas a colmar ese hiato. Criticar con excesivo rigor los frutos de su esfuerzo sería injusto: es preciso no olvidar que si esa tarea quedó en manos no profesionalmente capacitadas para ella fué por una previa dimisión de quienes tenían a la vez el derecho y el deber de emprenderla. Ha de reconocerse además que esas investigaciones emprendidas al margen de toda escuela ampliaron en tiempo y magnitud de proble-

mas encarados el marco habitual de la historia argentina. No es menos innegable que utilizaron con confianza a menudo infundada los datos recogidos con propósitos muy diversos por historiadores anteriores; se apoyaron entonces en un caudal de hechos en el mejor de los casos fragmentario y en el peor y no infrecuente escasamente exacto. No menos grave es que la inspiración ideológica de ese movimiento renovador fuese a menudo una suerte de marxismo simplificado y sumario, más empobrecedor a veces de la compleja realidad que las interpretaciones de marca oficial comunista. Esta forma de marxismo difuso es acaso característica inevitable de un pensamiento elaborado dificultosamente en un clima de presión política e ideológica: es característico que su influjo sea aun mayor en España; allí el más adormecido archivista sabe que todo, desde la resistencia de Sagunto hasta la política de Maura, tiene "desde luego" explicación económica.

Si aquí se insiste en las fallas de ese heroico esfuerzo individual es a sabiendas de la injusticia que con ello se comete. Injusticia necesaria: una historiografía argentina que quiera volver a ser cosa viva deberá surgir como continuación —y a la vez corrección— de ese esfuerzo, y para este nuevo comienzo es preciso un previo y severo balance. A él invita la Liberación. La Liberación no sólo implica el fin de la dura presión del estado contra toda actividad cultural seria, no sólo permite esperar razonablemente que dentro de la penuria de los años que vienen esas actividades podrán contar con auxilios, ya que no cuantiosos, sensatamente distribuídos de origen estatal. Todo eso, con ser importante, no es lo esencial. Lo esencial han de hacerlo, ahora como antes, quienes, sin que nadie los haya llamado a ello, elaboran la cultura argentina porque tal es su vocación. Pero también para ellos y su obra libre la hora de la Liberación significa algo. Significa que se inaugura un nuevo modo de dar testimonio de una lealtad tan duramente mantenida en los años que pasaron. Un modo a la vez más sincero y más audaz, cuya sinceridad y audacia no se han de ejercer ya polémicamente sobre los adversarios, sino sobre el propio pensamiento y las propias costumbres intelectuales moldeadas por un decenio de convivencia, así sea hostil, con la dictadura. De este modo el balance al que invita la Liberación en cuanto a la situación de nuestros estudios históricos debiera ser a la vez un examen de conciencia exento de toda complicidad con el pasado; con el de los demás, lo que es evidente; con el nuestro, lo que no es tan evidente pero acaso aun más necesario. Pero es además un punto de par-

tida: de él debiera surgir un cuadro preciso de lo que necesita la investigación historiográfica argentina para estar a la altura a la vez de la nueva hora nacional y del movimiento general de los estudios históricos. Intentemos trazar aquí, así sea en forma conjetural, algunas de las grandes líneas de ese cuadro.

Ante todo, la investigación historiográfica debe permanecer cerca de los problemas vivos de nuestro tiempo. No significa esto que deba transformar las luchas del pasado en una alegoría de las del presente; debe sí alcanzar esa forma de actualidad que es propia de la historia, que hizo la grandeza de las grandes obras históricas (en nuestro país de la de Mitre) y que liberará a nuestros historiadores de la tentación de acomodar su labor dentro de esquemas que han perdido ya validez.

La investigación debe además apoyarse en una cultura histórica más sólida y moderna; es intolerable que de los debates en los que se decide la suerte de su disciplina los historiadores argentinos suelan no tener siquiera conocimiento (y no son discusiones sin incidencia dentro de la concreta investigación: véase tan sólo qué insuficiencias presenta nuestra historia económica sencillamente porque los que a ella se dedican creen lícito ignorar lo que en otras partes se hace). Esta exigencia viene a identificarse con la anterior: precisamente a través de la evolución actual de la ciencia histórica podrán nuestros estudiosos captar, si es que tienen órgano adecuado para ello, la presencia viva de nuestra época turbada. La cultura académica es menos cerrada de lo que se cree a los problemas actuales (aun una disciplina aparentemente tan árida y abstracta como la historia de precios lleva en su desarrollo la huella, por ejemplo, de la boga del socialismo a fines del siglo XIX, o de la crisis de 1929). A condición, claro está, de ser cultura académica de hoy; la de anteayer, no es preciso decirlo, responde a las apetencias de anteayer.

Y —cosa no menos importante— esa cultura histórica enriquecida debe estar en la base de un esfuerzo de investigación erudita si mejor orientado no menos intenso que el emprendido por la Nueva Escuela. Habría que subrayar esto: es de temer que por reacción a una erudición sin norma ni sentido pueda surgir aquí también una rebelión contra toda cautela erudita, tal como la predicaba, con fe elocuente, Ramón Iglesia, tal como sigue proponiéndola Edmundo O'Gorman. ¿Es necesario decir que el correctivo contra una erudición que no sabe qué se propone no es la falta de toda erudición, sino una investigación que ella sí sabe qué busca? Acaso lo sea. Pero

apenas intentemos plantear ciertos problemas (para poner tan sólo un ejemplo, las alternativas de la rivalidad entre agricultura y pastoreo en el noroeste) nos parecerá que la historiografía argentina no ha pecado por exceso sino por defecto de erudición; hasta tal punto nos faltan los datos orientadores. No, el juicio sobre la pasada labor erudita debe ser aun más duro; no es verdad que haya juntado materiales de los que toque ahora hacer, como se dice, la síntesis; ha reunido indiscriminadamente material útil e inservible, y toca a los historiadores de hoy enmendar, completar y a menudo comenzar de nuevo su trabajo.

¿Todo esto es posible? No lo sé, en todo caso sería preciso que lo fuese. De lo contrario también la hora de la Liberación habría pasado en vano para la historiografía argentina, y no es previsible que una coyuntura tan rica en aperturas hacia el futuro vuelva a darse en mucho tiempo.

TULIO HALPERIN DONGHI

NUESTRA ENSEÑANZA SECUNDARIA

El triunfo de la administración depuesta se hizo posible por condiciones materiales y espirituales que ella misma se encargó de mantener y fomentar. Si queremos de verdad reconstruir el país, no bastará cambiar el equipo dirigente del Estado; se deberá también realizar una depuración que incida en todas las formas de la vida argentina, sin suponer que los estigmas repudiados tienen vigencia sólo en un partido político, o en una clase social, o que la han tenido en un período determinado de tiempo. En la literatura argentina hay testimonios que anunciaron el peligro cuando la mayoría de los políticos se conformaban con declaraciones abstractas, o se entretenían en barajar combinaciones que consultaran sus intereses. Por lo menos en *Divertidas aventuras de un nieto de Juan Moreira,* en *Radiografía de la pampa,* en *Historia de una pasión argentina* y en *La bahía de silencio* están denunciadas nuestras incapacidades, que adquirirán expresión total e insolente desde el 4 de junio de 1943 y permitirán el desarrollo de otras insospechadas.

Si la sociedad argentina no tiene suficiente acuidad mental para comprender cuáles son las perversiones que la han agobiado y cuáles las condiciones que las posibilitan, y no está dispuesta a combatirlas allí donde se encuentren, en cualquier encrucijada de la historia volveremos a padecer una política similar a la recientemente despojada del poderío estatal. La administración depuesta fué sagaz. Comprendió que muchos sectores de la sociedad argentina encajaban adecuadamente en el tipo de vida que ella representaba —no olvidemos esto— y que otros eran irreductibles. Su error consistió en subestimar la fuerza de los valores morales vivos en la entraña misma del país, y en no sospechar que esos valores podían movilizar a las fuerzas armadas. Aunque es indudable que toda acción parcial carecerá de eficacia, quizá no sea del todo inoperante dar una versión explícita del estado de nuestra enseñanza media y del papel que puede corresponderle en la tarea de reconstruir intelectual y moralmente a la nación argentina. No expondré en las páginas que siguen puntos de vista personales, sino consideraciones evidentes que yo quisiera ver informando la política educativa de los hombres que tienen poder.

Podemos partir de una premisa segura: nuestra enseñanza media se encuentra a un nivel quizá impeorable. Pero no entenderemos cabalmente la situación educativa que nos enfrenta si no tenemos en cuenta otra que tiene el asentimiento de todos los hombres —pedagogos, políticos, legisladores, ministros— que se han ocupado con honestidad del problema: la enseñanza secundaria anterior a 1943 era mala. No se necesitan fatigosos estudios para demostrarlo; basta conversar una hora con egresados de nuestra escuela media. Las excepciones no hacen al caso, pues ellas son debidas al esfuerzo personal, extradocente, o al contacto con los pocos buenos profesores que enseñaban con dignidad. Pero el nivel medio egresa en condiciones deficientes, y ese término medio da la tónica general del país. Reflexiónese sobre las consecuencias positivas que trae aparejadas una buena enseñanza media, y sobre las consecuencias negativas que ocasiona una mala. De la escuela media se va a la universidad, a los institutos que forman los cuadros de las fuerzas armadas, a enseñar en la escuela primaria, a trabajar en el comercio y en la industria; el colegio secundario influye poderosamente sobre la sociedad toda.

La respuesta de quienes han estudiado las causas de esta situación funesta es definitiva: carecemos de un profesorado idóneo. Entonces cabe preguntarse: ¿no tenemos los argentinos capacidad o vocación

pedagógica? Y de pronto nos encontramos sumergidos en una estructura social digna de Pago Chico: las sucesivas administraciones, a pesar de la opinión de los especialistas, de algunos políticos y ministros, a pesar de los buenos proyectos presentados, se han resistido a dotarnos de una ley que exija idoneidad a los profesores, pues reservaron las cátedras para cumplir con sus compromisos políticos y personales. No es éste el momento para describir un estado de cosas que siempre hemos encarado con frivolidad y que ha sido señalado por Américo Castro como indicio de nuestro atraso cultural. Podría citar muchos casos concretos, pero me limitaré a uno que tiene elocuencia ejemplar: en la escuela media argentina figura un dentista dictando el máximo de horas permitido por la ley. Este profesional dicta castellano. ¿Acaso la habilidad para curar o extraer muelas sin dolor concede competencia lingüística en la Argentina? Reclamo una investigación realizada por un pedagogo humorista. Señalaremos todavía una circunstancia agravante: estos profesionales metidos a profesores secundarios carecen de un buen bachillerato.

Pero la gravedad del problema es aun mayor. Los institutos de donde egresan los profesores de carrera no ofrecen suficientes garantías. La situación es muy compleja, y sólo anotaré dos circunstancias permanentes, que la administración depuesta agravó con habilidad. 1º No estando organizada la carrera del profesorado, la población estudiantil de esos institutos se mueve no sólo por intereses extraprofesionales sino también extraculturales. 2º Eran pocas las cátedras desde donde se impartía una enseñanza verdaderamente superior. La eficacia de estas cátedras, en razón del nivel general deficiente, era muy limitada. Sólo una minoría de estudiantes, ya insatisfecha y que trataba de salvarse intelectualmente sola, estaba preparada para recoger sus estímulos. Esta minoría es la que puede servir de base para una recuperación de la enseñanza media. A partir de 1943, los estudios decayeron sin lugar a dudas. Precisamente contra esas cátedras se ensañó la administración depuesta, con las consecuencias que es innecesario detallar.

Mientras escribo estas líneas, el gobierno ha iniciado una seria investigación en esos institutos de enseñanza superior. Si se lograra hacer prevalecer un espíritu verdaderamente universitario, si las cátedras fueran ocupadas por verdaderos especialistas, se habría dado el primer paso. El otro quedó ya señalado: la sanción de una ley que asegure profesores idóneos. Hay un procedimiento que responde a las necesidades actuales de nuestra cultura: concurso de títulos, an-

tecedentes, oposición, y jurados que actúen de acuerdo con los altos intereses del país. Vivimos un momento histórico en el que más que nunca debe prevalecer el desinterés y la generosidad. Muchos otros problemas van a presentarse a los directores de nuestra enseñanza. Pero creo que el que he señalado es previo. Antes que cualquier otra cosa, la enseñanza tiene que ser buena. Y no habrá enseñanza buena si no contamos con un profesorado competente. Éste es esencial. Nadie puede enseñar bien lo que no sabe bien; nadie puede orientar si no tiene una mente cultivada; nadie puede educar con el ejemplo, supremo recurso pedagógico, si no en la medida en que se ha realizado. La administración depuesta propició la perversión intelectual y moral, y enarboló como arma política la ignorancia. Si queremos de verdad combatirla, favorezcamos la elevación intelectual y moral, y, en la medida de lo posible, la sabiduría. Permítaseme decirlo con todas las palabras: cada vez que entreguemos una cátedra a un profesor deficiente, sea cual fuere su filiación política, estaremos favoreciendo el peronismo, preparando el caldo de cultivo en que puede prosperar y retornar. La Argentina será democrática en la medida en que su pueblo sea culto. Y la enseñanza media, junto con la universidad, la escuela primaria, los partidos políticos, las instituciones culturales privadas, el periodismo, el cine, la radio, etcétera, tiene una tarea importante que cumplir.

El actual interventor de la Universidad de Buenos Aires, días antes de su designación, exhortó a poner en las cátedras a los especialistas, y a convertir a la universidad en un lugar de trabajo. Puso esta recuperación, recordando a Alejandro Korn, bajo esta divisa: *incipit vita nova*. Que así sea. Y también para los otros grados de nuestra enseñanza.

HUGO W. COWES

SINDICALISMO Y ESTADO

Frecuentemente, cuando se habla del hombre o de algo relacionado con su vida, o mejor con "su vivir", que no es lo mismo, se cita a Aristóteles que lo definía como *zoon politikon*, como animal social. Pero se suele olvidar que esto es tan cierto como que el hombre es también un individuo, y que la función de

los grupos, que paulatinamente fueron transformándose en sociedad, es precisamente concurrir a una mayor seguridad y bienestar del individuo. Es verdad que el hombre es por naturaleza gregario, pero no debe pretenderse con ello una definición. El hombre es por naturaleza muchas cosas.

Lo que aquí nos interesa es que junto a esa necesidad natural de agruparse ha surgido otra, una necesidad jurídico-social, motivada por las nuevas formas de vida surgidas de la revolución de la técnica que transformó a Occidente. La representación más acabada y perfeccionada de esta agrupación jurídico-social es el sindicato, cuyas variantes no vamos a considerar [1].

Podemos comenzar preguntándonos: ¿Cuál es la función específica del sindicalismo y cuál su relación con el Estado? La fórmula Capital-Trabajo no es una mera fórmula en el lenguaje del economista sino la significación de una realidad humana, palpitante, que es la del patrón y el obrero. El capital, y no es de ahora sino de hace mucho tiempo, dejó de ser un medio para transformarse en fin. Con un capital X se organiza una empresa y la finalidad es acrecentar ese capital inicial. Pero esa empresa está formada también por el segundo término de la fórmula: el Trabajo, cuya participación en ese capital es el salario. Y mientras el dividendo del patrón constituye la economía de unos pocos, el salario representa el medio económico de un gran sector de la sociedad. La vigilancia de esos intereses y el cuidado de las condiciones de trabajo en el contrato de ambas partes es la finalidad de las asociaciones profesionales o sindicatos, cuya función resulta, así, única y exclusivamente social.

Debe aclararse y hacer concientes a los sindicalistas de esta función social de las asociaciones profesionales. No se trata, al formarse las agrupaciones sindicales, de defender solamente los intereses particulares del gremio, y menos aún creer que la única finalidad es la seguridad económica, que es la idea de muchos obreros. Cada sindicato o asociación profesional es un participante en el concierto de la economía nacional y de la armonía de trabajo, condición necesaria para cuyo logro hace falta, además de esa seguridad económica una dignificación moral. El obrero no debe sentirse esclavizado a

[1] Todos los datos jurídicos fueron tomados de la obra de JUAN D. POZZO titulada *Derecho del Trabajo* (T. IV, Edit. Ediar, Buenos Aires, 1951). En este artículo, a pesar del título pretencioso, que fué adoptado tanto por lo significativo como por lo breve, haremos solamente un bosquejo de la cuestión, con especial referencia al momento actual de nuestro país y a la política soportada durante los últimos diez años.

un salario sino pensar que está cumpliendo una función noble y que ayudándose a sí mismo contribuye con la sociedad a que pertenece. Es cierto aquello de que "el dinero no hace la felicidad", pero es también muy cierto el agregado cuando dice "que contribuye a lograrla". La preocupación económica y su consecuencia más grave: el hambre, es la fuerza más poderosa capaz de mover todas las masas. Es la palanca de Arquímedes de las violencias sociales. Las revoluciones de ideas jamás son hechas por el pueblo. Cuando se trata de atacar o defender una idea el pueblo es dirigido, su actividad es subalterna.

Por ello es imprescindible que el patrón asuma también la conciencia de esa responsabilidad. Para el mejor entendimiento de ambas partes existen justamente los llamados consejos de empresas, formados por delegados obreros y patronales, que deben vigilar atentamente las condiciones justas de remuneración y evitar la explotación de la clase trabajadora. Además, el trabajo, con la inclusión de la máquina, se ha transformado mucho en rutina y la rutina es destructora de la personalidad. Para combatirla y arrancar al obrero del tedio que le provoca o la indolencia en que lo sume, deben crearse ateneos, bibliotecas, clubes, etc., que aporten inquietudes y distracciones que ayudarán a impulsar su pensamiento para el logro de una convivencia feliz. Y en esto consiste el derecho y el deber de las asociaciones profesionales o sindicatos.

El Estado, a su vez, sólo tiene ingerencia legal por sus vías respectivas, estableciendo el reconocimiento de dichas asociaciones y haciendo respetar las reglamentaciones atinentes, surgidas en el concurso de los organismos estatales con las representaciones gremiales que constituyen las confederaciones. Cuando el Estado o los partidos políticos tratan de utilizar los organismos sindicales para su propio beneficio "se origina una confusión que naturalmente desvía las actividades sindicales y las aleja de sus verdaderos fines, y termina muchas veces por convertir a las asociaciones profesionales en un instrumento del Estado. Por supuesto que en esta situación la asociación profesional deja de representar los intereses puramente profesionales del grupo y en muchos casos llevará a la inclusión o exclusión de sus componentes, en razón de las ideas políticas que profesen, sin tener en cuenta su actividad profesional. Con ello, la asociación profesional dejará de ser tal." (J. D. Pozzo, op. cit., págs. 73-74).

A esto último se llegó justamente bajo el régimen depuesto que

hizo presa de su totalitarismo a la clase trabajadora, engañándola con un falso despertar, cuyo único resultado fué la insensata explotación no sólo de sus fuerzas físicas sino, y esto es lo más grave, de sus fuerzas morales y espirituales, erigiendo un sistema de indignidad, delación, crímenes y odios que afortunadamente encontró la resistencia firme de un sector de nuestra patria, que denunció en todo momento la barbarie escondida en su demagogia, desafiando la cárcel, las torturas y la muerte.

Echemos una rápida ojeada a la política sindical de la dictadura derrocada, que fué precisamente el arma principal de su mentira. En el año 1945 se dictó un decreto desde Trabajo y Previsión, el número 23.852, que establecía y reglamentaba la constitución sindical en nuestro país. No vamos a hacer historia, sería ocioso porque es harto conocida, pero hay un hecho del cual no podemos prescindir, y es que anterior a ese decreto sólo existían fraternidades, mutuales, cooperativas y hasta federaciones que agrupaban algunos gremios, pero no asociaciones profesionales o sindicatos que agruparan cada una de las actividades de trabajo. Salvo raras excepciones no había verdadera preocupación gremial, y menos aún intervención del Estado promoviendo a su formación. De manera tal que la organización de sindicatos en todo el país y la creación de la C. G. T., unido al establecimiento de ciertas mejoras obreras como jubilación, aguinaldos, ley de despido, etc., leyes éstas por cuya aplicación efectiva en todos los gremios abogó principalmente el partido socialista durante mucho tiempo sin obtener el resultado deseado, hizo pensar, como era lógico, a la masa trabajadora, que habían arribado a un verdadero movimiento de reivindicación social.

Pero a poco andar, los antiguos gremialistas que actuaron en esa primera hora y que, naturalmente, estaban inspirados en la libertad sindical, fueron excluídos, apresados y hasta asesinados, y muchos de ellos tuvieron que marchar al exilio. Comenzaba la centralización y la inclusión del movimiento sindical dentro del partido político oficialista. Desde ese momento la central obrera quedó en manos de jerarcas y los derechos adquiridos se vieron condicionados por indignas reglamentaciones partidistas, que aprovechaban la ignorancia sobre cuestiones gremiales en que estaba la casi totalidad de la masa obrera. Ese desconocimiento que permitió el engaño era el fruto de la despreocupación de los anteriores gobiernos por los problemas del trabajador, como la dictadura derrocada fué también su resultado.

Pero durante estos años de oprobios políticos, el régimen se cuidó

mucho de no educar al obrero en las verdaderas líneas del sindicalismo, haciéndoles creer que el fin de dichas agrupaciones era la sumisa entrega de sus conciencias a la suprema potestad de su mandato, y que sólo él, "el mesías de los trabajadores", les daría sus conquistas sociales, como si fuesen dádivas personales. Esa descomposición de la incipiente organización gremial fué lograda por los medios más bajos, careciendo en absoluto de escrúpulos, sin tener en cuenta las consecuencias tremendas de su infamia. Entre esos "medios", por supuesto, tuvo preponderancia despertar el odio del trabajador hacia el patrón. La base de su acción fué siempre el resentimiento, pero no sólo el resentimiento de masa sino el suyo propio, alimentado en los últimos tiempos por la depravación a que lo llevó su poder ilimitado. Su política fué el triunfo del resentido.

Poco a poco fué logrando el objetivo de sojuzgamiento. El temor y la persecución policial fueron sus armas. Tomemos el caso de las huelgas; violentamente reprimidas, se suprimieron en forma total, considerándolas una traición al gobierno. En realidad, no hubo ni hay en nuestro país leyes que reglamenten el estado de huelga como defensa de sus intereses asumida por los obreros. Solamente hay decretos que contemplan casos de legalidad, entre los más importantes uno del año 1913 y otro de 1944. Por el primero se ponía como juez de la legalidad al Poder Ejecutivo y por el segundo a la Dirección de Acción Social, pero según consigna el doctor Pozzo, aun cuando no hubo expresa reglamentación de derecho la hubo de hecho. El caso es que el decreto del año 1944 que admitía la creación en las asociaciones profesionales de estatutos que dispusieran "las autoridades y procedimiento para determinar la suspensión y reanudación del trabajo" (art. 24, inc. i), con lo cual, aunque no se nombrara expresamente, se hacía referencia a la huelga "sin violencia y coacción", fué traicionado por su propio autor. Además, y ésta constituyó una grave irregularidad, los trabajadores de empresas del Estado, acrecentadas por la nacionalización de algunos servicios públicos y organizaciones de diversa índole, quedaban excluídos de ciertos derechos, y por supuesto del de huelga, en virtud de considerárselos fuera del contrato común entre patrón y obrero, dándose el caso, por ejemplo, del gremio ferroviario, que quedó bajo reglamentación militar. Desde luego, hablamos sólo de la huelga por ser el más notable de los conflictos obreros y por ser un derecho del trabajador respetado en los países que se precian de estar en la vanguardia de la legislación social; de igual modo que el cierre patronal,

llamado "lock out", que es para el empleador como la huelga para el obrero. Pero estos derechos están posibilitados únicamente dentro de una libertad sindical, donde el Estado sólo observe una actitud vigilante del cumplimiento de la legalidad, evitando toda violencia y desorden. La marcha de un país descansa en gran parte sobre la armonía y seguridad del trabajo; para ello es necesario que el Estado promueva y garantice la libertad y la no ingerencia política a las asociaciones profesionales, y que el trabajador comprenda su papel en la constante conquista de sus derechos.

Pero el espacio de que disponemos y la pretensión de este artículo, que es la de no ir más allá de un bosquejo, no nos permiten entrar en más consideraciones sobre este tema, del cual, no sólo en el caso particular de nuestro país sino en general, hay mucho que decir; por ello no escapará al lector la dificultad de tratarlo tan brevemente. Pero, y atendiendo a una dolorosa realidad del momento actual, terminada una política de engaños que ha dividido nuestro pueblo y sembrado odios en un sector del mismo, quiero finalizar pidiendo, sobre todo al obrero, que fué la presa mayor del totalitarismo, que reflexione si pueden confiarse los destinos de una nación a un hombre que, a más de dilapidar los bienes de la patria, incita a su pueblo desde su posición de primer magistrado a la lucha fratricida. Estamos en una hora de recuperación y se hace imprescindible que el pensamiento domine las pasiones.

HÉCTOR OSCAR CIARLO

EL HOMBRE DEL LÁTIGO[1]

Los primerísimos recuerdos que conservamos de nuestra infancia no me han parecido nunca el resultado de la casualidad, sino una elección dictada por el carácter, la naturaleza de cada persona. Quizá, incluso, una advertencia del destino.

No hay dos personas que tengan las mismas impresiones digi-

[1] Conferencia pronunciada en el Consejo de Mujeres, el 9 de noviembre ppdo., bajo los auspicios de la "Comisión pro abolición de las torturas" que preside el Dr. Alejandro Ceballos.

tales —y esa diferencia se utiliza para individualizarnos en la policía—. Los recuerdos de infancia son, para mí, las impresiones digitales que deja el carácter en la memoria. Bien lo han observado los psicoanalistas, que los examinan para entender a un paciente. Dos hermanos más o menos de la misma edad, que han vivido acontecimientos idénticos, en un medio ambiente y en circunstancias igualmente idénticas, conservarán en la memoria pequeños detalles diferentes de los mismos acontecimientos. Y los pequeños detalles son los verdaderos recuerdos.

En la época en que había todavía muchos terrenos baldíos a lo largo de la avenida Alvear, seguíamos siempre ese camino para nuestro paseo cotidiano, pues mi madre, como supe después, era de opinión que los niños, aun de edad muy tierna, debían tomar aire en todas las estaciones. Un día, volviendo de esta ventilación sistemática a que nos sometían, vi en uno de esos baldíos algo que me sofocó de sorpresa y de horror. Un hombre había atado a un árbol a un caballo, un pobre mancarrón, y lo castigaba a grandes latigazos. El animal se debatía, se encabritaba, tiraba en vano de la cuerda que lo mantenía cautivo. El hombre golpeaba sin tregua. Nuestro cupé —pues era un cupé— se alejó lentamente de lo que me pareció un espectáculo de inconcebible crueldad. El hecho iba a quedar impreso en mi memoria y lo vivía aún cuando el coche se detuvo ante la puerta de nuestra casa, en la esquina de Florida y Viamonte. Insistí temblando para que mi niñera me dejara ir a denunciar la infamia al vigilante que estaba de guardia. Arrastré a esa persona, seguramente escéptica y divertida. Ninguna otra cosa podía calmar mi indignación. Decir al policía, a ese hombre de uniforme de quien ya sabía que castigaba a los malvados: "Le están pegando a un animal atado; sálvelo".

El baldío, el árbol, el caballo, la casa de la esquina de Florida y Viamonte han desaparecido. El hombre del látigo, la niñera, el vigilante sin duda han muerto. Mi madre, a quien debí de contar la historia, también. Pero ese incidente no ha palidecido en mi memoria. Era el primer encontronazo, el primer choque de mi niñez con el abuso de la fuerza. La idea repugnante de la tortura había entrado en mí por la puerta de los ojos antes de que supiera nombrarla. Creía haberla descubierto y, figurándome que sólo a mí trastornaba de espanto, quería revelar esa monstruosidad a alguien con poder suficiente para impedir su existencia.

Infancia, adolescencia, juventud pasaron y a menudo vi reapa-

recer bajo formas diversas, casi siempre hábilmente disimuladas, el espectro del hombre con el látigo, del caballo azotado que hacía esfuerzos para romper su cabestro. Un buen día, brutales y nítidos, surgieron los totalitarismos de izquierda y de derecha y culminaron cuando la cruz svástica se dibujó en el horizonte. Un vendaval de persecución y de terrorismo sopló sobre el mundo. No hay nada nuevo bajo el sol, desde luego, ni siquiera las atrocidades del hitlerismo, del cual habíamos de recoger ciertos métodos y que íbamos a remedar años más tarde, sin llegar a sus exterminios en masa, pero adaptando sus bajezas a las necesidades y gustos de quien nos tiranizaba. Sin embargo, cada uno de nosotros ha de descubrir por cuenta propia lo que, viejo para los demás, es nuevo para él, como yo descubrí la existencia de la tortura a través de mis ojos de niña. Por consiguiente, también puede decirse: todo es nuevo bajo el sol, mientras la humanidad se renueve. Pues descubrimos como si fueran nuevas, unos tras otros, las mismas cosas. Y quien no las descubre por sí mismo no puede jactarse de conocerlas. Para éste no habrá nada nuevo bajo el sol.

Sabemos que desde que el mundo es mundo, el hombre ha ejercido la crueldad y, más aún, se ha complacido en ella. Ha habido incluso hombres del calibre de Demóstenes y de Aristóteles que estimaban que la tortura es en suma un medio eficaz para obtener confesiones. Grecia, Roma, China, el mundo de la Inquisición (Torquemada sólo hizo quemar a dos mil heréticos), para no citar más que algunos ejemplos de brillantes civilizaciones de las cuales descendemos, la ejercían. Los más iletrados no ignoran que la costumbre de ofrecer suculentos festines de carne humana a las bestias feroces no sorprendía ni indignaba a nadie, en un momento de la historia (salvo quizá a los que servían de manjar). Y que la crucifixión no fué un privilegio exclusivo de Cristo. Pero desde fines del siglo XVIII, la supresión de las torturas pasa del dominio de un anhelo al de una posibilidad próxima o a la de una realidad. En 1789 se abolieron en Francia; en 1786, en Toscana; en 1805, en Prusia; en 1816, una bula papal decreta su interdicción. Aquí se abolieron en 1813. Lo cual no impidió a Rosas no darse por aludido. Recuerdo haber interrogado a mis tías abuelas, que vivieron en la época de don Juan Manuel. Entre paréntesis, del lado materno tenemos antepasados comunes con el tirano, cosa inquietante que me da cierto complejo de expiación. Yo les preguntaba a las tías abuelas: "¿Tenían mucho miedo? ¿Usaban el moño punzó?

¿Vieron cabezas cortadas? ¿Cómo eran los mazorqueros? ¿Qué gritaban los serenos en las calles?" Las contestaciones nunca eran lo bastante circunstanciadas para satisfacerme. ¡Aquella época parecía tan remota! Otro mundo, a tal punto teníamos la sensación de haber dejado atrás todo eso. Volver a ello nos parecía tan imposible como encontrarse en la calle con el hombre de Cromagnon. Esa etapa, creíamos, estaba superada en los países civilizados. Y de golpe los totalitarismos de izquierda y de derecha, de la hoz y el martillo, del "fascio", de la siniestra cruz svástica, brillando en un cielo amenazador, nos lanzaban un rotundo desmentido. Presentíamos por clarividencia o por intuición que bajo esos astros quien no estaba del lado del hombre con el látigo estaría fatalmente del lado del animal atado al árbol. La técnica de la mentira masiva y organizada, el sistema de apoderarse de las masas tocando el teclado de los bajos instintos, alcanzó poco a poco su más devastadora perfección.

Hitler, que por lo menos no disimuló a los lectores atentos de *Mein Kampf* su satánico propósito, su necesidad estratégica de rebajar a la persona humana, cuenta, en esa profesión de fe, que tuvo la oportunidad de reírse con ganas al leer críticas de la *intelligenzia* alemana sobre los discursos de Lloyd George, ese gran demagogo inglés, agrega. La *intelligenzia* los juzgaba intelectualmente y científicamente inferiores, plagados de lugares comunes, chatos. Pero cuando Hitler los lee, declara que son "obras maestras psicológicas". A través de ellos Lloyd George había tratado de ejercer la mayor influencia posible sobre las masas. "Y en el sentido más amplio, sobre la totalidad de las capas más bajas de los británicos. Considerados desde este punto de vista, los discursos de este inglés eran las más extraordinarias hazañas, pues daban prueba de un extraordinario conocimiento del alma de las napas más extensas de las gentes". Qué desprecio por las masas encierra esta observación. El desdén característico de todo dictador. Ese desdén se duplicaba con una igual suma de frialdad frente a los sufrimientos y las vidas humanas; y seguramente aquélla era peor que la frialdad de un hombre sin imaginación: las pasiones de un hombre ambicioso, maniático y perverso.

A pesar de que la cruz svástica, reemplazando la cruz latina, se levantara sobre el viejo continente y no sobre el nuestro, ya sentíamos sus efectos psicológicos. Los campos de concentración empezaron a funcionar allá lejos y a hacer desaparecer a sus víctimas

inocentes. Cinco amigos míos fueron torturados en ellos y al fin pasaron a las cámaras de gas. Los cinco eran judíos. Dos de ellos, escritores, habían visitado nuestro país: Crémieux y Fondane. Muchas gentes se resistían a creer, aquí, en tales abominaciones y las achacaban a la propaganda antinazi. En 1946 tuve ocasión de asistir al proceso de Nüremberg. Allí vi las pantallas fabricadas con piel humana, las cabezas reducidas, los jabones fabricados con lo que podían conservar de grasa esos cuerpos humanos exhaustos. Vi películas tomadas por los nazis en sus campos de concentración: eran tales, que uno sólo las miraba con los ojos del estómago. El estómago las recibía; el cerebro ya no registraba. La única reacción era la náusea.

El final de la guerra nos trajo la ilusión de que el mundo iba a cambiar. Pero aquella alegría fué empañada, entre nosotros, por la manera con que se nos prohibió manifestarla. La policía montada dispersó las más inofensivas manifestaciones de regocijo con el galopar de sus caballos.

La marca de la dictadura, que todos hemos soportado, quien más quien menos, está aún demasiado fresca en la memoria para que sea necesario recordar detalles concretos.

¡Cuántos años habían pasado desde el día en que corrí a decir a un vigilante, con una fe inquebrantable en su protección, en su misión de amparar al débil atacado, que azotaban a muerte a un caballo en un baldío de la avenida Alvear!

Sin embargo, esos años debían de haber resbalado sobre mí como las gotas de rocío sobre las hojas de los tacos de la reina, sin dejar rastros, pues una noche volvió a sacudirme el mismo estremecimiento, el mismo ahogo, la misma rebeldía, la misma necesidad de recurrir a una autoridad capaz de hacer justicia. Sólo que sabía ya que no había justicia, que al caer la justicia cayó la libertad, la seguridad del individuo. Sabía que ya no podíamos contar sino con nuestro propio caudal de fuerzas interiores, con nuestra propia energía espiritual.

Sí. Una noche volví a conocer el temblor ya experimentado frente a un baldío de la Avenida Alvear ante el castigo físico infligido a un animal indefenso.

Era en la cárcel del Buen Pastor. Habíamos terminado nuestra comida no demaisado apetitosa y lavábamos los platos. Una hermana nos advirtió que dos nuevas presas políticas iban a reunírsenos esa noche. La noticia sólo nos alegró a medias, desde el punto de vista

de nuestros pequeños egoísmos. Tendríamos menos sitio en nuestro cuadro. Y además habría que habituarse otra vez a compartirlo todo con dos desconocidas cuando ya empezábamos a adquirir hábitos, a sentirnos más cómodas y a conocernos mejor las unas a las otras. Pero para compensar esos inconvenientes había la curiosidad de hablar con mujeres que venían de fuera y que quizá nos traerían noticias del mundo exterior. Además confraternizábamos de antemano con toda presa política. Si mal no recuerdo, una hermana nos dijo que las "nuevas" estarían probablemente cansadas y que quizá tuvieran hambre. Recuerdo que trajimos platos limpios y que ayudamos a hacer las dos camas aún desocupadas. Una de ellas nos dió mucho trabajo, pues por más que queríamos aplastar el colchón, tenía una gran joroba en el medio, una especie de montículo; y uno resbalaba fácilmente a derecha o izquierda cuando se acostaba.

Las dos presas, una muy joven y como transida de emoción, la otra de cierta edad, y con un aire de seguridad alegre que, auténtico o fingido, era meritorio, llevaban los mismos delantales a cuadros azules y blancos, generalmente desteñidos, que usábamos nosotras. Es difícil, con ese género de "modelitos" del Buen Pastor, no inspirar a primera vista cierto recelo, localizar a las gentes. El hábito suele hacer al monje. Sé que a una de las mujeres, la más joven, le inspiré temor y que pensó —no sabiendo entre qué gente había caído— ¡qué clase de forajida será ésta, tan alta, peinada con dos trenzas y preguntando de buenas a primeras: "¿Cómo te llamás?"! Yo tenía ganas de llorar y de abrazarla. Que eso pudiera revestir un aspecto de pocos amigos prueba hasta qué punto la inhibición de la timidez hace que a veces traduzcamos mal nuestros sentimientos.

La otra presa nos convidó con galletitas y con restos de jamón y pollo que traía. Se informó de nuestros usos y costumbres. La atmósfera de solicitud fraternal que acogía a cada recién llegada y la curiosidad por lo que podía contarnos acerca de la marcha de los acontecimientos, fuera de la cárcel, eran siempre intensas. El día de mi llegada una de las hermanas me había advertido que sería prudente no hablar demasiado con mis futuras compañeras. (Sólo conté cuatro al principio.) Pero desde luego esa clase de consejo no fué seguido nunca por ninguna de nosotras. ¿Cómo hubiera podido serlo? Conversar era en suma la única actividad permitida. Sospechábamos que podían escuchar nuestras conversaciones, sobre todo a ciertas horas. Eso no nos impedía comentar abundantemente las

desgracias de nuestra patria en general y las nuestras en particular, sin tomar precauciones muy especiales. Sin embargo, cuando queríamos tener la certeza de no ser oídas, esperábamos para hablar la hora del paseo por el patio donde tendían la ropa blanca lavada en la cárcel.

Esta vez la llegada de las dos nuevas víctimas de la dictadura nos trajo más certidumbres atroces de las que habíamos previsto y hubiéramos deseado. Las dos habían sido torturadas con la famosa picana. Sólo nos atrevíamos a hablar de eso en voz baja. Una mezcla de rebeldía y de espanto, de piedad por las víctimas y de horror por los verdugos electrizó la sala en que día y noche nos tenían encerradas. En cuanto a mí, me pareció que temblaba sobre mi estrecha cama de hierro con el mismo temblor de mi infancia, cuando había sentido la brutalidad del hombre del látigo como si cayera sobre mí. Sólo que ahora no se podía correr hacia ningún vigilante, hacia ningún jefe de policía, hacia ningún ministro de Justicia, hacia ningún presidente de la Nación. No existía ya justicia para los que pensaban libremente y se negaban a adoptar la doctrina del dictador. Más aún: alguien lo había declarado expresamente en un discurso que ha de conservarse en los archivos de los diarios: para nuestros amigos todo, habían afirmado; para nuestros adversarios, ni siquiera justicia. Esta vez, por lo menos, la verdad incontenible había brotado de la boca de una mujer que, por confesión propia, daba al fanatismo el rango de virtud.

¿Qué podían esperar, pues, las nueve presas clasificadas como enemigas del régimen triunfante? Poco importaba que sólo tuvieran sobre la conciencia el haber mantenido su libertad de pensamiento y su libertad de palabra. Ese crimen exigía una expiación. Tres de las socialistas (por primera vez estaban en mayoría, les decíamos riendo, cinco sobre once mujeres entre las cuales dos eran peronistas; el resto se dividía en radicales y demócratas, y yo, que no pertenecía a ningún partido, y me contentaba con aprender mansedumbre y resistencia pasiva, la verdadera, meditando sobre Gandhi), tres de las socialistas, digo, habían sido arrojadas al camión celular porque se lamentaban delante del incendio de la Casa del Pueblo, cosa prohibida. Cierto que una de ellas era hermana de Pan, secretario de Américo Ghioldi.

No sé si los que no han estado presos pueden representarse lo que significa encontrarse una noche acostada en una cama, en la misma prisión, en la misma sala y a poca distancia de dos mujeres

que acaban de torturar. No ha de necesitarse un gran esfuerzo de imaginación para comprender la imposibilidad de pensar en otra cosa. Uno cavila sobre la suerte de esas víctimas con el temblor de piedad y de indignación a que ya me he referido. Y acaba uno por preguntarse: "¿Por qué no yo?" Esta cavilación no facilita el sueño. En adelante, cuando llamaban a cualquiera de nosotras para un interrogatorio, las demás esperaban su vuelta con desasosiego. El día en que me llamaron a mí, la persona que me interrogó empezó en estos términos: "He sido encargado de una misión desagradable . . ." Pensé en mi fuero interno: "Esto promete". Confieso que en un momento dado tuve la sensación de que se me aflojaban las piernas. Pero el interrogatorio no fué ni más ni menos desagradable que los interrogatorios a que me habían sometido durante horas, cuando pedí mi pasaporte. La única diferencia era que yo vivía ahora, día y noche, en contacto con dos mujeres que conocían con su carne la picana de la Sección Especial. Difícilmente podía olvidarlo.

Estas cosas perturban en la medida en que uno es imaginativo. Montaigne, conocedor en la materia, escribía en sus Ensayos: "Je suis de ceulx qui sentent très grand effort de l'imagination: chascun en est heurté, mais aulcuns en sont renversés . . . La veue des angoisses d'aultruy m' angoisse matériellement . . . Un tousseur continuel irrite mon poulmon et mon gosier . . . Je saisis le mal que j'estudie et le couche en moy."

Creo que el hecho de estar encerrado en una cárcel enciende la imaginación más remolona. Así, la nuestra fué colectivamente sacudida dos veces y de manera muy viva. Una tarde gris estábamos allí, sentadas en los bancos o en las camas tratando de matar el tiempo. Después de mucho insistir, habían permitido a las presas políticas, condenadas al ocio, que tejieran o bordaran. No tengo habilidad para ninguna labor. Los naipes nos estaban prohibidos. Un juego de dominó llegó poco tiempo antes de nuestra partida. Dos o tres libros que pedí no fueron concedidos con más rapidez. Incluso la Biblia, que había reclamado el primer día de mi detención, puso quince días para llegar a mis manos y se la debí a un buen samaritano que se compadeció de mí y le pareció atendible mi pedido. Seré indiscreta: el complot de mi biblia fué urdido por Monseñor Franceschi y el Padre Capriotti.

¿Escribir? No había que soñar en ello. Nos daban poco papel, un lápiz, y todo pasaba por la censura.

Una tarde gris, pues, estábamos matando el tiempo como mejor podíamos. Yo me divertía en inventar, mirando a las tejedoras, variantes de aquel anuncio tan conocido:

Teje la abuela hacendosa
Con lana la Religiosa.

Por cierto, no recuerdo ya si era la abuela la que tejía. Lo cierto es que nos reíamos de las variantes más estúpidas, como:

Teje la oveja hacendosa
Con lana la descarriada.

No hay lana la Religiosa
Para la rea hacendosa,

etc. De pronto, empezamos a oír gritos agudos de mujer, naturalmente. Eran cada vez más fuertes, más fuertes, y cada vez más espantosos. Las que bordaban levantaron la cabeza de su labor (Velia Robles, estabas bordando flores en un mantel), las que tejían inmovilizaron sus manos como si el ruidito de las agujas pudiera impedir oír bien el clamor que subía no se sabía de dónde, en la cárcel. Nos echábamos miradas inquietas. Instintivamente acabamos por juntarnos como un rebaño de animales atemorizados. ¿Qué pasaba? ¿Por qué esos gritos? ¿Dónde? ¿Quién? ¿Cómo? Nos preguntábamos: "¿Le estarán pegando?" Los gritos se prolongaron un buen rato. Después, poco a poco, se debilitaron, se apagaron. Nos quedamos calladas, escuchando el ominoso silencio. Esos alaridos cuya causa ignorábamos nos daban escalofríos. Cuando la hermana —flanqueada por dos presas de delito común que la ayudaban en las faenas: dos mujeres castigadas, una por homicidio y otra por infanticidio; unas desgraciadas que inspiraban compasión—, cuando la hermana, digo, entró para traernos de comer, la rodeamos inmediatamente. Qué eran esos gritos, preguntábamos. Nos explicó que se trataba de una mujer que había tenido un ataque de histeria. Sin duda era cierto, pero la conmoción que nos había causado aquel bramar se aplacó muy lentamente.

Pensábamos: "Así han de gritar cuando las torturan." Cuando uno está preso cada cosa toma proporciones inusitadas y significados particulares.

Otra vez, hacia las cuatro de la mañana, las que dormían fue-

ron despertadas por una especie de canto religioso. Las voces de las hermanas parecían acercarse y alejarse de nosotras como si recorrieran en procesión los corredores del Buen Pastor. Era avasallador y misterioso escuchar así, en la oscuridad, esa invocación urgente a lo divino, ese llamado insistente, en que se repetían las mismas inflexiones de voz, las mismas notas. Latín, desde luego.

Yo respiraba ese incienso sonoro que me trasportaba, como toda música, a otro lugar. No me sentía ya en la triste cárcel del Buen Pastor, ni en la cárcel del tiempo, ni en la cárcel del espacio, a las que nuestro cuerpo nos condena. Evadida del tiempo y del espacio, entraba en la catedral de voces que se levantaba en torno a mí con sus arcos ojivales, sus columnas, sus rosetas, sus santos de piedra. De ese rapto me sacó el ruido de una conversación. Por lo común, después de las ocho y media de la noche, sólo se hablaba en voz baja. Un grito, una carcajada, corrían peligro de provocar inmediatamente la orden de callarnos. Esta vez, una de mis compañeras hablaba en tono agudo: era una de las peronistas. Aquella noche, al oír la voz de las hermanas, se sentó en la cama y, dando muestras de no fingida agitación, empezó a repetir que la Iglesia sólo cantaba esas letanías para implorar al cielo cuando se producía una calamidad pública. Era la tradición. Por consiguiente, algo tremebundo había sucedido en la ciudad o estaba a punto de suceder en ese momento. Quizá el incendio de Buenos Aires. La persona en cuestión tenía una hija a quien adoraba y se puso a llorar y a gemir pensando en esa adolescente y en lo que podía ocurrirle. Vanamente tratábamos de calmarla. Su agitación crecía. Si se incendiaban las cárceles, nadie pensaría en abrirnos las puertas, decía. Nos quemaríamos vivas, tranquilamente. Poco a poco acabó por cundir una atmósfera de alarma, pues seguíamos oyendo las letanías con el acercarse y alejarse de la procesión. Nuestra compañera, nuestra *fellow prisoner* peronista seguía profetizando que una gran catástrofe estaba suspendida sobre nuestras cabezas. Empezábamos a preguntarnos si tendría alguna razón valedera para creerlo. En las cárceles, la angustia se contagia fácilmente. Por fin, otra presa, socialista de buen sentido y réplica veloz, contestó al oír predecir por décima vez la catástrofe: "¿Y que más catástrofe que la que tenemos encima? ¿Le parece poco?" Fué una manera de disipar de un papirotazo el estado de aprensión colectiva en que empezábamos a sumirnos. Pero debo confesar que, en un momento dado, el imaginar a una ciudad y a un convento —el nuestro— en llamas me

hizo brotar un sudor frío en la frente. Los hechos posteriores probaron que mis aprensiones no eran tan infundadas. Cuando la hermana Mercedes llegó a las siete, seguida por la presa de delito común que llevaba siempre la enorme pava de mate cocido, le preguntamos si había ocurrido algo y qué significaban esas letanías cantadas tan inusitadamente a la madrugada. Contestó que no había pasado nada, pero que, en efecto, la costumbre de cantar las letanías tres días antes de la ascensión del Señor había surgido, en siglos remotos, para implorar el auxilio de Dios durante una calamidad pública. Este ritual subsiste, creo, desde los tiempos de San Gregorio.

Después, he tenido entre las manos un estudio histórico-litúrgico sobre el Misal Romano en el cual encontré las letanías cuyas palabras apenas pude entender aquella noche del Buen Pastor. Y encontré —al final de la larga invocación a los santos, a las santas, a los mártires, a los que han sufrido la muerte, el tormento, el exilio, la prisión para no renegar de su fe—, encontré, digo, las palabras que, deformadas por la lejanía, me habían conmovido por su acento, como si el acento bastara para revelar su sentido.

Leí el Salmo 69 que se agregaba a las letanías en la Edad Media: "Corridos y avergonzados queden los que me persiguen . . . Amparo mío y mi libertador eres Tú, oh, Señor, no tardes."

Leí la súplica: "De la ira, del odio y de toda mala voluntad, líbranos Señor."

Siempre la misma súplica que se trasmite por los siglos de los siglos: "Ab ira et odio et omni mala voluntate . . ."

Y hoy, fuera de los muros de la cárcel, experiencia imposible de olvidar, repito: "De la ira, del odio y de toda mala voluntad, líbranos Señor." Y no sólo de la ira, del odio y de la mala voluntad de que podemos ser víctimas, sino del rencor que por momentos nosotros mismos estamos expuestos a sentir frente a nuestros enemigos.

Hoy, ninguna persona medianamente decente tiene necesidad de ser torturada para creer, para comprender que las torturas deben abolirse, sea cual fuere el crimen que pretenden castigar o hacer confesar, sea cual fuere el criminal contra quien se ejerce esa arma repugnante e inhumana. Aquí estamos reunidos para proclamarlo. No admitimos la tortura bajo ningún pretexto y para nadie, ni siquiera para los mismos torturadores. Sería plegarnos a sus métodos, obedecer a sus códigos satánicos, convertirnos nosotros también en hombres lobos. Peor que lobos. Pero si bien es cierto que no se

necesita conocer en carne propia la tortura para querer arrancarla de cuajo de los usos y costumbres más o menos secretos, es quizá necesario haber visto la cárcel de cerca o haber sido huésped de ella para querer con pasión reformar, mejorar y humanizar la suerte de los presos. No sé cómo andan las cosas en las prisiones de hombres, pero en la de las mujeres me parece —y creo que puedo emplear el plural—, *nos* parece que hay mucho que reformar. Y es una reforma que debemos apoyar y pedir nosotras, las ex presas, pues podemos hablar de ello con conocimiento de causa. Nos hemos codeado diariamente con mujeres castigadas incluso por homicidio. Nos estaba prohibido hablar con ellas, pero con todo cambiábamos algunas palabras y las observábamos. Todas teníamos la impresión más de su desgracia que de su perversidad. No digo que no haya casos en que la perversidad prima. Hay delincuentes por anormalidades congénitas como los hay ocasionales. Pero esos casos graves merecen que se los trate de modo especial, si es cierto que somos verdaderos cristianos y no sencillamente fariseos. Si es cierto, además, que los adelantos de la ciencia puedan aplicarse.

Una tarde yo estaba sentada sola y no muy alegre en el patio. Tres compañeras que quería mucho acababan de ser puestas en libertad. Esas partidas eran siempre conmovedoras y llenas de alegría compartida y lágrimas mal disimuladas. Yo no sabía que me iban a poner en libertad unas horas después. Mis compañeras estaban en el cuadro donde vivíamos; yo sola, afuera, en un banco. Una muchacha, presa de delito común, o ex-presa, que trabajaba en el Buen Pastor para las hermanas y lavaba siempre el patio, pasó a mi lado y me murmuró: "No esté triste. Pronto va a salir". Contesté en voz baja: "Gracias, gracias". Se alejó con su delantal desteñido, sin medias, arrastrando sus chancletas gastadas. Le dábamos siempre a escondidas, pues no era permitido, algunas galletitas. Yo era una de sus proveedoras principales de chocolate, que comprábamos en la proveeduría de la cárcel. Y sin embargo, se alegraba por mí de mi partida. Yo no recuerdo su nombre ni ella el mío, probablemente. Pero le debo uno de los regalos más grandes que recibí en la cárcel. Y recibí muchos de esa clase. Hay uno, el único que tomó forma material, que hoy llevo puesto. Es un pedazo de género con mi nombre bordado en hilo verde. Las hermanas nos habían pedido que pusiéramos una marca en nuestros delantales para reconocerlos. Decidimos bordar nuestros nombres enteros y coserlos sobre los delantales a la altura donde se coloca la Legión de Honor. María

Teresa González bordó el mío y conservo esa tirita de género como recuerdo de nuestra maravillosa camaradería. No sospechábamos, antes de la cárcel, hasta dónde puede llegar ese sentimiento. Así, siempre somos deudores de algo a los demás, inclusive a nuestros enemigos. Porque es a nuestros enemigos a quienes debemos la posesión de un tesoro que no pueden arrancarnos: hemos conocido una de las formas más puras de la solidaridad humana. Y que me sea permitido pronunciar aquí algunos nombres como en las letanías. Los nombres de las que han vivido conmigo esa experiencia tan rica: Susana, Nelly, Delia, Elena, Nélida, Ana Rosa, Isabel, María Teresa. Y hasta los nombres de las que no estaban presas por la misma causa que nosotras: María y Angelita, con las cuales hemos compartido el encierro y el pan nuestro de cada día, que no era especialmente sabroso.

Todas sabemos ahora lo que es encontrarse reducida a algo semejante a mi caballo de la avenida Alvear. Pues hay y habrá en el mundo, durante mucho tiempo todavía, no nos hagamos ilusiones, hombres con látigos y animales atados; animales que se encabritan y esperan, estremecidos, que los azoten. Y también niños que leerán presagios en los terrenos baldíos, sin comprender que tiemblan ante una anunciación.

Pero no manchemos nunca nuestras manos con el látigo o la cuerda. El látigo y la cuerda que son para mí, desde la infancia, los símbolos de la tortura y de la infamia.

Aquí debería acabar esta descripción de cosas vividas. Pero a ejemplo de mis compañeras de cárcel, que a veces me pedían que les recitara poemas, los organizadores de este acto me han dicho que también querían un epílogo de esta clase. He elegido un poema de un poeta argentino, traducido al francés por Roger Caillois, porque sólo recito en francés. Es lo que se llama, en estos tiempos, un *poème engagé* (un poema comprometido). Fué publicado primero en SUR y después con este subtítulo en *La Nouvelle Revue Française*. Como a veces, muy temprano, en el Buen Pastor, o justo después de comer, y en recuerdo de esos recitales improvisados que debían de parecer extraños a las paredes y a las rejas de la vieja cárcel del barrio de San Telmo, les voy a leer ese poema. Borges, escritor vejado por la dictadura, hoy director de la Biblioteca Nacional, lo escribió.

V. O.

ORTEGA Y LA CENSURA FRANQUISTA

En un número próximo nos ocuparemos de la personalidad y la obra de José Ortega y Gasset. En éste queremos reproducir, a título informativo, dos comunicados que el gobierno franquista entregó a la prensa española con relación al filósofo desaparecido, uno de ellos pocos días antes de su muerte, y el otro inmediatamente después de ésta. El texto de los comunicados es el siguiente:

Consigna del 28 de septiembre, después de ser operado Ortega:

"En el caso de que ocurriera el fallecimiento de Ortega y Gasset, la información sólo se podrá titular a dos columnas y no será muy extensa. Se podrá publicar una sola fotografía y algún artículo, pero junto a sus méritos deberán recordarse sus errores políticos y religiosos."

Consigna del 18 de octubre, día del fallecimiento de Ortega:

"En relación con la muerte de don José Ortega pueden publicarse hasta tres trabajos: la biografía y dos artículos. Título de la información, como máximo a dos columnas. Si se hace un comentario de su filosofía, deberá hacerse con altura, sin violencia contra él, aunque destacando sus errores en materia religiosa. Pueden publicarse en la primera página fotografías de la capilla ardiente, de la mascarilla o del cadáver, pero no de don José vivo. En páginas interiores podrán publicarse hasta dos fotografías de Ortega vivo."

Libros Recibidos

Alberdi, Juan Bautista: **Fragmento preliminar al estudio del Derecho** (Hachette).
Ambrogi, Arturo: **El libro del trópico** (Minist. de Cultura, El Salvador).
Andino, Manuel: **Vocación de Marino** (Minist. de Cultura, El Salvador).
Babini, José: **Qué es la ciencia** (Columba).
Bainton, Roland H.: **Lutero** (Sudamericana).
Botello, Asdrúbal: **Círculos de voces** (Ed. del autor, Montevideo).
Bowles, Chester: Crónicas de un Embajador (Kraft).
Brunschvicg, León: **Las edades de la inteligencia** (Hachette).
Buzzati, Dino: **El derrumbe** (Emecé).
Calderón Ramírez, Salvador: **Aquino, Morgan y Paterson** (M. de Cultura, El Salvador).
Campos, Camilo: **Normas Supremas** (Minist. de Cultura, El Salvador).
Capiton, Dr. Pedro de: **Introducción a la Parapsicología** (Ed. del Autor, Buenos Aires).
Castaño, Jahir: **Semblanza humana** (Márquez, Colombia).
Cavazzana, Rosanna: **El hombre imitado** (La mandrágora).
Como, Julio A.: **El ojo mágico del discurso** (Ateneo de Oratoria de Bs. As.).
Cotto, Juan: **Cantos de la Tierra Prometida** (Minist. de Cultura, El Salvador).
Chaigne, Luis: **George Bernanos** (La mandrágora).
Demaría, Fernando: **Himnos helénicos** (Ed. del autor, Bs. As.).
Díaz Casanueva, Humberto: **La hija vertiginosa** (Nascimiento, Chile).
Espino, Miguel Ángel: **Mitología de Cuzcatlán** (Minist. de Cultura, El Salvador).
Fernández Moreno, Baldomero: **La mariposa y la viga** (Poesía, Bs. As.).
Fiorentino, Luigi: **Basalto** (Pampano, Mendoza).
Fry, Christopher: **Un Fénix demasiado frecuente** (Sudamericana).
Galland, Adolfo: **El principio y el fin** (Emecé).
Fallardo, Domingo V.: **La luz presentida** (Ed. del autor, Bs. As.).
Gálvez, Manuel: **El uno y la multitud** (Alpe).
Garay, María Consuelo: **Anterior a la imagen de la rosa** (Americalee).
Girard, Rafael: **Informe del Congreso Internacional Americanista** (Ministerio de Cultura, El Salvador).
González Climent, Anselmo: **Flamencología** (Ed. del autor, Madrid).
Green, Julien: **Despojos** (Troquel).
Guibert, Fernando: **Poeta al pie de Buenos Aires** (Rueda).
Heliodoro Valle, Rafael: **Flor de Mesoamérica** (Minist. de Cultura, El Salvador).
Ibarguren, Carlos: **La historia que he vivido** (Peuser).
Jonquières, Eduardo: **Pruebas al canto** (Troquel).
Jordán y Díaz, Alfredo A.: **Amor** (Ed. del autor, La Habana).
Lars, Claudia: **Escuela de pájaros** (Minist. de Cultura, El Salvador).
Leguizamón, Martiniano; **Montaraz** (Mar océano).
Luna, Félix: **La última montonera** (Doble "p").
Marias, Julián: **La imagen de la vida humana** (Emecé).
Marill Alberes, René: **Miguel de Unamuno** (La Mandrágora).
Marqués, René: **Otro día nuestro** (Ed. del autor, Puerto Rico).
Martí, José: **La edad de oro** (Ministerio de Cultura, El Salvador).
Masferrer, Alberto: **Una vida en el cine** (Minist. de cultura, El Salvador).
Mauriac, François: **El novelista y sus personajes** (Emecé).
Melella, Dora: **A la pérdida del verano** (Botella al mar).
Miranda Ruano, Francisco: **Las voces del terruño** (Minist. de Cultura, El Salvador).

Obieta, Jorge de: **Passacaglia** (Reunión).
Parise, Goffredo: **Don Gastón** (Freeland).
Paz Paredes, Margarita: **Presagio en el viento** (Minist. de Cultura, El Salvador).
Pérez Zelaschi, Adolfo: **El terraplén** (Emecé).
Payreffite, Roger: **Las llaves de San Pedro** (Sudamericana).
Prelooker, Carlos: **El gorrión y la piedra** (Raigal).
Quiroga, Carlos B.: **Lázaro resucitado** (Raigal).
Relgis, Eugen: **Profetas y poetas** (Candelabro).
Rios Patrón, José Luis: **Jorge Luis Borges** (La Mandrágora).
Rivas Bonilla, Alberto: **Andanzas y malandanzas** (Minist. de Cultura, El Salvador).
Rosa, José María: **Nos los representantes del pueblo** (Theoría).
Salarrue: **El Cristo negro** (Minist. de Cultura, El Salvador).
Samaniego, Antenor: **Oración y blasfemia** (Ed. del autor, Perú).
Sánchez Gardel, J.: **Teatro** (Hachette).
Schvetz, Reina Eva: **Lejos de todo tiempo verdadero** (Amaryllis).
Scorza, Manuel: **Las imprecaciones** (El viento del pueblo, México).
Selva Martí, Ana: **Silencio emancipado** (Oeste, Mendoza).
Shaw, Hilda Pina: **Esteban Echeverría** (Signo).
Sigüenza, León: **Fábulas** (Minist. de Cultura, El Salvador).
Velasco, Napoleón: **Cisneros, el pintor** (Minist. de Cultura, El Salvador).
Wey, Walter: **Manual de Literatura Brasileira** (Inst. Cultural Uruguaio-Brasileiro, Montevideo).
Yourcenar, Marguerite: **Memorias de Adriano** (Sudamericana).

ÍNDICE

Pág.

La hora de la verdad, por *Victoria Ocampo* 2
L'illusion comique, por *Jorge Luis Borges* 9
Anotación sobre la universidad, por *Francisco Romero* 10
Universitas, por *Vicente Fatone* 15
La formación del hombre libre, por *Juan Mantovani* 18
La ley y nuestra impaciencia, por *Sebastián Soler* 23
¿Libertad?, por *Carmen Gándara* 27
La consolidación de la libertad, por *Manuel Río* 30
Catolicismo, intransigencia y libertad, por *Manuel Mercader, S. J.* 37
Sobre las defensas del espíritu, por *Héctor Pozzi* 43
Testimonio para Marta, por *Silvina Ocampo* 46
Acto de fe, por *Alberto Girri* 48
Rescate de la cordura, por *Eduardo González Lanuza* 49
El periodismo laudatorio de ayer, por *Carlos Mastronardi* 54
La planificación de las masas por la propaganda, por *Guillermo de Torre* 61
¿Qué hacer?, por *Bernardo Canal-Feijóo* 73
Apelación a la conciencia, por *Aldo Prior* 80
Aproximación a ciertos problemas, por *Jorge A. Paita* 88
La América abstracta, por *Fryda Schultz de Mantovani* 99
Aquella patria de nuestra infancia, por *Ernesto Sábato* 102
Restitución de la verdad, por *Víctor Massuh* 107
Crónica del desastre, por *Norberto Rodríguez Bustamante* 109
La rosa negra, por *Carlos Peralta* 113
La historiografía argentina en la hora de la libertad, por *Tulio Halperin Donghi* 114
Nuestra enseñanza secundaria, por *Hugo W. Cowes* 121
Sindicalismo y Estado, por *Héctor Oscar Ciarlo* 124
El hombre del látigo, por *V. O.* 129

DOCUMENTOS

Ortega y la censura franquista 142
LIBROS RECIBIDOS 143

Este número 237 de
SUR terminóse de
imprimir el día 16
de diciembre de mil
novecientos cincuenta
y cinco, en la Im-
prenta López, Perú 666, Buenos
Aires, Argentina. Además de la
tirada corriente que forma la
presente edición, se han
impreso cien ejemplares
en papel especial, nu-
merados del 1 al 100
para los amigos
de "SUR"

Todos los materiales han sido exclusivamente escritos o traducidos para SUR. Queda prohibido reproducir íntegra o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial y sin mencionar su procedencia. No se devuelven las colaboraciones enviadas espontáneamente ni se sostiene correspondencia sobre ellas.

Los originales deben ser enviados a la Dirección: San Martín 689
Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 246.807
Título de marca Nº 229.356

LANZA DEL VASTO

COMENTARIO *del* EVANGELIO

Los lectores de la *Peregrinación a las fuentes* y de *Vinoba* ya saben que Lanza del Vasto, el discípulo cristiano de Gandhi, no se limitó a escuchar pasivamente una verdad que, familiar a su espíritu, se le presentaba con el brillo deslumbrante de lo nuevo. Ansioso de llevar a sus camaradas esa verdad, fundó en Francia una orden que seguía la línea de los ashrams gandhianos: orden del Arca la llamó. Los votos de la pobreza, del trabajo manual, de la castidad, de la humildad, de la no violencia... se cumplían en ella con goce verdadero. Y todos los viernes, en la bohardilla de una casa mísera, los hermanos del Arca se reunían para escuchar a su maestro. Esas conversaciones reunidas forman este *Comentario del Evangelio*.

Todo discípulo de Cristo encontrará en este libro un estímulo que reanimará su fervor, quizá empañado por la ofuscación y el caos de nuestro tiempo.

Traducción de Enrique Pezzoni

Edición común ..... $ 52.—
Edición de lujo ..... „ 100.—

EDITORIAL SUR S. R. L.

SAN MARTÍN 689 T. E. 31-3220

BUENOS AIRES

Premio Literario

EMECÉ 1956

Emecé Editores tiene el agrado de anunciar la apertura de su tercer concurso literario anual correspondiente al presente año 1956. Como lo expuso en ocasión de los dos anteriores, este concurso tiene el propósito de estimular la vocación de los autores noveles, especialmente argentinos y americanos, aunque sin excluir a los de ninguna nacionalidad. Cuatro son las bases que darán al participante el máximo de seguridad con respecto a la absoluta independencia de criterio dentro de la que habrá de desarrollarse el concurso:

a) *Ninguno de los premios podrá ser declarado desierto.*

b) *Sólo podrán participar en el concurso aquellos escritores que no hayan publicado ninguna obra en Emecé Editores.*

c) *El jurado estará compuesto por personas de reconocida autoridad y solvencia intelectual y moral ajenas al personal de la dirección de Emecé y de las asesorías permanentes de sus colecciones.*

d) *Los nombres de los miembros del jurado se darán a conocer conjuntamente con la publicación de los premios.*

El concurso estará limitado a obras de ficción en prosa, con total independencia en cuanto a la elección de los temas. El plazo para la presentación de los trabajos fenecerá el 31 de marzo. El jurado se expedirá antes del 31 de julio. Los libros premiados serán editados por Emecé dentro del período que va desde la fecha de publicación de los fallos del jurado hasta el 31 de marzo de 1957.

PREMIOS

Primer Premio Literario Emecé 1956:

m$n. 10.000, con derecho a la publicación de la obra.

Segundo Premio:

m$n. 5.000, con derecho a la publicación de la obra.

EMECÉ EDITORES, S. A

SAN MARTÍN 427 / 32-3083-4 / BUENOS AI

PREC

H0008037

S1CJ.15.1.1